

# William Shakespeare Hamlet

*Esenciales*

RIALP

WILLIAM SHAKESPEARE

# HAMLET

Traducción e introducción de David Cerdá

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID

© 2018 de la versión española por DAVID CERDÁ  
by EDICIONES RIALP, S. A.  
Colombia, 63. 28016 Madrid  
([www.rialp.com](http://www.rialp.com))

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)

ISBN: 978-84-321-4921-4

# SUMARIO

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN. EL IMPACTO UNIVERSAL DE HAMLET

*DRAMATIS PERSONAE*

## ACTO I

ESCENA I

ESCENA II

ESCENA III

ESCENA IV

ESCENA V

## ACTO II

ESCENA I

ESCENA II

## ACTO III

ESCENA I

ESCENA II

ESCENA III

ESCENA IV

## ACTO IV

ESCENA I

ESCENA II

ESCENA III

ESCENA IV

ESCENA V

ESCENA VI

ESCENA VII

ACTO V

ESCENA I

ESCENA II

WILLIAM SHAKESPEARE

## INTRODUCCIÓN

### EL IMPACTO UNIVERSAL DE HAMLET

SE CALCULA QUE CADA AÑO se publican alrededor de medio millar de obras en torno a *Hamlet*: traducciones (con sus prefacios y estudios preliminares), adaptaciones para el público más joven, obras críticas u otros textos directamente inspirados en el original shakespeariano. Dickens, Melville, Goethe, Faulkner y muchos otros abordaron el drama, de un modo u otro, en sus novelas. Diversos dramaturgos, como Chéjov o Tom Stoppard, elaboraron tramas a partir del original o citaron partes de la obra, y poetas como T.S. Eliot se apropiaron de líneas completas del texto. Son innumerables las piezas literarias, series de televisión y manifestaciones lúdicas y artísticas de todo tipo en las que se siguen citando sus líneas más celebradas. La obra cuenta, incluso, desde 1979, con una revista internacional de investigación, *Hamlet Studies*. La escuela psicoanalítica (Sigmund Freud, Jacques Lacan, Ernest Jones) se ha ocupado repetidamente de la psique del protagonista, en quien cree detectar variadas neurosis. El cine también se ha rendido a sus encantos: Laurence Olivier, John Gielgud, Franco Zeffirelli y Kenneth Branagh, entre otros, han producido *Hamlets* para la pantalla; Akira Kurosawa (que la adaptó en *Los canallas duermen en paz*) y Ernest Lubitsch (*Ser o no ser*) fueron igualmente cautivados por la obra. También filmó la trama Grigori Kozintsev, en una alabada versión en ruso, con traducción de Boris Pasternak y música de Dimitri Shostakovich. Se han compuesto al menos veintiséis óperas a partir de la tragedia del príncipe de Dinamarca. Y ni el mundo Disney o los musicales (véase *El rey león*), el cómic, la música punk, los videojuegos o la publicidad han escapado al influjo de este insuperable drama.

Jesús de Nazaret, Ulises de Ítaca y Hamlet de Elsinor: no hay figuras más citadas en la cultura occidental. Claude C.H. Williamson sostuvo que *Hamlet* es «el *Mona Lisa* de la literatura». En *El idiota en la familia*, de Sartre, se dice: «Pasan los hamlets, pero Hamlet permanece». Siendo una historia de espectros y venganza —temas que, a priori, han perdido buena parte de su aguijón en el siglo XXI—, ¿cómo es que la obra nos sigue conmoviendo de este modo, dando muestras de ser sencillamente inagotable? ¿Cómo es posible que una tragedia que, como señalaba Goethe en su *Wilhelm Meister*, «está llena de cosas que no conciertan», nos resulte tan redonda e incontestable? Harold Bloom la califica de obra «equivoca» en su ensayo sobre *El canon occidental*; Eliot fue más allá y sostuvo que resultaba fallida. Pero ambos reconocen que los «huecos» de Hamlet son esenciales para que proliferen sus dilemas, y por lo tanto cruciales para que la obra nos induzca a reflexionar y especular, haciendo, en el proceso, nuestra la historia. ¿Y si todas sus perplejidades, la riqueza de sus preguntas y su poliédrica forma son las que infunden la obra de una vida sin fin, explicando en buena parte su intemporal atractivo?

Es rara la obra inmensa que no se sustenta en un protagonista descomunal; este es claramente el caso de *Hamlet*. ¿Qué hace del príncipe de Dinamarca un personaje universal como Ulises o Jean Valjean? No es posible despachar la cuestión en unas pocas líneas. Destaquemos, no obstante, un aspecto que pudiera sintetizar el resto: su extraordinaria humanidad. Quiere decirse con esto que el personaje rezuma realidad por los cuatro costados. Cada arrebató que sufre Hamlet se nos antoja cercano en su emocionalidad, y cada vez que vacila o se contradice nos recuerda a los humanos vivientes que hemos conocido. Manipula y es leal, es irónico, sensible e hiriente, misógino y honrado, civilizado y brutal, quiere a su madre y a ratos parece que no amase a nadie; nos resulta dolorosamente humano, un semejante, un *alter ego*.

Hamlet representa también el idealismo quebrado: el descubrimiento de que el mundo no se ajusta a nuestros esquemas preestablecidos. Recibe un baño espeluznante de realidad y ya no puede ser el pulcro y dicharachero estudiante que era. Aún peor: no es ni quien pensaba ser, y ha perdido el control sobre su propia vida. Cuanto le acontece dibuja un camino iniciático a una madurez necesaria, pero sombría. El corolario de tantos desencantamientos queda plasmado en los soliloquios, en los que se hostiga, trata de entenderse y se pregunta si la vida merece ser vivida. Esta es la nube que se cierne sobre Hamlet durante toda la obra; su celeberrimo monólogo («*To be or not to be*») es solo una cumbre parcial, por hondura y belleza, de esta omnipresente cuestión.

Pero Hamlet es mucho más que eso. Es el ser noble y admirado por un pueblo al que las circunstancias ponen en la tesitura de tener que conducirse brutalmente. Es, también, el hombre desposeído por excelencia: desposeído de su padre, también de su madre, de un modo complejo e inquietante que cada lector interpreta de un modo distinto, desposeído de su lugar natural en la corte y de la vida de estudiante que tal vez ansiaba llevar. Hamlet es el ser desplazado por antonomasia, y cada uno de los empujones que recibe es un desafío a su entereza y su estabilidad.

Las vacilaciones hamletianas son tan acabadas y hermosas que se han convertido en un lugar común de la iconografía universal. También el modo en el que posterga; aunque basta una sola lectura de la obra para darse cuenta de las mil aristas que tiene dicho postergar. Hay al fondo una cuestión de enfoque dramático. Entre las grandes innovaciones de Shakespeare destaca esta, tan poderosa en el presente drama: deja a un lado el interés de la peripecia, de la circunstancia externa, y se centra en la lucha interior de los personajes. A Shakespeare le interesan la voluntad y el carácter de sus personajes, y no su agilidad o sus músculos. Gracias a eso consigue que el lector y el espectador compartan esa interioridad hamletiana que esta cuajada de dudas, razonamientos, emociones y giros de la conciencia; y vivimos todo ello como si fuera en carne propia.

Todas las obras, incluso las geniales y cimeras, tienen sus altibajos. Es difícil decir lo mismo de *Hamlet*. Cada diálogo y cada discurso resplandece como un fragmento absolutamente mollar. Cuesta restarle una palabra; es como si hubiese una premura en cada personaje que dispusiese el todo de un modo radicalmente anti-trivial. Por eso no se entiende la tesis de Eliot: que carezca de sentido que el protagonista postergue lo que el Espectro le pide, y, a la vez, que si hiciera lo esperado la obra concluiría enseguida. Eliot creía que no había impedimentos plausibles para que el joven príncipe ejecutase su venganza; que, o bien Shakespeare dejó en la oscuridad sus motivos, o tales motivos

eran oscuros incluso para él. La crítica tiene un barniz pre-moderno, pues confunde la psique de un ser de carne y hueso con la forma en que vive un personaje dramático. Por lo demás, de entre los millones de personas que han contemplado una representación de *Hamlet* o han leído la obra, deben ser muy pocos los que se apunten a la teoría del sinsentido. Acaso esa sea otra de sus grandezas: lo problemático, desconcertante y, aun así, veraz y comprensible, que el personaje resulta.

Salvador de Madariaga dijo que esta obra es *hamletcéntrica*; un protagonismo absoluto que los anglosajones han sancionado con una feliz expresión sobre lo imposible: *Hamlet without the prince of Denmark*. Con mil quinientas líneas en su haber, el papel del príncipe es tan desaforado que pocos grandes actores (según juicio ajeno o concepto propio) se han resistido a representarlo. La obra constituye un gran estudio de un individuo; pero Shakespeare no lo deja solo. Tal vez, precisamente, por el desproporcionado peso de su protagonista, lo rodea de multitud de singulares personajes, componiendo uno de sus *dramatis personae* más extensos.

La capacidad de Shakespeare para adentrarse en las profundidades del hombre no tiene igual. Como explica Victor Hugo, «el fuero interno del hombre le pertenece a Shakespeare. Saca de la conciencia todo lo que tiene de imprevisto. Pocos poetas le superan en esta investigación psíquica. Muchas de las más extrañas particularidades del alma humana están señaladas por él». No obstante, la obra no es una mera sucesión de introspecciones. Suceden tantas cosas, y son tantos los tipos humanos expuestos, que es virtualmente imposible no encontrar en ella algo con lo que el lector o el espectador no se entusiasme. Como escribía Samuel Johnson, que la editó hace tres siglos, «si hubiera que definir cada obra de Shakespeare por la particular excelencia que la distingue de las demás, reservaríamos para la tragedia de Hamlet el elogio de la variedad». No es solo una inmensa obra de teatro: es una investigación antropológica, una reflexión política, un agudo análisis sobre el amor, la venganza y otros sentimientos, una elucubración metafísica, una cavilación profunda sobre la muerte, un hito de la psicología, una cumbre de la literatura universal, y todavía mucho más.

Toda gran obra de arte trasciende las circunstancias históricas en las que fue escrita: pulsa una serie de registros humanos universales de un modo sublime, y ambas características, la riqueza y profundidad de las temáticas aludidas y la belleza y maestría artística de su factura, le aseguran un puesto en la reflexión que tiene lugar en el porvenir. ¿Quién es Hamlet? Borges dijo que no era nadie, y que lo éramos todos. En consecuencia, cada cual tiene su retrato y su juicio sobre el príncipe, sus explicaciones, sus excusas, y su veredicto final.

En su libro sobre Shakespeare, Terry Eagleton comenta que es difícil leerle sin sentir que de algún modo estaba familiarizado con los escritos de Hegel, Nietzsche, Freud, Wittgenstein y Derrida. Y Ortega, en sus *Meditaciones del Quijote*, señala que «confrontado con Cervantes, parece Shakespeare un ideólogo. Nunca falta en Shakespeare como un contrapunto reflexivo, una sutil línea de conceptos en que la comprensión se apoya». Hay quien disputa el orden de grandeza de la obra y lo sitúa por debajo de *El rey Lear*; pero el vigor filosófico y la incidencia cultural de *Hamlet* es mayor en varios órdenes de magnitud. Ha dado lugar, incluso, a una postura ante la vida,

el *hamletismo*, que cuenta también con verbo propio, *hamletizar*, verbo que fue usado por los románticos para fustigar a los intelectuales por su inacción.

Las épocas y latitudes varían, y, con ellas, la interpretación de las grandes obras. El valor del canon está en su complejidad, su riqueza, su fuerza y su hermosura; su permanencia nos depara pensamientos fértiles porque nosotros no paramos de cambiar, y el canon es una referencia fija. Pocas obras están más indiscutiblemente en dicho canon que *Hamlet*. Una inmensa mayoría tiene la impresión de haberla leído sin haberlo hecho, y acaso esa sea la indiscutible marca de las obras maestras de la literatura universal.

## EL ORIGEN DE LA HISTORIA

Tanto en su tiempo, como en siglos posteriores, recibió Shakespeare lacerantes críticas por su supuesta falta de originalidad: por construir sus dramas sobre historias ajenas. Es un reproche que a él difícilmente le habría molestado, porque era parte de su método específico de escritura, que consistía en tomar obras mediocres preexistentes y reescribirlas sin cesar. En este caso, se basó parcialmente en una obra que los estudiosos denominan *Ur-Hamlet*, compuesta supuestamente por Thomas Kyd y jamás impresa. Kyd fue el autor de *La tragedia española*, con la que obtuvo un espectacular éxito, y en la que también había una venganza, un protagonista que se fingía loco, un espectro que exhortaba —«¡Acuérdate de mí!»—, y una obra dentro de la obra.

Por supuesto, tampoco Kyd ideó la historia. La leyenda original estaba en una crónica latina de Saxo Grammaticus —*Historiae Danicae*—, que data de los siglos XII-XIII; la hallamos impresa en París en 1514. En ella, el autor nos habla en latín de un príncipe, Amlethus, que ha de fingir para vengar a su padre, muerto a manos del hermano de este, Feng, que ha desposado a su madre, Gerutha. En esta obra, tras acabar con su tío, Amlethus es aclamado como nuevo rey. En 1570, François de Belleforest, poeta y traductor renacentista asiduo en la corte de Margarita de Navarra, tradujo a Saxo fidedignamente en sus *Histoires Tragiques*, aumentando la historia (con la incorporación de Laertes y Fortimbrás y los actores, entre otros elementos) e introduciendo las primeras trazas, aún muy básicas, de la melancolía hamletiana. Es a partir de Belleforest que Kyd hubo de urdir su tragedia.

Shakespeare no era un inventor de tramas, sino un dramaturgo excepcional, y un escritor sin igual. Alteraba, por supuesto, las tramas que tomaba prestadas (una costumbre, por lo demás, muy habitual en el teatro isabelino), adoptando nuevos finales y aportando giros convenientes al desarrollo de los personajes que, bajo su ala, crecían y ganaban extraordinariamente en complejidad. Tomaba el Yago de Giambattista Giraldi o el Macbeth de Raphael Holinshed y les insuflaba una nueva vida, plagada de matices. Era un artista teatral y literario como no ha habido otro, y un psicólogo de una agudeza sobrecogedora. Pero fabular tramas no era, definitivamente, la baza que él jugaba. No le importaba usar el odre de otros para recoger su propio vino.

Shakespeare dirigía la escena y actuaba; especialmente bien, según diversas fuentes. Las tablas, y no un apartado estudio, eran su elemento natural. Escribía para una compañía, y lo hacía ejerciendo un control escénico casi absoluto. Pensaba constantemente en el espectador, que conocía como nadie. En consecuencia, mejoraba

constantemente sus obras; el manuscrito inicial mutaba y crecía con cada representación. El talento actoral con el que se topaba influía en sus personajes; le gustaba dar rienda suelta a los que, a su juicio, se lo ganaban.

Shakespeare se ocupa de *Hamlet* en un momento en el que ya ha demostrado su dominio absoluto de la comedia. Añade específicamente de su cosecha a los sepultureros y los piratas; también la importancia del Espectro; y, sobre todo, la compleja personalidad del protagonista. Como expone Harold Bloom en *La invención de lo humano*, «ningún autor del mundo compite con Shakespeare en la creación aparente de la personalidad».

#### LAS VERSIONES DEL TEXTO SHAKESPERIANO

No existen manuscritos firmados de las obras de Shakespeare. En el caso de *Hamlet*, contamos con tres versiones fundamentales en las que apoyarnos, que conforman, como explica Ángel Luis Pujante, una especie de palimpsesto en el que se hallan las huellas del autor, sus contemporáneos y los editores modernos. Los vericuetos, y la historia real de las ediciones de *Hamlet*, a la que brillantes estudiosos han dedicado casi una vida, daría para un libro en sí mismo.

Q<sub>1</sub>, el «Primer Quarto», fue impreso en 1603, pero una inscripción en el *Stationers' Register* da a entender que la obra ya se había representado en julio del año anterior. Es más que posible que fuese una transcripción realizada por alguien que tomó notas durante una de las representaciones. Los errores y corrupciones que contiene esta versión, de la que solo se conservan dos copias, han propiciado su sobrenombre: el «mal Quarto». Q<sub>2</sub> es de 1604-1605. Es la versión más amplia (doblando prácticamente a Q<sub>1</sub>), y posiblemente la más genuina de la obra. El tercer texto es el llamado *First Folio*: el incluido en la primera edición, por parte de John Heminges y Henry Condell en 1623, de treinta y seis de las obras de Shakespeare. La mayor autoridad concedida a Q<sub>2</sub>, frente a F, se funda en su mayor relación con los borradores de trabajo del autor, los llamados *foul papers*. F provendría de una transcripción de estos *foul papers*; Q<sub>2</sub>, de los originales; en Q<sub>1</sub> habrían participado aún más intermediarios. Q<sub>1</sub> fue supuestamente consultado al preparar Q<sub>2</sub>, y su utilidad reconocida es, por encima de todo, esa: conocer la genealogía de Q<sub>2</sub>, además de acercarnos a la obra tal y como la compañía de Shakespeare la representó. Tanto Q<sub>2</sub> como F son los textos más extensos del canon shakespeariano, y sobrepasan con creces lo que solía representarse en *The Globe*.

No existe, en todo caso, una teoría definitiva sobre el engarce entre Q<sub>1</sub>, Q<sub>2</sub> y F. Algunos autores entienden que Q<sub>1</sub> es una reconstrucción, en vez de una versión más antigua. Lo cierto es que Q<sub>2</sub> parece solventar algunas debilidades de la trama que aparecen a Q<sub>1</sub>; por ejemplo, todo lo relativo al viaje ultramarino del protagonista. En términos generales, el Hamlet de Q<sub>2</sub> parece ser más joven y algo menos reflexivo que el de Q<sub>1</sub>, aunque su esencia es la misma. El menor metraje de la primera versión también invita a esta conclusión.

Q<sub>2</sub>, pese a ser la referencia, no es lo que hoy uno entregaría a un editor. Publicar sus obras no entraba en los planes iniciales de Shakespeare, como no entraba en los de sus contemporáneos. Adicionalmente, esta versión contiene pasajes que el propio Shakespeare habría marcado para ser eliminados. En cuanto a F, es más teatral, menos literario que Q<sub>2</sub>; se deja en el camino el importante monólogo del acto IV, y algunas meditaciones jugosas del protagonista antes de toparse con el Espectro. También tiene algunos añadidos actorales, expresiones que nada aportan al lector. Jesús Tronch Pérez, en su portentoso estudio comparativo (*A Synoptic Hamlet*), señala hasta un millar de variaciones en palabras y frases entre Q<sub>2</sub> y F.

La tradición de «fundir» las distintas versiones del texto en la edición data de 1709 (Nicholas Rowe). Hasta 1823, cuando se descubre Q<sub>1</sub>, los *Hamlet* existentes parten de Q<sub>2</sub> y realizan correcciones con F o viceversa. Tras dicha fecha, se hacen ocasionales añadidos de Q<sub>1</sub>. El problema de base —lo explica Harold Jenkins en una edición Arden antológica de 1982, fruto de tres decenios de trabajo— es que Q<sub>2</sub>, pese a ser la versión más cercana a lo que pretendía el autor, resulta oscura en ciertos pasajes que tampoco están representados en los otros dos textos. Por su parte, F contiene tanto pasajes auténticos que no están en Q<sub>2</sub> como añadidos espurios. Para complicar más las cosas, F, pese a ser un texto «corregido», posee también corrupciones del original que resultan indeseables. Como resultado de este galimatías, es frecuente que toda edición incluya extractos que, perteneciendo a Shakespeare, jamás fueron puestos en escena en vida de este.

En la presente edición se ha tomado como base textual la tercera versión de la edición Arden de la obra a cargo de Ann Thompson y Neil Taylor, publicada por vez primera en 2006, que pivota en torno a Q<sub>2</sub> (si bien aporta las tres versiones en un doble volumen). De hecho, nos hemos ceñido a Q<sub>2</sub>, con dos mínimas adiciones provenientes de F: la elocuente treintena de líneas en las que Hamlet discute con Guildenstern y Rosencrantz sobre «esa prisión, Dinamarca» (Acto II, Escena II), y otras trece líneas en las que Hamlet explica su peculiar sentimiento frente a Laertes a raíz de todo lo ocurrido (Acto V, Escena II). En cualquier caso, Q<sub>1</sub> y F han estado presentes, pues sus variantes, que el texto de Arden refiere a pie de página, son de indudable utilidad a la hora de modular la traducción y vivificar la experiencia del lector (y, eventualmente, ofrecer indicaciones escenográficas).

Nuestra intención no ha sido ofrecer la versión «más fiel a las intenciones del autor», ni la más «purista», sea lo que sea que ambas cosas signifiquen, dado que tales extremos distan de estar claros para los propios académicos. No hay, en definitiva, dos *Hamlet* iguales, tantos menos dos *Hamlet traducidos*. Esta traducción no renuncia, desde luego, al rigor crítico; pero puesto que su destinatario principal es el lector común, y no el estudioso, no cargará el volumen con la exposición exhaustiva de las decisiones tomadas al trasladar el texto a nuestro idioma, ni desmenuzará el porqué de dichas decisiones. Se toma, eso sí, la licencia que ya se tomasen, en sus clásicas traducciones, Luis Astrana y José María Valverde: transmitir el texto en prosa. Fue Heine quien dijo —lo cita José Roviralta, traductor de la obra a principios del siglo pasado— que «una versión en prosa, reproduciendo más fácilmente y sin atavío alguno la pureza sencilla y natural de ciertos

pasajes, merece indudablemente por dicho motivo la preferencia sobre la traducción en verso»; una opinión que, en lo esencial, compartimos.

De lo que se trata es de disfrutar de la prodigiosa pluma del Bardo, de la fascinante trama y sus ricos personajes, y de los innumerables temas para la reflexión que suscita esta inmortal tragedia, que forma «un todo extraordinario y monstruoso», al decir de su primer traductor al castellano, Leandro Fernández de Moratín. A la vuelta de la misma les invitamos a desgranar, junto a tres personajes que les presentaremos en su momento, algunos de estos temas, con el fin de alargar el placer de la lectura. Será una buena ocasión para repasar lo que algunos autores perspicaces han dicho sobre la obra, pensar con esta, destapar algunos de sus supuestos, y explicar algunos de los factores, personales de Shakespeare y generales de su tiempo, que condicionan el desarrollo del drama.

Pero eso será después de saber de nuestro príncipe de Dinamarca. Bienvenidos a esta representación sublime, esta trágica oda al destino, la inteligencia, los enigmas y las pasiones, a esta impresionante puesta en escena de lo mejor y lo peor que habita en el ser humano. Es momento de que se alce el telón.

David Cerdá

# LA TRAGEDIA DE HAMLET, PRÍNCIPE DE DINAMARCA

## *Dramatis personae*

CLAUDIO, rey de Dinamarca

HAMLET, hijo del difunto rey y sobrino del actual

FORTIMBRÁS, príncipe de Noruega

GERTRUDIS, reina de Dinamarca y madre de Hamlet

HORACIO, amigo de Hamlet

POLONIO, chambelán del rey

LAERTES, hijo de Polonio

OFELIA, hija de Polonio

REINALDO, criado de Polonio

VOLTEMAND, CORNELIO, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN, cortesanos

OSRIC, MARCELO, oficiales

BERNARDO, FRANCISCO, soldados

UN CABALLERO, UN SACERDOTE, UN CAPITÁN NORUEGO

EMBAJADORES DE INGLATERRA

COMEDIANTES

UN SEPULTURERO, UN ALDEANO

SEÑORES, DAMAS, OFICIALES, SOLDADOS, MARINEROS, MENSAJEROS Y OTROS SERVIDORES

EL ESPECTRO DEL PADRE DE HAMLET

## Акто I

ESCENA I  
Almenas del castillo real de Elsinor, noche cerrada

*Francisco, de centinela en su puesto; entra Bernardo, dirigiéndose a él*

BERNARDO: ¿Quién va?

FRANCISCO: No; contesta tú primero. Detente y revela quién eres.

BERNARDO: ¡Larga vida al rey!

FRANCISCO: ¿Bernardo?

BERNARDO: El mismo.

FRANCISCO: Te cuidas de llegar justo a la hora convenida.

BERNARDO: Acaban de dar las doce. Vete a la cama, Francisco.

FRANCISCO: Te agradezco de veras el relevo. Hace un frío que pela, y tengo el corazón delicado.

BERNARDO: ¿Fue tranquila la guardia?

FRANCISCO: No se movió ni un ratón.

BERNARDO: Buenas noches, entonces. Si llegases a encontrarte con Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan sin demora.

*Entran Horacio y Marcelo*

FRANCISCO: Me parece que los oigo. ¡Alto! ¿Quién va?

HORACIO: Amigos de esta tierra.

MARCELO: Y súbditos del rey de Dinamarca.

FRANCISCO: Buenas noches.

MARCELO: Adiós, adiós, honesto soldado. ¿Quién te ha dado el relevo?

FRANCISCO: Bernardo ocupó mi puesto. Quedad con Dios.

*Sale Francisco*

MARCELO: ¡Hola, Bernardo!

BERNARDO: Dime, ¿quién te acompaña? ¿Es Horacio?

HORACIO: Un pedazo de él.

BERNARDO: Bienvenido, Horacio, bienvenido, querido Marcelo.

MARCELO: Y bien, ¿ha vuelto a aparecer esa cosa esta noche?

BERNARDO: Yo no he visto nada.

MARCELO: Horacio sostiene que son imaginaciones nuestras; no está dispuesto a creerse la horrible visión que ya hemos contemplado dos veces. Por eso le rogué que nos acompañara esta noche: para que, si la aparición se manifiesta de nuevo, pueda él dar crédito a nuestros ojos y hablar con ella.

HORACIO: ¡Seguro, seguro! No aparecerá.

BERNARDO: Siéntate un instante, y déjanos asaltar de nuevo esos oídos que fortificas para repeler el relato de lo que hemos visto dos noches.

HORACIO: Está bien, sentémonos y dejemos que Bernardo nos cuente.

BERNARDO: La pasada noche, cuando esa misma estrella visible al oeste del polo había seguido su curso hasta iluminar la parte del cielo que ahora incendia, Marcelo y yo, en el momento en el que la campana daba la una...

### *Entra el Espectro*

MARCELO: ¡Silencio! ¡Mirad por dónde viene de nuevo!

BERNARDO: Su aspecto es idéntico al del rey que ha muerto.

MARCELO: Tú que tienes estudios, Horacio, háblale.

BERNARDO: ¿No es la viva imagen del rey? Fíjate, Horacio.

HORACIO: Lo es, sin duda. Estoy estupefacto y aterrado.

BERNARDO: Alguien debería hablarle.

MARCELO: ¡Pregúntale, Horacio!

HORACIO: ¿Quién eres tú, que usurpas esta hora nocturna, y por qué vas ataviado con esas hermosas vestiduras de guerra con las que Su Majestad, el ahora enterrado rey de Dinamarca, solía a veces marchar? ¡Por el cielo, te exijo que hables!

MARCELO: Se ha ofendido.

BERNARDO: ¡Mirad, se aleja!

HORACIO: ¡Detente, insisto, te exijo que hables!

### *Sale el Espectro*

MARCELO: Se ha ido sin querer responder.

BERNARDO: ¿Y entonces, Horacio? Ahora tiemblas y palideces. ¿Admites por fin que no eran imaginaciones nuestras? ¿Qué piensas al respecto?

HORACIO: Lo digo ante mi Dios: nunca lo hubiera creído, de no haberlo confirmado el testimonio terminante de mis propios ojos.

MARCELO: ¿No es idéntico al rey?

HORACIO: Tanto como tú a ti mismo. Portaba la misma armadura con la que combatió al ambicioso rey de Noruega. Fruncía el ceño como aquella vez que, tras fiera disputa, aniquiló a los polacos sobre el hielo. Es asombroso.

MARCELO: Pues ya en dos ocasiones anteriores, manifestándose durante estas horas muertas, ha caminado con paso marcial por delante de nuestro puesto de guardia.

HORACIO: Con qué particular intención, no sabría decirlo; pero a mi juicio, por muy grueso que sea, todo esto augura extrañas perturbaciones para nuestro Estado.

MARCELO: Ahora, por favor, sentémonos y que me cuente, el que lo sepa, a qué viene esta vigilancia nocturna tan estricta, esta observación constante, tan gravosa para los ciudadanos, y a qué viene tal producción de cañones y tanto comerciar con el extranjero para adquirir enseres de guerra. ¿Por qué se imponen levass para la construcción de buques, y se afronta esta labor sin distinguir el domingo del resto de la semana? ¿Cuál es la razón de tanto sudor y tanta prisa, y por qué han de juntarse el obrero de la noche con el del día? ¿Quién puede informarme sobre esto?

HORACIO: Yo puedo. Al menos puedo decirte lo que se rumorea. Nuestro último rey, cuya imagen acaba de aparecerse ante nosotros, fue, como sabéis, desafiado en combate por Fortimbrás el noruego, que actuaba aguijoneado por un furioso orgullo. En dicha ocasión, nuestro valiente rey Hamlet —que por ello era estimado en esta parte del mundo conocido— acabó con este Fortimbrás, quien concedía, merced a un pacto sellado y debidamente ratificado por la ley y las convenciones de los caballeros, junto a su vida, que las tierras bajo su dominio fuesen a parar al vencedor. Nuestro rey, por su parte, se comprometió a otorgar a Fortimbrás una porción equivalente de territorio en el caso de que fuese el noruego quien venciera. De ahí que finalmente, en virtud de lo acordado, todas las tierras revirtiesen en Hamlet. Ahora Fortimbrás el joven, de espíritu indómito, fogoso y petulante, ha juntado en los límites de Noruega una caterva de resueltos bandidos que a cambio de comida y algunas monedas se prestan a la empresa que se les plantee, que no es otra, como bien conoce nuestro Estado, que la de recuperar por la fuerza y sin contemplaciones aquellas tierras que perdió su padre. Tal es, me parece, el principal motivo de que se den tantos preparativos y tantas guardias, y la razón primordial de la actividad frenética y la conmoción de las que es testigo la nación.

BERNARDO: Ha de ser eso a la fuerza. Y de ahí también que esta portentosa figura se presente armada ante nuestra guardia, tan parecida al rey que fue y es la causa de estas guerras.

HORACIO: Esa es la mota que irrita el ojo de la mente. En la época más elevada y floreciente de Roma —poco antes de que el poderoso Julio César cayera— las tumbas se quedaron sin cuerpos. Los muertos, envueltos en sus sudarios, recorrían las calles de Roma rechinando los dientes y mascullando. Entretanto, pudieron verse prodigios en el cielo: estrellas que dibujaban estelas de fuego y desprendían un rocío sangriento, desastres en el sol, y el húmedo astro bajo cuya influencia Neptuno impera enfermando con un eclipse que parecía el del Juicio Final. Del mismo modo, mediante presagios que anticipan siempre el destino prologando las maldiciones futuras, se han unido cielo y tierra para advertir en nuestra tierra y a nuestras gentes lo que está por venir.

### *Entra el Espectro*

HORACIO: ¡Silencio! ¡Mirad! Ahí viene de nuevo. Me interpondré en su camino, aunque me destruya. ¡Detente, ilusión!

*Abre sus brazos*

HORACIO: Si puedes articular algún sonido o hacer uso de la voz de alguna forma, háblame. Si hay algo que pueda hacer en tu beneficio, cualquier cosa con la que pueda ayudarte para que te congracies conmigo, dímelo. Si tienes información sobre el destino de tu patria, algo que de saberse pueda evitar pesares, te lo ruego, háblame. O, si acaso sepultaste bajo tierra tesoros obtenidos con malas artes —pues se dice que a causa de ello los espíritus deambulan tras la muerte—, cuéntamelo. ¡Quédate quieto y confiesa!

*Canta el gallo*

HORACIO: ¡Ciérrale el paso, Marcelo!

MARCELO: ¿Lo atravieso con la lanza?

HORACIO: ¡Hazlo, si no se detiene!

BERNARDO: Ahí está.

HORACIO: Ahí está.

*Sale el Espectro*

MARCELO: Se ha ido. Dando muestras de violencia hemos ofendido su majestad. A fin de cuentas, es como el aire, invulnerable, y nuestras bravatas han debido resultarle francamente ridículas.

BERNARDO: Estaba a punto de hablar cuando el gallo cantó.

HORACIO: Y luego actuó como si cargase una culpa por la que temiese ser citado a declarar. He oído decir que el gallo, heraldo que anuncia la mañana, despierta al dios del día con su cacareo altivo y estridente; y que, cuando da la alarma, se hallen en el mar o en el fuego, en la tierra o en el aire, los espíritus vagabundos y errantes se retiran a sus moradas. Lo que hemos visto prueba cuánta verdad hay en esto.

MARCELO: Se desvaneció cuando cantó el gallo. Algunos dicen que en la víspera de la celebración del nacimiento de nuestro Salvador este ave del amanecer canta durante toda la noche. Y luego, se cuenta, ya no hay espíritu que se atreva a salir afuera, la noche ya no es insalubre, no hay planetas de influencia siniestra, ni hadas ni brujas que puedan officiar encantamientos; así de sacro y afortunado resulta ese tiempo.

HORACIO: Lo he oído, y en parte me lo creo. Pero mirad: el alba, envuelta en su bermellón manto, se posa sobre el rocío de aquella elevada colina al este. Finalicemos la guardia; mi consejo es que le contemos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche. Por mi vida que este espíritu, que enmudeció ante nosotros, le hablará a él. ¿Accedéis a que lo pongamos al tanto, como corresponde a lo mucho que lo apreciamos y al cumplimiento de nuestro deber?

MARCELO: Hagámoslo así, os lo ruego; seguidme, sé dónde es más probable que lo encontremos por la mañana.

*Salen*

ESCENA II  
Salón del trono en el castillo

*Suenan trompetas. Entran Claudio, rey de Dinamarca, Gertrudis, la reina, el Consejo —  
Polonio, su hijo Laertes, Hamlet y otros, entre ellos Voltemand y Cornelio—*

CLAUDIO: Aunque la muerte de Hamlet, mi querido hermano, todavía esté muy viva en la memoria, y lo propio es que mi corazón se abata, y que el rostro de nuestro reino al completo se contraiga en un ademán de dolor, la prudencia ha luchado con la naturaleza para que mi pena sea sabia y piense en él sin olvidarme de nosotros mismos. Es por ello que he tomado en matrimonio a la que fuese mi cuñada, y ahora nuestra reina, imperialmente ligada a esta nación en guerra. Y lo hice con derrotada alegría, con un ojo esperanzado y el otro alicaído, radiante en el funeral y fúnebre en el casamiento, con placer y tristeza a partes iguales. En esto no he dejado de seguir vuestro sabio criterio, que libremente se alineó con lo decidido sobre este asunto. Por todo ello, recibid mi agradecimiento. La situación actual, como sabéis, es que Fortimbrás el joven, suponiendo que nuestro poder se ha debilitado, o pensando que la muerte de mi querido hermano desmembraría nuestro Estado y lo desarbolaría, ha llegado a soñar que gozaba de ventaja, y no ha dejado de incordiarne con mensajes en los que exigía el reintegro de las tierras que legalmente perdiera su padre a manos de mi valiente hermano. Esto por lo que a él respecta. En cuanto a mí, y sobre la cuestión que nos ha reunido, esto es lo que he decidido: he preparado este escrito para el rey noruego, tío de Fortimbrás, que permanece postrado e impotente y apenas tiene noticia del propósito de su sobrino, para que impida que siga por esa vía, con las levass, los reclutamientos y el resto de cuanto emprende con el mismo fin. Y por eso os envío,

noble Cornelio, y a vos, Voltemand, para que transmitáis mis saludos al viejo rey, sin otorgaros otros poderes en vuestra negociación con él que los que recogen las detalladas cláusulas de este documento. Adiós, pues, y que vuestra diligencia sea acorde a lo que se os encomienda.

CORNELIO, VOLTEMAND: En esto, como en todo, cumpliremos con nuestro deber.

CLAUDIO: No nos cabe la menor duda. Cordialmente, adiós.

*Salen Voltemand y Cornelio*

CLAUDIO: Y en cuanto a vos, Laertes, ¿qué noticias nos traéis? Me hablasteis de cierta petición formal... ¿de qué se trata, Laertes? No podéis reclamar algo razonable al rey de Dinamarca sin que se os satisfaga. ¿Qué podríais pedir que no os diese antes incluso de que lo solicitaseis? La cabeza no le debe más al corazón, ni la mano a la boca, de lo que el trono de Dinamarca le debe a vuestro padre. En fin, ¿qué es lo que queréis?

LAERTES: Mi admirado soberano, vuestro permiso para volver a Francia, de donde vine, aunque voluntariamente, a Dinamarca, para mostraros mis respetos en el día de vuestra coronación. Una vez cumplido mi deber, he de confesar que mis pensamientos y deseos se inclinan de nuevo hacia Francia; los someto a vuestra graciosa venia y consideración.

CLAUDIO: ¿Tenéis la autorización de vuestro padre? ¿Qué dice Polonio?

POLONIO: Tiene mi permiso, señor, me lo arrancó tras una ardua insistencia; al final y a la fuerza lo consiguió, cedí a su deseo. Os suplico por tanto que le deis vuestra venia para partir.

CLAUDIO: Escoged la hora más propicia para marchar, Laertes; y que vuestras mejores virtudes os permitan la plena satisfacción de vuestros deseos.

*Laertes sale*

CLAUDIO: Y en cuanto a ti, Hamlet, mi pariente, mi querido hijo...

HAMLET: Un poco más que pariente, y algo menos que querido.

CLAUDIO: ¿Cómo es que aún te sobrevuelan tan tristes nubarrones?

HAMLET: Que va, señor, me baña todo el día el sol, de quien soy hijo.

GERTRUDIS: Mi buen Hamlet, despréndete de tu sombrío porte y haz que tu mirada trasluzca que eres amigo del rey de Dinamarca. Deja ya de buscar con los ojos entreabiertos a tu noble padre entre el polvo. De sobra sabes que todo el que vive ha de morir algún día, pasando a través de la naturaleza camino de la eternidad.

HAMLET: Sí, señora, sé que eso es común a todos.

GERTRUDIS: Y si es algo común, ¿por qué, en apariencia, te afecta a ti de un modo tan peculiar?

HAMLET: ¿«En apariencia», señora? No, es algo que es; yo no sé aparentar. No es solo mi manto negro como la tinta, tibia madre, ni el usual traje enlutado y solemne, ni los suspiros abundantes y penosos, no, tampoco el caudaloso río en los ojos, ni el afligido

rostro, junto al resto de aspectos y modos del dolor, lo que denota verazmente mi estado de ánimo. Todo esto es verdaderamente «apariencia»: es algo que se puede representar. Pero yo albergo en mi interior algo que está más allá de la mera representación, más allá de los ornatos y vestimentas del dolor.

CLAUDIO: Es enternecedor y loable, Hamlet, que cumplas con el duelo debido a tu padre; pero has de saber que tu padre perdió un padre, y que ese padre perdió al suyo. El que sobrevive queda obligado, por un compromiso filial y durante un tiempo, a mostrar un servicial desconsuelo. Pero perseverar en una pena obstinada es una vía tozuda e impía, un pesar pusilánime; es querer algo que contradice al cielo, mostrar un corazón endeble o un pensamiento al que le falta entereza, un entendimiento simple e inculto. Porque si algo sabemos que ha de ocurrir, y que es tan trivial que resulta lo más normal del mundo, ¿debemos, porque nos irrite y estemos en contra, tomárnoslo a pecho? Eso es un delito contra al cielo, una afrenta a los muertos, una falta contra la naturaleza, lo más absurdo para la razón, cuya ley universal es la muerte de los padres, la razón que siempre ha gritado, desde el primer cadáver al que ha muerto hoy mismo: «Así debe ser». Te pedimos, pues, que desistas de esa congoja infructuosa, y que pienses en mí como un padre; todo el mundo ha de saber que eres el más inmediato al trono, y que te quiero con un amor no menos noble que el que profese el más cariñoso de los padres a su hijo. En cuanto a tu intención de retornar a Wittemberg para proseguir tus estudios, nada es más opuesto a mis deseos, y te suplico que lo reconsideres y te quedes aquí, para júbilo y consuelo de mis ojos, como el primero de la corte, pariente e hijo mío.

GERTRUDIS: No permitas que se malgasten las plegarias de tu madre, Hamlet. Te ruego que te quedes con nosotros; no te vayas a Wittemberg.

HAMLET: Haré lo que esté en mi mano para obedeceros, señora.

CLAUDIO: ¡He ahí una respuesta leal y amorosa! Sed uno con nosotros en Dinamarca. ¡Señora, venid! Esta gentil y voluntaria decisión de Hamlet me alegra el corazón; en señal de gratitud, cada brindis que hoy entone el rey de Dinamarca será transmitido a las nubes por el mayor de nuestros cañones, y cada copa que se beba tendrá su eco en el firmamento, repitiendo lo que ocurra en la tierra. Retirémonos.

*Suenan trompetas. Salen todos salvo Hamlet*

HAMLET: ¡Ah, si esta sólida carne mía se fundiera, si se derritiera y se convirtiese en rocío, o si al menos el Eterno no se hubiera pronunciado en su Leyes contra el suicidio! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué agotadores, insípidos, manidos e inútiles me parecen todos los quehaceres de este mundo! Aborrezco, sí, aborrezco este jardín sin desyerbar que engendra semillas, un jardín cubierto por entero de cosas repugnantes y groseras. A esto hemos llegado: solo dos meses muerto —y ni eso, no han sido ni dos—, un rey tan excelente, un Hiperión comparado con este sátiro, tan amante de mi madre que no hubiera permitido que los vientos del cielo rozasen desconsideradamente su rostro... ¡Cielo y tierra! ¿Tendré que recordarlo? Ella se aferraba a él como si su apetito se acrecentara con el amor que le daba alimento. Y ahora, en el transcurso de un mes... no quiero ni pensarlo. ¡Debilidad, tienes nombre de mujer! Un mes de nada, antes incluso de que dejen de estar flamantes las zapatillas que arrastraba tras el cuerpo

de mi pobre padre, como una Níobe, ahogada en lágrimas... ¿Cómo es posible, Dios mío? Una bestia privada de razón le habría guardado luto más tiempo. Ella, sin embargo, se ha casado con mi tío, el hermano de mi padre; con él, que no se parece a mi padre más de lo que yo me parezco a Hércules... Un mes solamente; ni siquiera la sal de sus hipócritas lágrimas se ha sedimentado en sus ojos hinchados, y ya se ha casado. ¡Ah, qué premura tan cruel! Esa maña para pasar, a toda prisa, a unas sábanas incestuosas, ni es buena ni puede traer nada bueno. ¡Pero quíbrate, mi corazón, porque debo contener mi lengua!

*Entran Horacio, Marcelo y Bernardo*

HORACIO: Os saludamos, Alteza.

HAMLET: Me alegro de que estés bien... Horacio, eres Horacio, ¿verdad?

HORACIO: El mismo, mi señor, y por siempre jamás vuestro humilde sirviente.

HAMLET: Di más bien mi buen amigo; ese título te sienta mejor. Dime, ¿qué te ha hecho venir desde Wittemberg, Horacio? ¡Marcelo!

MARCELO: Mi señor...

HAMLET: Me alegro mucho de veros. (*A Bernardo*) Buenas tardes, señor. Pero dime, Horacio: de veras, ¿qué te ha apartado de Wittemberg?

HORACIO: Saltarme las clases; haraganear, mi buen señor.

HAMLET: No permitiría ni que tu enemigo dijera tal cosa, así es que no violentes mis oídos denunciándote a ti mismo. Sé que no eres un golfo. ¿Qué te trae, pues, a Elsinor? Te enseñaremos a beber a lo grande antes de que te marches.

HORACIO: Mi señor, vine al funeral de vuestro padre.

HAMLET: Te ruego que no te rías de mí, compañero de aula; querrás decir que has venido a la boda de mi madre.

HORACIO: La verdad, mi señor, es que una cosa siguió inmediatamente a la otra.

HAMLET: ¡Hay que evitar despilfarros, Horacio! La carne asada para el funeral se aprovechó como entrada fría para la boda. ¡Hubiera preferido encontrarme al peor de mis adversarios en el cielo antes que haber visto ese día, Horacio! Mi padre, me parece ver a mi padre...

HORACIO: ¿Dónde, mi señor?

HAMLET: Lo veo con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO: Yo lo vi una vez. Era un rey excelente.

HAMLET: Tomado en su conjunto, era un hombre como no volveré a ver jamás.

HORACIO: Mi Señor, creo que yo lo vi ayer por la noche.

HAMLET: ¿Que viste a quién?

HORACIO: Mi señor, al rey, vuestro padre.

HAMLET: ¿A mi padre, el rey?

HORACIO: Contened vuestra sorpresa un instante, señor; atendedme y os contaré este asombroso suceso, del que también fueron testigos estos caballeros.

HAMLET: ¡Por el amor de Dios, te escucho!

HORACIO: Dos noches seguidas, estos caballeros, Marcelo y Bernardo, mientras hacían guardia en la desolada noche, se encontraron con una figura como la de vuestro padre. Perfectamente uniformado, idéntico de pies a cabeza, se les aparece, marchando solemne, pesadamente. Con porte majestuoso camina ante ellos, hasta tres veces se pasea frente a sus atemorizados y estupefactos ojos; está a la distancia de una espada, y ellos, reducidos a gelatina por el miedo, se quedan como pasmarotes y no le dicen ni una palabra. Esto es lo que me transmitieron, con discreción y espantados. Yo mismo, junto a ellos, a la tercera noche hice guardia en aquel lugar, y, como me lo habían descrito, a la misma hora, corroborando cada una de sus palabras, se presentó la aparición. Conocí a vuestro padre; mis manos no se parecen más entre sí.

HAMLET: Pero ¿dónde fue eso?

MARCELO: Mi señor, en las almenas del castillo, donde se realiza la guardia.

HAMLET: ¿No le hablaste?

HORACIO: Mi señor, así lo hice, pero sin recibir respuesta. Hubo un momento en el que pareció levantar la cabeza y moverla como si fuese a decir algo. Pero entonces llegó el alba y el gallo cantó muy alto y al producirse el sonido fue como si huyera a toda prisa, desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET: Es muy extraño.

HORACIO: Como que estoy vivo, mi soberano: es cierto. Y hemos pensado que era nuestro deber hacéroslo saber.

HAMLET: Por supuesto, señores; pero todo esto me trastorna. ¿Haréis guardia esta noche?

MARCELO, BERNARDO: Sí, mi señor.

HAMLET: ¿Decís que iba con su armadura?

HORACIO, MARCELO, BERNARDO: La llevaba, mi señor.

HAMLET: ¿Llevaba armadura de arriba abajo?

HORACIO, MARCELO, BERNARDO: Mi señor, de arriba abajo.

HAMLET: Entonces no pudisteis ver su rostro.

HORACIO: Sí pudimos, mi señor, llevaba la visera levantada.

HAMLET: ¿Qué aspecto tenía? ¿Parecía enojado?

HORACIO: Su semblante transmitía más pena que ira.

HAMLET: ¿Estaba pálido o encendido?

HORACIO: No, no, muy pálido.

HAMLET: ¿Y te miró fijamente?

HORACIO: No me quitó ojo.

HAMLET: Ojalá hubiese estado yo allí.

HORACIO: Os hubierais quedado de piedra.

HAMLET: Seguramente. ¿Se quedó mucho tiempo?

HORACIO: El que se tarda en contar relajadamente hasta cien.

MARCELO, BERNARDO: Más, mucho más.

HORACIO: No la vez que yo lo vi.

HAMLET: Tenía la barba entrecana, ¿cierto?

HORACIO: La tenía como se la había visto en vida: de un plateado oscuro.

HAMLET: Esta noche haré la guardia con vosotros. Tal vez vuelva a aparecerse.

HORACIO: Os garantizo que lo hará.

HAMLET: Si adopta la figura de mi noble padre le hablaré, aunque las mismísimas puertas del infierno se abran para mandarme callar. Entretanto, os ruego a todos los que hasta ahora ocultasteis esta visión que sigáis manteniendo el secreto, y que, ocurra lo que ocurra esta noche, le prestéis vuestro entendimiento, pero no vuestra lengua. Yo sabré devolveros el favor. Y ahora me despido. Junto a las almenas, entre las once y las doce, iré a visitaros.

HORACIO, MARCELO, BERNARDO: Contad con nuestra lealtad, Alteza.

HAMLET: Con vuestro afecto más bien, como el que yo os profeso; adiós.

*Salen todos, menos Hamlet*

HAMLET: El espíritu de mi padre... ¡y armado! Algo no marcha bien; no descarto que se esté urdiendo alguna trama. ¡Ojalá fuera ya de noche! Hasta entonces, sosiégate, alma mía... si hay delitos encubiertos saldrán a la superficie, aunque la tierra entera los mantenga ocultos a los ojos de los hombres.

*Sale*

### ESCENA III

## En casa de Polonio

*Entran Laertes y Ofelia, su hermana*

LAERTES: Mis bultos ya están a bordo; adiós. Hermana: si los vientos acompañan y hay ocasión de comunicarse, no te descuides y hazme saber de ti.

OFELIA: ¿Lo dudas?

LAERTES: En cuanto a Hamlet y al modo en que flirtea contigo, tómatelo como un juego, un escarceo de juventud, una violeta que florece en la primavera, precoz, pasajera, dulce y no duradera, un perfume y un pasatiempo para un minuto. No es más que eso.

OFELIA: ¿No es más que eso?

LAERTES: Yo creo que no. La naturaleza, al desarrollarse, no solo hace que crezcan nuestros músculos y nuestra corpulencia: mientras el templo se expande, las facultades de la mente y el espíritu crecen con él. Tal vez te ame ahora, y hasta puede que no exista suciedad ni doblez en sus intenciones; pero desconfía, pues, siendo el que es su abolengo, su voluntad no es enteramente suya. Puede que no esté en su mano, como ocurre con el ciudadano común, tomar sus propias decisiones, pues de lo que elija depende la seguridad y la prosperidad de la nación, y, en consecuencia, sus opciones han de estar supeditadas a lo que disponga y consienta ese cuerpo del que él es la cabeza. Por lo tanto, si dice que te ama, lo sensato es que le creas de acuerdo a su circunstancia, sabiendo que podrá hacer lo que promete solo si se ajusta a lo que conviene al Estado de Dinamarca. Así pues, calibra en cuánto puede mermar tu honor si otorgas excesivo crédito a lo que te cuenta en sus canciones, o si le abres tu corazón y entregas tu casto tesoro a su desenfrenada persistencia. Teme, Ofelia, teme, mi querida hermana, y mantén tus afectos en la retaguardia, fuera del alcance de los peligrosos dardos del deseo. La más recatada de las doncellas es una casquivana si descubre su belleza a la luz de la luna. Ni la propia virtud sale indemne de las calumnias. El cancro devora a menudo las primeras flores primaverales antes de que sus capullos se abran; y en la aurora, aprovechando el fresco rocío, las plagas se propagan con más virulencia. Permanece alerta, pues; no hay mejor protección que la que proporciona el miedo. La juventud se rebela contra sí misma sin necesidad de que nadie la tiente.

OFELIA: Guardaré en mi pecho tus buenas lecciones, para que hagan de centinela de mi corazón. No obstante, querido hermano, no te conduzcas como esos pastores que no conocen la gracia, esos que me muestran el empinado y espinoso camino hacia el cielo mientras ellos, libertinos insensatos y abotargados, transitan la florida senda del placer en vez de seguir sus propias enseñanzas.

LAERTES: No temas por mí. Ya es hora de que me vaya.

*Entra Polonio*

LAERTES: Aquí viene nuestro padre. Una doble bendición es una doble gracia; la suerte me sonríe otorgándome una segunda despedida.

POLONIO: ¿Todavía estás aquí, Laertes? ¡Embarca de una vez, o me cubrirás de vergüenza! Los vientos soplan a tu favor y tú sigues aquí parado. Vamos, vamos, tienes mi bendición, a la que añado estos pocos preceptos para que los inscribas en tu memoria: no prestes tu lengua a tus pensamientos, ni lleves a la acción ningún pensamiento desordenado. Sé familiar, pero en modo alguno vulgar; los amigos que tengas, una vez compruebes que merecen serlo, átalos a tu alma con cuerda de acero, pero no fatigues tus manos aplaudiendo a cada nuevo advenedizo que se te arrime. Cuídate de meterte en peleas, pero, una vez dentro, arréglatelas para que tu oponente se cuide en el futuro de ti. Presta tu oído a todo el mundo, pero tu voz solo a unos pocos; acepta las críticas ajenas y guárdate las tuyas. Costéate la vestimenta que tu bolsillo pueda pagar, sin caer en extravagancias; que sea de calidad, sin ser ostentosa. La ropa, a menudo, habla de quien la lleva, y en Francia los de mayor rango y posición suelen ser espléndidos y selectos en cuanto a esto. Ni prestes ni pidas prestado, muchacho, que quien presta a menudo pierde el dinero y el amigo, y quien toma prestado malbarata al final su patrimonio. Y esto, por encima de todo: sé sincero contigo mismo, y de ahí se seguirá, como la noche sigue al día, que no puedas ser insincero con nadie. ¡Adiós! Que mi bendición haga que todo esto madure en ti.

LAERTES: Muy humildemente me despido de vos, mi señor.

POLONIO: El tiempo te es propicio; vete, tus sirvientes esperan.

LAERTES: Adiós, Ofelia, y recuerda bien cuanto te he dicho.

OFELIA: Está a buen recaudo en mi memoria, de la que tú tienes la llave.

LAERTES: ¡Adiós!

*Sale*

POLONIO: ¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA: Si deseáis saberlo, algo referente al príncipe Hamlet.

POLONIO: ¡Virgen santa! Bien pensado: me han contado que últimamente te ha dedicado mucho tiempo, y que tú misma le has entregado el tuyo con copiosa liberalidad. Si ha sucedido así —tal y como se me ha insinuado, a modo de aviso—, he de decirte que no has entendido con suficiente claridad cómo has de comportarte por ser mi hija y en salvaguarda de tu honor. ¿Qué hay entre vosotros? Dime la verdad.

OFELIA: Últimamente, mi señor, me ha dado muchas pruebas de su afecto.

POLONIO: ¿Afecto? Bah, hablas como una niña inexperta que no tiene ni idea de los peligros que entraña esta circunstancia. ¿Crees en sus «pruebas», como tú las llamas?

OFELIA: La verdad, mi señor, es que no sé qué pensar.

POLONIO: ¡Virgen santa! Te instruiré yo mismo: eres una niña pequeña que ha tomado tales pruebas como un pago real, cuando este no se ha satisfecho en moneda que valga.

Prueba que vales más que eso o (por seguir con la misma expresión y no perdernos) probarás que soy un idiota.

OFELIA: Mi señor, me ha asediado con su amor de un modo respetuoso.

POLONIO: ¡Sí, muy respetuoso, seguro! ¿Qué más?

OFELIA: Y supo refrendar sus palabras, mi señor, mediante los más sagrados juramentos.

POLONIO: ¡Sí, trampas para cazar perdices, tan facilonas! Me consta que cuando la sangre hierve el alma es muy pródiga en juramentos para que los articule la boca. Estas chispas, hija, dan más luz que calor; las promesas así se extinguen casi al tiempo en que son pronunciadas. No las confundas con un fuego verdadero. A partir de ahora, escatima un poco más tu virginal presencia; véndela más cara, no la cedas cada vez que quiera hablarte. En cuanto al príncipe Hamlet, ten siempre presente su juventud, y que la cuerda que le ata es mucho más larga que la que a ti se te puede conceder. En pocas palabras, Ofelia: no te creas sus promesas, que no son sino medios, y no para lo que expresan sus palabras, sino para propósitos inmorales; te implora con hálito santo y pío, pero su afán es engatusarte. Dicho de una vez por todas: en lo sucesivo no me gustaría verte malgastando tus momentos ociosos conversando o escribiéndote con el príncipe Hamlet. Presta atención a lo que te digo. Y ahora vuelve a tus tareas.

OFELIA: Haré lo que me decís, mi señor.

*Salen*

#### ESCENA IV

Almenas del castillo, medianoche

*Entran Hamlet, Horacio y Marcelo*

HAMLET: El aire muere sin contemplaciones; hace mucho frío.

HORACIO: Sí que da dentelladas, es un aire desabrido.

HAMLET: ¿Qué hora es?

HORACIO: Creo que están a punto de dar las doce.

MARCELO: No, ya las han dado.

HORACIO: ¿De veras? No he oído nada. Entonces se acerca la hora en la que el espíritu acostumbra a pasearse.

*Suenan trompetas y dos salvas de cañón*

HORACIO: ¿Qué significa este estrépito, mi señor?

HAMLET: El rey trasnocha y monta una juerga, se emborracha y baila con desenfreno, y mientras da cuenta de su vino del Rin los timbales y trompetas anuncian que ha cumplido su promesa de celebrar cada trago.

HORACIO: ¿Es una especie de costumbre?

HAMLET: Sí, así es. Pero a mi juicio, aunque soy de aquí y estoy hecho a ello desde la cuna, se trata de una costumbre más honorable cuando se quiebra que cuando se cumple. Estas juergas estruendosas nos exponen al reproche de otras naciones a lo largo y ancho del globo: nos llaman borrachos y puercos, menoscabando nuestra reputación, y esto sustrae valor a nuestros logros, por muy meritorios que sean. Nos pasa lo que a muchos hombres particulares; esos que, debido a algún vicio inscrito en sus naturalezas, alguna cosa de nacimiento de la que no cabe culparles (porque el temperamento no puede elegir su origen), merced a la exageración de algún rasgo que a menudo supera el baluarte de la razón, o por algún hábito que corrompe las buenas maneras... como esos hombres, digo, que al llevar la impronta de un solo defecto (por causa de la Naturaleza o de la diosa Fortuna), por muchas que sean sus virtudes, y por muy puras y graciosas que sean, son censurados y tomados por corruptos en razón de aquella particular falta. Ese pequeño mal arruina la más noble de las constituciones, introduciendo la sospecha y exponiéndola al escándalo.

*Entra el Espectro*

HORACIO: ¡Mirad, mi señor, por ahí viene!

HAMLET: ¡Ángeles y ministros de la Gracia, defendednos! Seas un espíritu benigno o un demonio condenado, vengas con la suave brisa del cielo o con las violentas ráfagas del infierno, y sean tus intenciones malvadas o amistosas, te presentas aquí con un aspecto tan enigmático que no tengo más remedio que hablarte. Te llamaré Hamlet, rey, padre, soberano de Dinamarca. ¡Respóndeme! ¡No dejes que me consuma la duda! ¡Dime por qué tus huesos consagrados y sepultos han rasgado la mortaja, por qué el sepulcro en el que te vimos desaparecer apaciblemente ha abierto sus pesadas fauces de mármol para devolverte a la vida! ¿Qué puede significar que tú, un cadáver difunto, reaparezcas con tu armadura completa, que vuelvas a exponerte a los destellos de la luna, trayendo el espanto a la noche, y que nosotros, precarias criaturas, veamos cómo nuestro ser se

agita con pensamientos que superan lo que está al alcance de nuestras almas? Dime, ¿a qué viene esto? ¿Por qué ocurre? ¿Qué tenemos que hacer?

*El Espectro hace señas a Hamlet*

HORACIO: Os indica que lo acompañéis; es como si quisiera contaros algo a solas.

MARCELO: Mirad con qué cortesía os cita en un lugar apartado... Pero no vayáis.

HORACIO: No, de ningún modo.

HAMLET: Si no lo hago, no hablará: le sigo.

HORACIO: No lo hagáis, mi señor.

HAMLET: ¿Qué he de temer? Mi vida no vale un céntimo, y en cuanto a mi alma, ¿qué podría hacerle, si es tan inmortal como él mismo? Otra vez me hace señas. Iré tras él.

HORACIO: ¿Y qué ocurrirá, mi señor, si os tienta a acompañarlo hasta el mar, o hasta la espantosa cima de aquella colina contra cuya base baten las olas? ¿Qué ocurrirá si asume allí alguna otra forma horrenda que os prive del dominio de vuestra razón y os empuje a la locura? Pensadlo: el lugar en sí mismo, sin que concurra causa adicional alguna, induce a la desesperación a cualquiera que pierda su mirada unas cuantas brazas mar adentro, dejando que los rugidos del mar hechicen su oído.

HAMLET: Sigue llamándome. ¡Vamos, te sigo!

MARCELO: No debéis ir, mi señor.

HAMLET: ¡Quitadme las manos de encima!

HORACIO: ¡Atended a razones! ¡No vayáis!

HAMLET: Mi destino me está gritando, logrando que hasta la más fina de las arterias de este cuerpo cobre la consistencia de las fibras del león de Nemea. Sigue llamándome. ¡Soltadme, señores! ¡Juro por el cielo que convertiré en espectro a quien me retenga! ¡Fuera, he dicho! ¡Adelante, te sigo!

*Salen el Espectro y Hamlet*

HORACIO: Su imaginación lo empuja a actuar de un modo insensato.

MARCELO: Sigámosle. En esto no hay que obedecerle.

HORACIO: Sí, vayamos detrás de él. ¿Adónde conducirá todo esto?

MARCELO: Algo huele a podrido en Dinamarca.

HORACIO: El cielo lo enderezará.

MARCELO: Vamos, sigámosle.

*Salen*

## ESCENA V

Una zona cercana al mar, desde la que se divisa, a lo lejos, el Castillo de Elsinor

*Entran el Espectro y Hamlet*

HAMLET: ¿Adónde pretendes llevarme? ¡Habla o no continúo!

ESPECTRO: Préstame atención.

HAMLET: Habla.

ESPECTRO: Casi ha llegado la hora en la que he de retornar al tormento de las llamas sulfurosas.

HAMLET: ¡Pobre ánima!

ESPECTRO: En vez de compadecerte de mí, escucha muy atentamente lo que tengo que revelarte.

HAMLET: Habla, estoy obligado a escucharte.

ESPECTRO: Y a vengarme, cuando me hayas oído.

HAMLET: ¿Qué?

ESPECTRO: Soy el espíritu de tu padre, condenado, durante determinado periodo, a vagar de noche y a quedar confinado de día entre las llamas, hasta que haya purgado los deplorables crímenes que cometí en vida. Pero no me está permitido hablar de los secretos de mi prisión; si pudiera, te narraría una historia cuyo detalle más leve te desgarraría el alma y congelaría tu joven sangre, haría que los ojos se te saliesen de sus órbitas, se te erizaría cada pelo de la cabeza, se te pondrían como las púas de un asustado puercoespín... Pero tales pormenores no son aptos para oídos de carne y hueso. ¡Escucha, escucha Hamlet! Si alguna vez quisiste a tu padre...

HAMLET: ¡Dios mío!

ESPECTRO: ... vengarás su horrible y execrable asesinato.

HAMLET: ¡Asesinato!

ESPECTRO: Un horrible asesinato. Cualquiera lo es, pero este con más razón que ninguno, por ser insólito y contra natura.

HAMLET: Hazme saber enseguida lo que ocurrió, que yo, con alas tan veloces como las de la fantasía o el pensamiento amoroso, volaré a la venganza.

ESPECTRO: Te veo dispuesto. Y en verdad tendrías que ser tan impasible como la maleza que se pudre en la ribera del río Leteo para que no te conmoviera lo que voy a contarte. Ahora, Hamlet, atiende: se ha corrido la voz de que una serpiente me mordió mientras dormía en mi jardín. Con esta falsedad fueron engañados los oídos de los daneses a

propósito de mi muerte. Escucha, noble hijo: la serpiente que le arrebató la vida a tu padre lleva ahora su corona.

HAMLET: ¡Ah, mi alma resultó profética! ¡Mi tío!

ESPECTRO: Sí; esa bestia incestuosa y adúltera, mediante su ingenio diabólico y sus traidores regalos —¡depravado ingenio y depravados regalos, qué poder tenéis para seducir!—, conquistó, para satisfacer su infame lujuria, la voluntad de mi reina, que tan virtuosa parecía. ¡Ay, Hamlet, qué degeneración tan grande! Recibir tal pago de aquella a quien amé con una dignidad pareja a los votos que hice cuando me casé con ella... y verla entregar sus favores a un desgraciado cuyos dones naturales no se acercan a los míos. Pero igual que la virtud no será jamás vencida por la lascivia, aunque esta la corteje bajo un aspecto divino, así el vicio, incluso unido a un ángel radiante en un celestial tálamo, será siempre profano e inmundo... Pero ya basta, pues me parece oler el aroma que anuncia la mañana. Tengo que ser breve. Mientras dormía en mi jardín, como era mi costumbre cada tarde, y aprovechando esa hora tranquila, tu tío entró furtivamente con una ampolla de beleño y derramó en el hueco de mis oídos el ponzoñoso líquido, cuyos efectos son tan perjudiciales para la sangre humana que, con la celeridad del mercurio, recorre las puertas y callejones naturales del cuerpo, coagulando abruptamente la sangre como el ácido corta y coagula la leche. Así le ocurrió a la mía: de inmediato me invadió un ardor, y una especie de lepra, como una costra repugnante, cubrió mi cuerpo por entero. De este modo, mientras dormía y a manos de un hermano, me quedé de una vez sin mi vida, mi corona y mi reina; y en la flor de mis pecados, sin que se me administraran los sacramentos, sin estar preparado y sin recibir la extremaunción, sin oportunidad de poner en orden mis asuntos, cargando con todas mis imperfecciones... ¡Qué crimen tan horrible, el más horrible de todos! Si te queda algo de fuerza, no lo permitas: no permitas que el lecho real de Dinamarca sea un jergón para la lujuria y el criminal incesto. Da igual cómo ejecutes el acto; no obstante, no dejes que tu mente o tu alma conspiren contra tu madre. Deja que la juzgue el cielo, y que la agujee las espinas que cobija en su pecho. ¡Adiós de una vez por todas! Las luciérnagas anuncian que la mañana se acerca; la luz que emiten palidece y ya apenas se ve. Adiós, adiós. ¡Acuérdete de mí!

### *El Espectro sale*

HAMLET: ¡Ah, vosotros, huéspedes del cielo! ¡Ay, tierra! ¿Qué más? ¿Debo invocar también al infierno? Aguanta, corazón mío, y vosotros, mis músculos, no envejecáis de repente, sostenedme de pie. ¿Que me acuerde de ti? Ay, pobre espectro, así será mientras la memoria tenga sitio en este desordenado mundo. ¿Acordarme de ti? Sí, de las tablas de mi memoria borraré todo registro trivial y tonto, todos los textos que leí, todas las formas, todas las impresiones que la juventud y la observación guardaron, para que solo tu mandato viva en el libro de mi cerebro, sin mezcla alguna con otros materiales vulgares. ¡Sí, por el cielo! ¡Ah, mujer perversa! ¡Ah, tú, villano, maldito villano que sonríes! ¡Estarás en mi libro! Es menester que lo escriba... que uno puede sonreír sin parar sin dejar de ser un villano... estoy seguro de que es posible, al menos

en Dinamarca. Y ahí estás tú, mi tío, para atestiguarlo. Yo me atenderé a mi palabra. ¿Cómo decía? «Adiós, adiós, acuérdate de mí». ¡Lo he jurado!

*Entran Horacio y Marcelo*

HORACIO: ¡Mi señor, mi señor!

MARCELO: ¡Príncipe Hamlet!

HORACIO: ¡Que el cielo lo asista!

HAMLET: Así sea.

MARCELO: ¿Hola, hola? ¡Ya vamos, mi señor!

HAMLET: ¡Hola, hola, muchachos, estoy aquí!

MARCELO: ¿Cómo ha ido, mi noble señor?

HORACIO: ¿Qué ha ocurrido, mi señor?

HAMLET: ¡Algo extraordinario!

HORACIO: Mi buen señor, contadnos.

HAMLET: No puedo, lo revelaríais.

HORACIO: Yo no, desde luego, mi señor, lo juro por el cielo.

MARCELO: Tampoco yo, mi señor.

HAMLET: Cómo contaros... ¿ha concebido un corazón humano algo así? Pero decidme, ¿seguro que guardaréis el secreto?

HORACIO, MARCELO: Sí, lo juramos.

HAMLET: No ha vivido en Dinamarca villano alguno que no sea además un traidor.

HORACIO: No hace falta, mi señor, que un espectro salte de la tumba para contarnos eso.

HAMLET: Cierto, cierto, tienes toda la razón. Así pues, no perdamos más tiempo, démonos la mano y vayámonos cada uno por nuestro sitio: vosotros a vuestros asuntos y adónde os dirijan vuestras inclinaciones (y todo hombre tiene asuntos y deseos, de la clase que sea). Yo, por mi parte, me voy a rezar.

HORACIO: Os pronunciáis de una manera hartamente absurda, mi señor.

HAMLET: Siento haberos ofendido... de corazón, creedme, lo siento mucho.

HORACIO: No nos ofendéis, mi señor.

HAMLET: ¡Sí, por san Patricio! Sé que os ofendo, Horacio, y mucho. Y en cuanto a la aparición, os aseguro que el espectro es honesto, si me permitís decirlo. En cuanto a vuestro deseo de saber qué ha ocurrido entre nosotros, es cosa vuestra dominarlo. Y ahora, mis buenos amigos, porque amigos míos sois, y también buenos estudiantes y soldados, os pido un pequeño favor.

HORACIO: ¿De qué se trata, señor? Dadlo por hecho.

HAMLET: Jamás reveléis lo que habéis visto esta noche.

HORACIO, MARCELO: Mi señor, no lo haremos.

HAMLET: Muy bien: juradlo.

HORACIO: Lo juro, mi señor, nunca lo revelaré.

MARCELO: Ni yo tampoco, mi señor, lo juro.

HAMLET: Jurad sobre mi espada.

MARCELO: Ya hemos jurado, mi señor.

HAMLET: Insisto: ¡sobre mi espada!

ESPECTRO: (*Grita desde las profundidades del escenario*) ¡Jurad!

HAMLET: ¡Ja, ja, muchacho! ¿Eres tú quien lo ha dicho? ¿Estás ahí, mi honesto compañero? ¡Vamos! ¿No habéis oído a nuestro amigo desde el foso? Adelante: jurad.

HORACIO: Proponed vos la fórmula, mi señor.

HAMLET: Que no le hablaréis a nadie de lo que habéis presenciado. Jurad sobre mi espada.

ESPECTRO: ¡Jurad!

### *Juran*

HAMLET: *Hic et ubique?* Cambiemos entonces de sitio. Venid aquí, caballeros, y posad vuestras manos de nuevo sobre mi espada. Jurad sobre ella que nunca relataréis de lo que habéis oído.

ESPECTRO: ¡Jurad sobre su espada!

### *Juran*

HAMLET: ¡Bien dicho, viejo topo! ¿Tan rápido puedes hacer un túnel bajo la tierra? ¡Qué zapador tan valioso! Cambiemos de sitio de nuevo, mis buenos amigos.

HORACIO: ¡Ah, día y noche! ¡Qué caso tan extraño!

HAMLET: Siendo así, haz lo que se ha de hacer con los extraños: acógelo. ¡Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que concibes desde tu filosofía! Pero venid y hagamos aquí como antes: jurad que nunca hablaréis, si es que queréis gozar de la misericordia divina, y por muy extraña y absurda que mi conducta os resulte; porque tal vez adopte en lo sucesivo una pose estrafalaria. Jurad que cuando me veáis de esta guisa no haréis aspavientos con los brazos ni menearéis la cabeza ni pronunciaréis frases dudosas como «bien, nosotros ya estamos al tanto», o «hablaríamos si pudiésemos», o «si nos diera por hablar...», o «alguno podría contarle, si se decidiera», o cualquier otra ambigüedad que dé a entender que sabéis algo al respecto. ¡Jurad esto, juradlo por la gracia y la misericordia que en vuestra hora más crítica necesitaréis!

ESPECTRO: ¡Jurad!

### *Juran*

HAMLET: Descansa, descansa en paz, perturbado espíritu. Así pues, caballeros, con todo mi afecto me encomiendo a vosotros; este insignificante hombre que soy, Hamlet, os transmite su amor y su amistad, que no ha de faltáros si es voluntad de Dios. Entremos

juntos ahora, y permaneced, os lo ruego, con los dedos posados en vuestros labios. Nuestra época se ha descoyuntado. ¡Maldita suerte la mía, que haya tenido que nacer yo para solucionarlo! Venid, señores, vayamos juntos.

*Salen*

## ACTO II

ESCENA I  
En casa de Polonio

*Entran Polonio y Reinaldo*

POLONIO: Envíale este dinero y estas cartas, Reinaldo.

REINALDO: Así lo haré, mi señor.

POLONIO: Sería admirablemente prudente por tu parte, buen Reinaldo, que preguntaras por su conducta antes de visitarle.

REINALDO: Esa era mi intención, mi señor.

POLONIO: Bien dicho, muy bien dicho, sí señor. Atiende: lo primero es informarse de qué daneses hay en París, qué hacen, quiénes son y qué se dice de ellos, y por dónde se mueven, qué compañías frecuentan y de qué modo gastan, para así, mediante preguntas oblicuas y muy generales, averiguar si conocen a mi hijo. De ese modo te acercarás más a la verdad que si planteas el asunto abiertamente. Haz como si lo conocieses de lejos, diciendo: «Conozco a su padre y a sus amigos y un poco a él». ¿Te das cuenta, Reinaldo?

REINALDO: Perfectamente, mi señor.

POLONIO: «A él le conozco un poco», podrías decir, «no mucho, pero, si es cierto lo que dicen, es muy alocado, aficionado a esto y lo otro», y ahí puedes echarle encima lo que se te ocurra, siempre y cuando no te pases y lo deshonres —cuidado con eso—. Digo que le atribuyas las bobadas y las faltas habituales que son notoriamente propias del comportamiento libertino de los jóvenes.

REINALDO: ¿Como el juego, mi señor?

POLONIO: Sí, sí, o la bebida, o batirse en duelo, las palabras gruesas, las peleas, andar con malas mujeres... puedes llegar hasta ahí.

REINALDO: Pero, mi señor, eso lo deshonoraría.

POLONIO: No necesariamente, todo depende de cómo presentes los cargos. No has de imputarle otro escándalo que el de ser propenso a la incontinencia... Pero no, no es eso lo que quiero decir, sino que aires sus faltas con tal astucia que se interpreten como el corolario de un exceso de libertad, los arranques de una mente calenturienta, lo propio de quien está por domesticar, algo que a esas edades sucede a todos.

REINALDO: Pero mi buen señor...

POLONIO: ¿Que por qué habrías de hacer algo así?

REINALDO: Justamente, mi señor, me gustaría saberlo.

POLONIO: Muy bien, esto es lo que pretendo (y me parece que es una estratagema ingeniosa): imputando a mi hijo esos leves deslices como si él fuera una cosa algo

estropeada por el uso —fíjate en esto—, tu interlocutor (a quien sondeas), si ha visto en los pecados que mencionas al joven a quien has acusado, es seguro que te confiará lo siguiente: «Mi buen señor», te dirá, o «amigo», o «caballero», según se suela decir en ese país y esa clase de hombres...

REINALDO: Muy bien, mi señor.

POLONIO: Y entonces, cuando haga eso, cuando lo haga... ¿Qué estaba yo diciendo? ¡Por la Santa Misa que estaba a punto de decir algo! ¿Dónde me he quedado?

REINALDO: En «es seguro que te confiará lo siguiente».

POLONIO: En «es seguro que te confiará lo siguiente» ... ¡Sí, sí, lo tengo! Esto te dirá: «Conozco a ese caballero, lo vi ayer, o el otro día, o el de más allá, andaba con este o aquel, y, como decís, estaba jugando, se emborrachaba, jugaba al tenis», o, tal vez, «lo vi entrando en una casa donde había cierto comercio», *videlicet*, un burdel u otro sitio por el estilo. ¿Ves adónde quiero ir a parar? Tu anzuelo encebado con la mentira pescará su carpa con la verdad. Así es como los que somos sabios y tenemos el entendimiento largo, maquinando y mediante rodeos, averiguamos indirectamente lo que queremos. Siguiendo estos consejos que te he relatado sabrás de mi hijo. ¿Me has comprendido o no?

REINALDO: Os he comprendido, mi señor.

POLONIO: Pues entonces adiós, ve con Dios.

REINALDO: Muy bien, mi señor.

POLONIO: Observa por ti mismo hacia dónde se inclina mi hijo.

REINALDO: Lo haré, mi señor.

POLONIO: Y deja que siga con su música.

REINALDO: Bien, mi señor.

POLONIO: Adiós.

*Sale Reinaldo. Entra Ofelia.*

POLONIO: ¿Qué pasa ahora, Ofelia?

OFELIA: ¡Ah, señor, mi señor! ¡Me he asustado muchísimo!

POLONIO: ¿Con qué, en nombre de Dios?

OFELIA: Mi señor, mientras estaba cosiendo en mi habitación, se presentó ante mí el príncipe Hamlet, con el jubón desabrochado, sin sombrero sobre su cabeza y con las medias sucias, sin ligas y bajadas hasta los tobillos, pálido como su camisa, entrechocando las rodillas, y con un aspecto absolutamente lamentable; parecía que acababa de salir del infierno, y que venía a narrar no sé qué horrores...

POLONIO: Loco a causa de tu amor, ¿no es cierto?

OFELIA: Mi señor, no lo sé. Pero os aseguro que me asusta pensarlo.

POLONIO: ¿Y qué te dijo?

OFELIA: Me agarró de la muñeca, que me apretó muy fuerte; después se apartó a la distancia de un brazo, y con su otra mano haciendo de visera sobre su frente escudriñó mi rostro como si fuera a hacerme un retrato. Estuvo mucho tiempo en esa pose; finalmente, sacudió ligeramente mi brazo y cabeceó tres veces, tras lo cual suspiró de un modo tan profundo y lastimoso que pareció que se estremecía toda su figura y se acababa su vida. Hecho esto, me soltó, y sin torcer la vista (mirando por encima de su hombro), así pues, sin la ayuda de sus ojos, se las arregló para encontrar la salida sin dejar ni por un instante de mirarme a mí.

POLONIO: Ven, acompáñame: voy a buscar al rey para contárselo, porque esto ha de ser fruto del éxtasis amoroso, del tipo violento que lo arrastra a uno a la autodestrucción, empujando la voluntad a proyectos desesperados como no se ven en el resto de pasiones que bajo el cielo afligen nuestras naturalezas. Siento haber dicho... ¿has sido brusca últimamente con él?

OFELIA: No, mi señor; pero, tal y como me ordenasteis, rechacé sus cartas y evité su compañía.

POLONIO: Eso lo ha enloquecido. Lamento no haber prestado más atención y aplicado un mejor juicio; no he sabido calibrarle. Temía que solo estuviese tonteando, y que te llevase a la ruina. Me avergüenzo de mis sospechas. Dios sabe que es tan común a nuestra edad excedernos en nuestra desconfianza como lo es que a los jóvenes les falte discreción. Ven, vayamos a ver al rey. Es menester que se sepa lo que, de ocultarse, causaría más aflicción que dejándose al descubierto.

## ESCENA II

### Una sala en el castillo

*Suenan trompetas. Entran el rey y la reina, Rosencrantz y Guildenstern, y otros cortesanos.*

CLAUDIO: Bienvenidos, queridos Rosencrantz y Guildenstern. Además de lo mucho que os echábamos de menos, la necesidad que teníamos de vosotros ha provocado que os hiciésemos venir apresuradamente. Habréis oído algo sobre la transformación que Hamlet ha sufrido; la llamo así porque ni externa ni internamente se parece al que era. No alcanzamos a imaginar a qué se debe, más allá de la muerte de su padre, que su entendimiento esté tan perturbado. Os ruego a ambos que, puesto que os habéis criado con él, y dado lo cercanos que estáis a su juventud y comportamiento, consintáis en permanecer aquí en la corte un poco más de tiempo, para que vuestra compañía le incite a entregarse a alguna clase de diversión, y así averigüéis, si la ocasión se os presenta, qué es eso que nosotros desconocemos y a él le aflige. Una vez descubierto, estará en nuestra mano remediarlo.

GERTRUDIS: Queridos caballeros, él nos ha hablado mucho de vosotros, y estoy segura de que no hay otros dos hombres vivos a los que sea más afín. Si os agradase mostrarnos tanta gentileza y buena voluntad como para pasar un poco de tiempo con nosotros y alimentar así nuestras esperanzas, vuestra visita será remunerada como se espera del agradecimiento de un rey.

ROSENCRANTZ: Vuestras Majestades pueden, por el poder soberano que detentan sobre nosotros, requerir lo que desean como un mandato, antes que como un ruego.

GUILDENSTERN: Os obedeceremos ambos, pues estamos a vuestra entera disposición. Haced el uso que determinéis de nuestros servicios; a vuestros pies quedamos.

CLAUDIO: Gracias, Rosencrantz. Gracias gentil Guildenstern.

GERTRUDIS: Gracias, Guildenstern. Gracias gentil Rosencrantz. Os ruego que visitéis de inmediato a mi hijo, que está tan cambiado. Que alguien lleve a estos caballeros hasta donde está Hamlet.

GUILDENSTERN: Quiera Dios que nuestra presencia y acciones le resulten agradables y útiles.

GERTRUDIS: Amén.

*Salen Rosencrantz y Guildenstern. Entra Polonio*

POLONIO: Los embajadores de Noruega, mi señor, han retornado, y, al parecer, están contentos.

CLAUDIO: Siempre habéis sido padre de buenas noticias.

POLONIO: ¿De veras, mi señor? Os aseguro, mi buen soberano, que atiendo mis deberes como atiendo a mi alma, y a mi Dios como a Su Majestad, mi rey. Y estoy convencido —a no ser que este cerebro mío ya no siga la pista de una intriga con la seguridad con la que solía hacerlo— de haber dado con la verdadera causa de la locura de Hamlet.

CLAUDIO: ¡Contadnos entonces! Estamos impacientes por oírlo.

POLONIO: Dad paso primero a los embajadores; mis noticias serán el postre de ese gran festín.

CLAUDIO: Haced vos mismo los honores y hacedles pasar.

*Sale Polonio*

CLAUDIO: Dice, mi querida Gertrudis, que ha encontrado la fuente principal del mal de tu hijo.

GERTRUDIS: Dudo que no sea la que conocemos: la muerte de su padre y nuestra apresurada boda.

CLAUDIO: Enseguida lo comprobaremos.

*Entran Polonio, Voltemand y Cornelio*

CLAUDIO: Sed bienvenidos, mis buenos amigos. Decidnos, Voltemand: ¿qué noticias traéis de nuestro par, el rey de Noruega?

VOLTEMAND: Os devuelve gentilmente vuestros saludos y deseos. Nada más exponerle los hechos, mandó suspender las levas de su sobrino, que él tenía por preparativos para combatir a los polacos. Tras analizarlo con más profundidad, se dio cuenta de que se dirigían contra Vuestra Majestad. Tras constatar que se habían aprovechado de su enfermedad, su edad y su convalecencia, dio orden de arrestar a Fortimbrás; este se rindió de inmediato, y tras ser reprendido por el monarca prometió solemnemente a su tío que jamás se levantaría en armas contra vos. A resultas de ello el viejo rey de Noruega, henchido de gozo, le asigna una renta anual de tres mil coronas, y le encarga que emplee los soldados reclutados contra los polacos, con una petición que se especifica en este documento (*Se lo entrega*): que le otorguéis la venia de cruzar tranquilamente vuestros dominios para poder completar esta empresa. Os pide vuestro permiso para realizar con seguridad dicha maniobra, tal y como se especifica en el pliego.

CLAUDIO: Me parece bien. Lo leeré cuando el momento sea adecuado, y tras ponderarlo os comunicaré mi respuesta sobre este asunto. Entretanto, os agradecemos que halláis realizado tan bien vuestra misión. Id a descansar; esta noche lo celebraremos juntos. Sed bienvenidos a vuestra casa.

*Salen Voltemand, Cornelio y el resto de cortesanos*

POLONIO: Este asunto ha concluido bien. Y ahora, mi soberano, mi señora: demorar la discusión sobre lo que la majestad debe ser, qué es el deber, porque el día es día y la noche es noche y el tiempo es el tiempo, no sería sino desperdiciar la noche, el día y el tiempo. Por consiguiente, puesto que la brevedad es el alma del ingenio y la verborrea no más que sus miembros o puro ornato, seré escueto: vuestro noble hijo está loco. Si lo llamo loco es porque, si hemos de definir con rigor qué es la locura, ¿qué podemos decir, sino que consiste en estar loco? Pero aparte de eso...

GERTRUDIS: Más sustancia y menos arte.

POLONIO: Señora, os juro que no empleo ningún arte. Que está loco es cosa cierta, y ciertamente una pena, y una pena que sea cierto; es una expresión muy torpe, pero digámosle adiós, porque no pienso usar ningún arte. Aceptando que está loco, aún nos queda determinar la causa de este efecto, o más bien, la causa de este defecto, porque

este efecto defectuoso proviene de alguna causa. Y eso es lo que nos queda; en esta indagación nos quedamos. Sopesad esto: yo tengo una hija —la tengo mientras no se case y siga siendo mía—, y esta hija, cumpliendo con su deber de obediencia, nótese, me ha dado esta carta. Oíd lo que os leo y juzgad por vuestra cuenta:

(*Lee*) «Para el celestial ídolo de mi alma, la muy hermoseada Ofelia» —es una mala expresión, una expresión vil esta «hermoseada», pero seguid oyendo, ya veréis—, «etcétera, etcétera, su pecho, de un blanco excepcional, lechoso, etcétera, etcétera».

GERTRUDIS: ¿Hamlet le ha escrito eso a ella?

POLONIO: Esperad un momento, mi señora; cumplo mi palabra y os lo leo todo.

(*Lee*) «Duda que las estrellas son de fuego,

duda que se esté moviendo el sol,

duda que no sea falso lo cierto,

pero nunca dudes de mi amor.

Ofelia, querida Ofelia, sigo siendo un mal poeta. No tengo arte para poner en verso mis lamentos, pero que te amo más que a nada en el mundo, puedes creerlo. Adiós. Tuyo por siempre, mi queridísima señora, mientras esta maquinaria siga funcionando. Hamlet».

Esto es lo que mi hija, obediente, me ha enseñado, y adicionalmente me ha dicho cómo comenzó el coqueteo, cuándo, por qué medios y en qué lugar. Todo me lo ha revelado.

CLAUDIO: ¿Y cómo recibió ella su amor?

POLONIO: ¿Por quién me habéis tomado?

CLAUDIO: Por un hombre leal y honorable.

POLONIO: Con mucho gusto os lo pruebo. Pues, ¿qué habríais pensado de mí si viendo, como vi, cómo se propagaba ese amor...? Y he de decir que lo vi antes de que mi hija me lo contara. ¿Qué habríais pensado de mí, mi querida Majestad la reina aquí presente, si hubiera adoptado el papel de un mueble, haciendo que mi corazón fuese sordo y mudo, si hubiese observado este amor sin sentirme afectado, qué habrías pensado entonces de mí? No, me puse manos a la obra, y a mi joven hija le hablé de este modo: «Su Majestad Hamlet es un príncipe, y está fuera de tu alcance. No es para ti». Y acto seguido le di instrucciones para que se alejara de su trato, para que no admitiese mensajeros ni recibiese regalos. Y eso hizo, cosechando el fruto de mis consejos, mientras él, rechazado —no quisiera extenderme en este punto—, fue presa de la tristeza, más tarde de la inapetencia, después del desvelo, después de la debilidad, después de la ligereza, y a raíz de este deterioro se precipitó en la locura que lo ha llevado a su actual delirio, lo cual todos lamentamos.

CLAUDIO: ¿Pensáis que eso es lo que ha pasado, mi señora?

GERTRUDIS: Puede ser, es probable.

POLONIO: ¿Es que en alguna ocasión —me gustaría saberlo— he dicho positivamente «esto es así» y ha resultado ser de otro modo?

CLAUDIO: No, que yo sepa.

POLONIO: (*Señalando su cabeza y su cuello*) Separadme esta de este si es que no estoy en lo cierto. Si las circunstancias lo permiten daré con la verdad allá donde se oculte, así esté en el mismísimo centro de la tierra.

CLAUDIO: ¿Cómo podríamos obtener más pruebas?

POLONIO: ¿Estáis al tanto de que a veces camina durante cuatro horas por estas galerías?

GERTRUDIS: Así es, me consta.

POLONIO: La próxima vez dejaré que mi hija se le acerque. Vos y yo nos situaremos detrás de un tapiz para seguir el encuentro: si él no la ama y no es esa la razón de su desvarío, que deje yo de ser asistente del Estado y me ocupe de un carro en una granja.

CLAUDIO: Lo probaremos.

*Entra Hamlet*

GERTRUDIS: Pero mirad qué triste viene, leyendo, el pobre desdichado.

POLONIO: ¡Retiraos, os lo ruego, marchaos! Lo abordaré inmediatamente. Excusadme.

*Salen el rey y la reina*

POLONIO: ¿Cómo estáis, mi buen señor Hamlet?

HAMLET: Bien, gracias a Dios.

POLONIO: ¿Sabéis quién soy, mi señor?

HAMLET: Sí, perfectamente: sois el pescadero.

POLONIO: No, mi señor.

HAMLET: Pues ojalá fueseis tan honesto como un pescadero.

POLONIO: ¿Honesto, mi señor?

HAMLET: Sí, señor; ser honesto en este mundo, tal y como va, es ser un hombre entre diez mil.

POLONIO: Eso es muy cierto, mi señor.

HAMLET: Si el sol cría larvas en un perro muerto... si la carroña es digna de que la besen... ¿tenéis una hija?

POLONIO: Una tengo, mi señor.

HAMLET: No dejéis que tome el sol: concebir es bendición, pero el modo en que vuestra hija concebiría... mucho cuidado, amigo.

POLONIO: (*Aparte*) ¿Qué me decís de eso? Siempre obsesionado con mi hija. ¡Incluso no me reconoció al principio, pues me tomó por el pescadero! ¡Sí que está mal! Es verdad que hasta yo en mi juventud sufrí muchísimo por amor, casi tanto como él. Le hablaré de nuevo... ¿Qué leéis, mi señor?

HAMLET: Palabras, palabras, palabras.

POLONIO: ¿De qué tratan, Alteza?

HAMLET: ¿Tratan? ¿A qué os referís?

POLONIO: Quiero decir que cuál es el asunto sobre el que leéis, mi señor.

HAMLET: Calumnias, señor. El granuja que ha escrito la sátira afirma que los viejos tienen barbas grises, que sus rostros están surcados de arrugas, que sus ojos segregan un ámbar viscoso y resina de ciruelo, y que están del todo desprovistos de ingenio y tienen los muslos encanijados... Todo lo cual, señor, por más que yo lo crea a pies juntillas, no me parece que sea honesto ponerlo por escrito. En cuanto a vos, señor, podríais llegar a ser tan viejo como yo, si es que, como un cangrejo, pudieseis ir hacia atrás.

POLONIO: (*Aparte*) Por mucho que esto sea locura, hay cierto método en lo que dice... ¿Por qué no vais, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET: ¿A mi tumba?

POLONIO: (*Aparte*) Desde luego, ahí se está a resguardo del aire. Hay que ver qué atinadas son a veces sus respuestas... a menudo la locura da en el clavo, más de lo que pueden la razón y la salud. Lo dejaré para que se encuentre con mi hija... Mi señor, solicito vuestro permiso para retirarme.

HAMLET: Nada podríais pedirme que yo os concediese más gustosamente... a excepción de mi vida, mi vida, mi vida.

POLONIO: Adiós, mi señor.

HAMLET: ¡Qué cargantes resultan estos viejos idiotas!

*Entran Guildenstern y Rosencrantz*

POLONIO: ¿Buscáis al príncipe? Ahí lo tenéis.

ROSENCRANTZ: (*A Polonio*) Que Dios os guarde, señor.

*Sale Polonio*

GUILDENSTERN: Mi estimado señor.

ROSENCRANTZ: Mi queridísimo señor.

HAMLET: ¡Mis muy queridos amigos! ¿Cómo estás, Guildenstern? ¡Hola, Rosencrantz! Mis buenos camaradas, ¿cómo os va?

ROSENCRANTZ: Como al resto de las criaturas de la tierra.

GUILDENSTERN: Felices de no ser siempre felices. No puede decirse que seamos el pompón del gorro de la diosa Fortuna.

HAMLET: Ni las suelas de sus zapatos.

ROSENCRANTZ: Tampoco, mi señor.

HAMLET: Entonces es que vivís en torno a su cintura, o en el centro de sus favores.

GUILDENSTERN: Seguro, en su intimidad misma.

HAMLET: ¿En las partes secretas de la Fortuna? No me extraña, es una fulana. ¿Qué noticias me traéis?

ROSENCRANTZ: Ninguna, mi señor, salvo que el mundo se ha vuelto honrado.

HAMLET: Entonces es que el Juicio Final se acerca... pero vuestras noticias están desencaminadas. Dejadme que sea más concreto. ¿Qué le habéis hecho, mis queridos amigos, a la diosa Fortuna, como para que os envíe a esta prisión?

ROSENCRANTZ: ¿Qué prisión, mi señor?

HAMLET: Dinamarca es una prisión.

ROSENCRANTZ: Entonces el mundo también lo es.

HAMLET: Ya lo creo; y en ella hay muchas celdas, mazmorras y calabozos; Dinamarca está entre los peores.

ROSENCRANTZ: No creemos que así sea, mi señor.

HAMLET: En tal caso, no lo es para vosotros, porque no hay nada bueno ni malo, sino que es el pensamiento el que lo determina. Para mí es una prisión.

ROSENCRANTZ: Debe ser que vuestra ambición hace que os lo parezca, por resultar demasiado estrecha para vuestra inteligencia.

HAMLET: ¡Por Dios! Podrían alojarme en una cáscara de nuez y me consideraría el rey del espacio infinito, con tal de no tener estas pesadillas.

GUILDENSTERN: Esas pesadillas son producto de la ambición, porque lo que agita al ambicioso no es más que la sombra de un sueño.

HAMLET: Un sueño, a su vez, no es sino una sombra.

ROSENCRANTZ: Cierto, y para mí que la ambición es una cualidad tan vaporosa e insustancial que no es más que la sombra de una sombra.

HAMLET: De ser así, nuestros mendigos no son más que cuerpos, y nuestros monarcas y nuestros más grandes héroes, las sombras de los mendigos. ¿Qué, vamos hacia la corte? Os aseguro que ya no estoy para discurrir.

ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN: A vuestro servicio estamos.

HAMLET: Nada de eso. No os pondré junto al resto de mis sirvientes, porque, para ser sincero, ya estoy horrorosamente servido... Apelo a vuestra amistad y os pregunto de nuevo: ¿qué os ha traído hasta Elsinor?

ROSENCRANTZ: Visitaros a vos, nada más que eso.

HAMLET: Yo mismo soy un mendigo, tan pobre que no me alcanza ni para dar las gracias, pero aun así os lo agradezco; podéis por lo demás estar seguros, mis queridos amigos, de que mi agradecimiento no vale ni medio penique. ¿No será que os enviaron aquí? ¿O lo hicisteis por vuestro propio deseo? ¿Se trata de una visita inmotivada? Vamos, vamos, sed justos conmigo; venga, hablad.

GUILDENSTERN: ¿Qué debemos decir, mi señor?

HAMLET: Lo que sea, siempre que venga al caso. Os han enviado; hay algo parecido a una confesión en vuestras miradas, algo que vuestra naturaleza decente os impide enmascarar como haría falta. Sé que el rey y la reina os han enviado.

GUILDENSTERN: ¿Con qué fin, mi señor?

HAMLET: Eso es lo que tenéis que contarme. Permitid que os implore, haciendo uso del derecho que me otorga la amistad y la juventud que compartimos, que recurra a la obligación que nace del afecto ininterrumpido que nos hemos profesado, y a lo que os diría cualquier otro que expusiera mejor el caso: sed francos y directos conmigo y decidme si os han enviado o no.

ROSENCRANTZ: (*A Guildenstern*) ¿Qué dices tú?

HAMLET: No, no, soy yo el que os miro. Si me apreciáis, no os guardéis nada.

GUILDENSTERN: Señor, nos han enviado.

HAMLET: Yo os diré por qué. Al anticiparme evitaré que os descubráis, y la discreción a la que os comprometisteis con el rey y la reina no sufrirá merma alguna. Últimamente, y sin saber por qué, he perdido mi alegría, renunciando a todas mis actividades habituales. Tanto se ha visto afectado mi ánimo que esta fastuosa estructura, la tierra, me parece un promontorio estéril, y su magnífico dosel aéreo, mirad, este hermoso firmamento que se extiende sobre nosotros, este majestuoso techo repujado de dorados fuegos, no lo tengo más que por una absurda y pestilente congregación de vapores. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Qué noble en la razón, qué infinito en facultades, formas y movimientos! ¡Qué expresivas y admirables son sus acciones! ¡Y cuánto se parece a un ángel en su entendimiento, y cuán similar es a un dios! El hombre es lo más bello que hay en el mundo; el ejemplar más sublime entre los animales. Y entonces, ¿por qué representa para mí la quintaesencia del polvo? No me deleita el hombre; tampoco la mujer, aunque de vuestras sonrisas deduzco que sugerís otra cosa.

ROSENCRANTZ: Mi señor, no estaba pensando en eso.

HAMLET: Entonces, ¿por qué os sonreísteis cuando afirmé que el hombre no me deleita?

ROSENCRANTZ: Pensaba, mi señor, que si el hombre no os deleita recibiréis a los comediantes que hemos visto con ánimo de Cuaresma. Nos topamos con ellos por el camino; vienen hacia aquí para ofreceros sus servicios.

HAMLET: Quien interprete el papel del Rey será bienvenido; su majestad recibirá mi tributo. El Caballero Andante usará espada y escudo, y el Amante no ha de suspirar gratuitamente; al Bufón hay que dejarle completar su papel sin interrupciones, y a la Dama se le permitirá que se exprese libremente, pues de lo contrario se trabará con sus versos. ¿Qué comediantes son estos?

ROSENCRANTZ: Aquellos que tanto solían gustaros, los actores trágicos de la ciudad.

HAMLET: ¿Y por qué han salido de gira? Si actuaran donde residen les iría mejor, tanto en lo que hace a su reputación como a sus beneficios.

ROSENCRANTZ: Creo que pesa cierta prohibición sobre ellos, a causa de una de sus últimas creaciones.

HAMLET: ¿Gozan de la misma aceptación que cuando yo estaba en la ciudad? ¿Tienen tantos seguidores como entonces?

ROSENCRANTZ: No, ya no tantos.

HAMLET: No es de extrañar, ahora que mi tío es rey de Dinamarca, y aquellos que se habrían reído en su cara si mi padre siguiera viviendo pagan veinte, cuarenta, cincuenta o un centenar de ducados por un pequeño retrato suyo. ¡Dios de mi vida! Hay algo respecto a esto que excede lo natural; ojalá pudiera desentrañarlo la filosofía.

Suenan trompetas anunciando la llegada de los comediantes

GUILDENSTERN: ¡Aquí están los actores!

HAMLET: Caballeros Rosencrantz y Guildenstern, sed bienvenidos a Elsinor. ¡Venga esas manos! El acompañamiento apropiado a una bienvenida es el fasto y la ceremonia. Permitid que os reciba de este modo, no sea que el recibimiento a los actores —que ya os digo que será por todo lo alto— parezca superior que el que os dispenso a vosotros. Bienvenidos; pero mi tío-padre y mi tía-madre se engañan.

GUILDENSTERN: ¿En qué, mi querido señor?

HAMLET: Estoy loco solamente cuando sopla de norte-noroeste. Cuando el viento viene del sur puedo distinguir un halcón de una garza.

### *Entra Polonio*

POLONIO: Que el bien sea con sus señorías.

HAMLET: Oye bien, Guildenstern, y tú también, poned una oreja cada uno. A esa criatura enorme que veis ahí enfrente aún no le han quitado los pañales.

ROSENCRANTZ: Seguramente es la segunda vez que se enfrenta a ese trance, pues, como suele decirse, el viejo es niño dos veces.

HAMLET: Auguro que viene a hablarme de los comediantes. Ya veréis. (*Haciendo señas a Guildenstern y Rosencrantz y cambiando de tono*) Decís bien, señor, fue el lunes por la mañana, en efecto.

POLONIO: Mi señor, tengo noticias para vos.

HAMLET: (*Imitando a Polonio*) Mi señor, tengo noticias para vos. Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO: Los actores han llegado, mi señor.

HAMLET: ¡Bah! ¡Bah!

POLONIO: Os lo juro señor, por mi honor.

HAMLET: Entonces es que cada actor ha llegado montado sobre un borrico.

POLONIO: Son los mejores actores del mundo, ya sea para interpretar algo trágico, cómico, histórico, pastoril, cómico-pastoril, histórico-pastoril, escenas indivisibles o un poema ilimitado. Ni su Séneca es demasiado pesado ni su Plauto demasiado ligero, se ajusten a lo escrito o lo interpreten libremente. No hay nadie como ellos.

HAMLET: ¡Ah, Jefe, juez de Israel! ¡Cuán grande era tu tesoro...!

POLONIO: ¿Qué tesoro era ese, mi señor?

HAMLET: ¿Qué tesoro?

*Una hermosa hija, eso es todo,  
una hija a la que amaba tanto...*

POLONIO: (*Aparte*) Ya vuelve a la carga con mi hija.

HAMLET: ¿No estoy en lo cierto, viejo Jefe?

POLONIO: Si me llamáis Jefe, mi señor, ciertamente yo tengo una hija a la que quiero más que a nada en este mundo.

HAMLET: No, no, no es así como sigue.

POLONIO: ¿Cómo sigue entonces, mi señor?

HAMLET: Pues:

*Cómo sucedió,  
sabe Dios.*

Y luego, ya sabéis:

*Terminó pasando,*

*lo que estábamos esperando.*

La primera estrofa de la piadosa canción os enseñará más cosas... pero mirad, llega la causa de que me detenga.

*Entran los comediantes*

HAMLET: Sed bienvenidos, señores, se os da la bienvenida a todos. Me alegra veros tan bien. Bienvenidos, queridos amigos. ¡Querido amigo! Veo que a tu cara le han salido muchos flecos desde la última vez que nos vimos... ¿Es que has venido a presumir de barba en Dinamarca? Y tú, joven dama, señorita... Por María santísima, estás más cerca del cielo que la última vez que te vi, y eso que llevabas tacones... Dios quiera que la voz no se te haya quebrado como moneda falsa. Señores, sed todos bienvenidos. Estamos todos entusiasmados, como halconeros franceses, pendientes de cada cosa que vuela. Queremos ya mismo un fragmento; venid, dadnos alguna muestra de lo que sois capaces, algún parlamento apasionado.

ACTOR I: ¿Qué parlamento, mi buen señor?

HAMLET: Te oí uno en cierta ocasión... pero nunca se representó, o, a lo sumo, una sola vez, pues la obra, si mal no recuerdo, no es que entusiasmase a un millón (era caviar para los cerdos). A mí y a otros cuyos juicios en la materia me superan con mucho, nos pareció excelente, con unas escenas bien estructuradas; una obra tan comedida como aguda. Recuerdo que alguien dijo que a los versos les faltaba algo de sal para que el asunto en su conjunto resultase sabroso, también que las estrofas no estaban tan sobrecargadas como para acusar al autor de afectación; que el método de composición, en definitiva, era honesto, y el resultado íntegro y agradable, de largo más bello que bueno. Había un parlamento en el drama que me gustó especialmente... la narración de Eneas a Dido, y, dentro de esta, justamente la parte en que se habla del asesinato de Priamo. Si aún sigue vivo en tu memoria, retómalo por ese verso que decía... a ver, ¿qué decía?

*El fiero Pirro, como bestia de Hircania...*

No, no era así. Pero comienza con Pirro.

*El fiero Pirro, cuya oscura armadura,  
negra como sus intenciones, se asemeja a la noche,  
oculto, tendido, en el ominoso vientre del caballo,  
embadurna su horrible faz de un bermellón más horrendo:  
se cubre, de pies a cabeza,  
con la sangre de padres, madres, hijas e hijos,  
sangre coagulada, tostada por las calles incendiadas,  
calles que pintan tan abyectos crímenes  
con la luz maléfica de los condenados.  
De este modo, asado de cólera y de fuego,  
exaltado, impregnado de sangre,  
sus ojos como dos granates, busca el diabólico Pirro  
a Priamo, el viejo patriarca.*

POLONIO: ¡Por Dios, mi señor, muy bien declamado! Con buen acento y muy buen juicio.

ACTOR I:

*Enseguida lo encuentra,  
intentando, sin resultado, golpear a los griegos.  
Su vieja espada se rebela contra su brazo, y allá donde cae, se queda,  
no obedece orden alguna. La lucha está descompensada:  
Pirro se abalanza sobre Príamo, ciego por la ira;  
su espada rasga el aire y cae sobre el padre, extenuado.  
Y Troya, hasta entonces impertérrita,  
parece acusar este golpe, sus almenas en llamas  
se comban hasta el suelo y con horrendo estrépito  
taladran los oídos de Pirro. Pero he aquí que la espada  
que descendía hasta la nívea cabeza  
del reverenciado Príamo, parece detenerse en el aire,  
quedando Pirro como un tirano retratado,  
la espada neutral, que no obedece a su amo  
y nada hace.  
Pero igual que a menudo vemos que un silencio  
en los cielos preludia una tormenta, que las nubes se paran  
y los audaces vientos enmudecen y el orbe, abajo,  
está tan callado como la muerte, y de pronto el horrendo trueno  
desgarra el cielo, así, tras la pausa de Pirro,  
su sed de venganza, renovada, lo devuelve a la acción.  
Y ni los mazos de los Cíclopes cayeron  
sobre la armadura de Marte, forjada para ser eterna,  
con menos pesar que el que ahora manifiesta Pirro  
al descargar su sangrienta espada sobre Príamo.  
¡Aléjate de aquí, Fortuna! ¡Eres una fulana!  
Reuníos, dioses, para arrebatarse su poder,  
romped el armazón y los radios de su rueda  
y echad a rodar el circular eje montaña abajo,  
haced que descienda del Olimpo y acabe en el infierno.*

POLONIO: ¿No es demasiado larga?

HAMLET: La enviaremos contigo al barbero para que la acorten, como tu barba. Te lo ruego, continúa, no le escuches, a este solo le agradan los bailes y las historias picantes, o se duerme. Vamos, hasta la parte que habla de Hécuba.

ACTOR I: *Pero, ay de aquel que hubiera visto a la reina embozada...*

HAMLET: «¡La reina embozada!».

POLONIO: Eso suena bien.

ACTOR I:

*...correr descalza, arriba y abajo, desafiando a las llamas,*

*arrasada por las lágrimas, una tela sobre la misma cabeza  
que antes portara una diadema, y por vestido,  
cubriendo su talle enflaquecido, su vientre antes fecundo,  
una colcha tomada con la urgencia que suscita el pánico.  
Quien la hubiera visto así, habría clamado  
con lengua envenenada contra la traición de la Fortuna.  
Si los mismos dioses la hubieran visto entonces,  
al reparar en Pirro ensañándose en su esposo,  
hincando su acero en la carne de Príamo,  
si hubiesen oído el espontáneo aullido que profirió  
(a no ser que los asuntos mortales no los conmuevan),  
se habrían humedecido los ardientes ojos del cielo,  
por la compasión sentida por los propios dioses.*

POLONIO: Mirad como se le ha demudado el rostro y cuántas lágrimas encharcan sus ojos... ¡Os lo suplico, dejadlo ya!

HAMLET: Está bien; en breve haré que recites el resto. (*A Polonio*) Mi buen señor, ¿podéis ocuparos de que a los actores no les falte de nada? Atended: tratadlos excelentemente, porque son el epítome y la atinada crónica de nuestro mundo actual. Más os convendría tener un mal epitafio, tras la muerte, que una mala crítica de ellos mientras viváis.

POLONIO: Mi señor, los trataré como se merecen.

HAMLET: ¡Por el amor de Dios, tenéis que tratarlos mucho mejor! Si a todos se nos tratase según nuestro mérito, ¿quién se libraría de una paliza? Tratadlos de acuerdo a vuestro propio honor y dignidad: cuanto menos se merezcan, más encomiable será vuestra generosidad. Acompañadlos.

POLONIO: Venid, señores.

*Sale Polonio y algunos actores*

HAMLET: Id con él, amigos. Mañana escucharemos una representación (*Aparte, al Actor 1*) Escucha, viejo amigo: ¿podrías interpretar *La muerte de Gonzago*?

ACTOR I: Por supuesto, mi señor.

HAMLET: Mañana mismo por la noche nos la ofreceréis. Necesitaría que te estudiases un parlamento de unos doce o dieciséis versos que he escrito y me gustaría intercalar. ¿Podrías?

ACTOR I: Sí, mi señor.

HAMLET: Muy bien. Sigue a aquel señor, y cuidado con burlarte de él. (*Al resto de actores*) Mis queridos amigos, os dejo hasta la noche. Sed bienvenidos a Elsinor.

ROSENCRANTZ: Mi señor...

HAMLET: Ah, sí, también vos, id con Dios.

*Salen todos menos Hamlet*

HAMLET: Ya estoy solo... ¡Ah, no soy más que un pordiosero, un bruto y un esclavo! ¿No es monstruoso que este actor, fingiendo y mediante una pasión soñada, pueda forzar su alma y a demanda palidecer, verter lágrimas, desfigurar su rostro, romperse la voz y adaptar su semblante entero a lo que tiene en mente? ¿Y todo por nada, por Hécuba? ¿Qué significa Hécuba para él, o viceversa, como para generar un llanto? ¿Qué no haría si tuviese mis motivos y la pasión que me embarga? Ahogaría la escena con sus lágrimas y desgarraría los oídos de todos con su narración horrible, enloquecería al culpable y consternaría al inocente, confundiría al ignorante y pasmaría a todo el que pudiera ver y oír. Sin embargo, yo, un anodino y pusilánime canalla, que me escaqueo como un don nadie, un infiel a mi causa, no puedo decir nada. Nada, ni por un rey a quien arrebataron su trono y su preciosa vida mediante un atroz delito. ¿Soy un cobarde? ¿Nadie me llamará villano ni me partirá la cabeza, ni me arrancará la barba para tirármela a la cara? ¿Nadie me tirará de la nariz, nadie tomará las mentiras de mi garganta y las empujará hasta mis pulmones? ¿Nadie dispuesto? ¿De verdad? ¡Por las llagas de Cristo, bien que lo soportaría! Pues está claro que tengo el hígado de una paloma, que me faltan agallas para amargar a quien me oprime; de no ser por ello, hace tiempo que debería haber engordado a todos los buitres de la región con los despojos de ese esclavo, de ese maldito, obsceno, despiadado, desleal, lujurioso y deleznable villano. ¡Soy un burro, solo eso! Mirad que valiente soy: yo, el hijo de un ser amado y asesinado, espoleado a la venganza por el cielo y el infierno, ¿qué hago? Abrir mi corazón mediante palabras, como una prostituta, y dedicarme a maldecir como una buscona o un buscón. ¡Qué vergüenza! ¡Vamos, piensa!... Piensa...

He oído que ciertos delincuentes, al presenciar una obra y merced a la agudeza de determinada escena, han sentido un vuelco en el alma de tal calibre que terminaron confesando sus fechorías. Y que eso sucede porque el asesinato, aunque carezca de lengua, puede llegar a aflorar gracias a estímulos extraordinarios. Haré que estos comediantes interpreten frente a mi tío algo que se parezca al crimen cometido contra mi padre. Observaré sus miradas y hurgaré a fondo en su interior. Si se estremece ya sabré lo que hacer. El espíritu que he visto podría ser el diablo, pues este puede adoptar la forma que desee. Así es; tal vez haya abusado de mi debilidad y mi melancolía (el diablo es poderoso en situaciones parejas) para condenarme. Recabaré pruebas que sean más determinantes. Esta obra de teatro será la red con la que atrape la conciencia del rey.

*Sale*

## ACTO III

ESCENA I  
Una sala en el castillo

*Entran el rey, la reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz, Guildenstern y cortesanos*

CLAUDIO: ¿Y no podríais dirigir la conversación de modo que os cuente por qué anda sumido en semejante confusión, perturbando violentamente la paz de sus días con esos peligrosos arrebatos propios de un lunático?

ROSENCRANTZ: Él mismo confiesa que se siente aturdido; pero, en cuanto a la causa, no suelta prenda.

GUILDENSTERN: Tampoco parecía muy dispuesto a que se le sondee. Al contrario, se mantiene a distancia, despachándonos con ingeniosos dislates cada vez que intentamos que confiese algo acerca de su verdadero estado.

GERTRUDIS: ¿Os recibió bien?

ROSENCRANTZ: Como un completo caballero.

GUILDENSTERN: Pero torciendo claramente su disposición natural.

ROSENCRANTZ: Y muy reticente a preguntar y muy predispuesto a responder a nuestras preguntas.

GERTRUDIS: ¿Conseguisteis incitarle a alguna diversión?

ROSENCRANTZ: Resulta, mi señora, que en el camino nos tropezamos con ciertos actores. Le hablamos de ellos, y es verdad que aquello despertó en él cierto alborozo. Están aquí, en la corte, y si no me equivoco tienen ya órdenes de actuar esta noche ante él.

POLONIO: Muy cierto. Me ha pedido que invite a Vuestras Majestades a oír y ver la función.

CLAUDIO: Lo haremos con mucho gusto. Me alegra de veras escuchar que se interesa tanto por eso. Queridos caballeros: seguid tentándole para que se decante por este tipo de distracciones.

ROSENCRANTZ: Así lo haremos, mi señor.

*Salen Rosencrantz, Guildenstern y cortesanos*

CLAUDIO: Querida Gertrudis, márchate tú también. Lo hemos dispuesto todo para que Hamlet se encuentre con Ofelia como por accidente. Su padre y yo nos situaremos de tal modo que, viendo y sin ser vistos, podamos juzgar francamente, a partir de su comportamiento, si el príncipe sufre o no por su amor.

GERTRUDIS: Te obedezco. Y en cuanto a ti, Ofelia, deseo de veras que tus encantos sean la feliz causa de las extravagancias de Hamlet. Ojalá tus virtudes lo devuelvan a su conducta habitual, por el bien del honor de ambos.

OFELIA: Mi señora, nada me gustaría más.

*La reina sale*

POLONIO: Ofelia, camina por este lado (y vos, Majestad, tened la amabilidad de esconderos aquí conmigo). Lee este libro; así mostrarás un recogimiento que sirva de excusa para tu soledad. En esto solemos caer todos: está comprobado que un rostro transido de devoción que apunte a la acción piadosa puede enternecer al mismísimo diablo.

CLAUDIO: Muy cierto, muy cierto (*Aparte*) ¡Qué afirmación tan atinada! ¡Cuánto remueve mi conciencia! Las mejillas pintarrajeadas de una furcia no son más desagradables que mis hechos, que yo mismo disimulo con la pintura de mis palabras. ¡Qué carga tan pesada!

POLONIO: Ya lo oigo llegar; ocultémonos, mi señor. (*El rey y Polonio se esconden tras un tapiz*)

*Entra Hamlet*

HAMLET: Ser o no ser, esa es la cuestión. ¿Qué es más noble para el alma, encajar las pedradas y flechas que nos lanza la abominable Fortuna, o empuñar armas para enfrentarse a un mar de adversidades, y no cejar hasta darles fin? Morir, dormir... No hay más. Y pensar que con un sueño acallaríamos el dolor del corazón y el millar de males naturales a los que se expone la carne... He ahí un colofón por el que cabe rogar devotamente: morir, dormir; dormir, tal vez soñar... Sí, ese es el escollo: saber qué visiones tendríamos en ese sueño de la muerte, una vez nos desprendiésemos de nuestro envoltorio mortal y alcanzásemos la paz. Por eso goza la calamidad de una vida tan larga; pues, ¿quién soportaría los azotes y ultrajes que nos inflige el tiempo, el mal causado por el opresor, el desprecio del soberbio, las punzadas del amor no correspondido, la demora de la ley, la insolencia del poderoso y las vejaciones que el paciente mérito recibe del indigno, cuando uno mismo podría procurarse el descanso sencillamente con un puñal? ¿Quién cargaría con todo este fardo, resoplando y sudando por llevar tan agotadora existencia, de no ser por el pavor a lo que haya uno de encontrarse tras la muerte, ese país por descubrir, de cuyos confines ningún viajero retorna? ¿Quién aguantaría tanto infortunio, si no fuera por ese más allá que nos desconcierta y nos hace soportar los males que padecemos antes que huir hacia otros que ignoramos? Así es como la conciencia nos hace a todos cobardes; así pierde nuestra resolución primera su nítido color, en favor del pálido tono de nuestras cavilaciones. Es así como nuestras empresas más importantes y valiosas se trastocan y abandonan el campo de la acción.

Pero, cállate ahora, conciencia; la hermosa Ofelia se aproxima. ¡Ninfa, recuerda mis pecados cuando entones tus plegarias!

OFELIA: Mi señor... ¿Cómo se encuentra Su Alteza después de tantos días?

HAMLET: Te doy las gracias humildemente: me encuentro bien.

OFELIA: Mi señor, tengo conmigo recuerdos que me entregasteis y hace tiempo que quiero devolverlos. Os ruego que los aceptéis ahora.

HAMLET: No, no, en absoluto: nunca te di nada.

OFELIA: Sabéis muy bien que es así, mi señor, como sabéis con qué dulces palabras los acompañasteis, incrementando su valor. Ahora que al parecer se marchitó su perfume, recuperadlos, que para el alma noble los regalos ricos se tornan pobres cuando quien los da se comporta cruelmente. Aquí los tenéis, mi señor.

HAMLET: ¡A ver, a ver! ¿Eres honesta?

OFELIA: ¿Mi señor?

HAMLET: ¿Y hermosa?

OFELIA: ¿Qué quiere decir Vuestra Alteza?

HAMLET: Que si eres honesta y hermosa no deberías permitir que tu honestidad se trate con tu hermosura.

OFELIA: ¿Podría la belleza, mi señor, tener mejor trato que con la honestidad?

HAMLET: Sin duda, porque el poder de la belleza hace de la honestidad una alcahueta antes de que la fuerza de la honestidad transforme a la belleza en su igual. Esto, que en su día fue una paradoja, ha sido largamente probado en nuestro tiempo... Es cierto que un día te amé.

OFELIA: En verdad, mi señor, es lo que me hicisteis creer.

HAMLET: No tendrías que haberme creído. La virtud no puede ser injertada en nuestros viejos troncos sin que el fruto producido tenga el gusto que ya tenía... No te amaba.

OFELIA: Tanto más me engañasteis.

HAMLET: ¡Ingresa en un convento! ¿Por qué habrías de engendrar pecadores? Incluso yo, que me considero más o menos decente, podría acusarme de cosas tales que hubiese sido mejor que mi madre no me hubiese parido. Soy muy orgulloso, vengativo, ambicioso; me faltan hasta pensamientos para abarcar todos los defectos que aglutino, me falta imaginación para darles forma y tiempo para actuar sobre ellos. ¿Qué hacen los tipos como yo, arrastrándose entre el cielo y la tierra? Los hombres somos todos unos sinvergüenzas; no nos creas a ninguno. Apresúrate y enciértrate en un convento. ¿Dónde está tu padre?

OFELIA: En casa, mi señor.

HAMLET: Pues procura que las puertas estén bien cerradas, para que no pueda hacer el tonto más que en su propia casa. Adiós.

OFELIA: (*Aparte*) ¡Socorredle, cielo santo!

HAMLET: Si alguna vez te casas, te daré esta maldición como dote: aunque seas tan casta como el hielo y tan pura como la nieve, no eludirás las calumnias. Ingresa en un convento. Adiós. Y si al final has de casarte, cástate con un necio; los hombres juiciosos saben de sobra que al final los convertís en monstruos. ¡Vamos, al convento, y deprisa! Adiós.

OFELIA: (*Aparte*) ¡Poderes celestiales, curadle!

HAMLET: Soy muy consciente de todo ese maquillaje que os oculta. Dios os ha dado un rostro y vosotras os hacéis otro. Vais por ahí contoneándoos, adoptáis otro acento, ponéis apodos a las criaturas de Dios y os hacéis las ingenuas cuando sois lascivas. ¡Vamos, enciértrate, no lo repetiré más! Esto es lo que me ha enloquecido. Os aseguro que no tendremos más bodas: los que ya están casados, que vivan (todos menos uno), y el resto, que se quede como está. ¡Vete a un convento!

*Sale Hamlet*

OFELIA: ¡Qué inteligencia tan noble echada a perder! Ducho con la espada como el mejor soldado, observador como un audaz cortesano, hábil en la expresión como un buen estudiante... La esperanza y la joya de este reino, el espejo de las mejores costumbres, el molde ejemplar en quien todos se fijaban, ¡irremisiblemente perdido! Y yo, la más miserable y desgraciada de todas las mujeres, que libé de la miel de sus musicales votos, he de contemplar ahora que la razón más noble y soberana suena como esas campanas desafinadas que al ser tañidas hacen daño al oído... aquella forma sublime, y en la flor de la vida, devastada por la locura. ¡Qué calamidad, haber visto lo que he visto y ver ahora lo que veo!

*El rey y Polonio aparecen desde detrás del tapiz*

CLAUDIO: ¿Amor? Sus sentimientos no se inclinan hacia ese lado. Y lo que decía, aun faltándole cierto orden y concierto, no era producto de la locura. Hay algo en su alma, algo que empolla el huevo de su melancolía, y me temo que cuando este se rompa lo que salga de dentro será algún peligro... Tengo que prevenirlo; así pues, determino de inmediato lo siguiente: que viaje urgentemente a Inglaterra para reclamar el tributo que se nos adeuda. Tal vez la mar y otros países, con su distinto paisaje, expulsen de su corazón ese algo que tiene adentro percutiendo sin reposo contra su mente y sacándolo de sus casillas. ¿Qué opináis al respecto?

POLONIO: Que le hará bien. Aunque sigo pensando que el origen y el motivo de su dolor es el amor no correspondido. ¿Cómo estás, Ofelia? No tienes por qué contarnos lo que ha dicho el príncipe Hamlet; lo hemos oído todo. Mi señor, obrad como gustéis, pero, si os parece oportuno, dejemos que al terminar la representación la reina madre le hable a solas para que él le desvele sus penas. Que ella sea muy directa con él; yo, por mi parte y para complacerlos, me situaré para ser el oído que luego os transmita lo que se digan. Si ella no consiguiese nada, mandadlo a Inglaterra o encerradlo o haced lo que mejor estiméis con él.

CLAUDIO: Así se hará. La locura de un grande no debe marchar sin vigilancia.

*Salen*

## ESCENA II

### Una sala en el castillo

*Entran Hamlet y tres de los actores*

HAMLET: Di los parlamentos, te lo ruego, tal y como yo los he recitado, con desenvoltura. Si voceas como la mayoría de los actores, preferiría que fuera un pregonero el que dijera mis versos. Tampoco acuchilles el aire con tus brazos; condúcete delicadamente. Incluso en medio de la tempestad, como si dijéramos, en el torbellino de tus pasiones, tienes que adoptar un aire sereno que haga que tu dicción sea fluida. Me hiere en lo más profundo del alma oír a uno de esos actores, con peluca y tan escandaloso, hacer jirones un texto, aturdiendo los oídos de los que están en el gallinero, a los que en su mayoría se les escapa todo lo que no sea puro follón o bufonadas. Mandaría azotar a quien osara sobreactuar a Termagante; es como ser el Herodes del propio Herodes. Te ruego que evites esto.

ACTOR: Os lo garantizo, Alteza.

HAMLET: Tampoco seas soso: que tu propia discreción te sirva de guía. Acomoda las acciones a las palabras, y estas a la acción. Y te hago esta observación especial: que no te extralimites hasta el punto de resultar antinatural. Toda exageración se aparta del propósito de la actuación, que no es otro, antes, ahora y siempre, que ser ese espejo que la naturaleza sujeta para que la virtud pueda contemplar su propio rostro, y para que el vicio, igualmente, sepa qué imagen tiene. Cada época ha de conocer cuál es su edad y su aspecto; y al propiciarlo no se puede caer ni en lo excesivo ni en lo anodino, pues así solo se consigue arrancar sonrisas a los necios, al tiempo que se amarga a los sensatos, y la desaprobación de uno solo de estos vale más que el aplauso de un teatro atestado con los otros. Sin ánimo de injuriarles: te aseguro que he visto actores en escena que, pese a ser alabados por algunos (y de qué manera), no tenían ni el acento de un cristiano ni los andares de un cristiano, ni los de un pagano ni los de cualquier otra clase de hombre; y se pavoneaban y chillaban de tal forma que llegué a pensar que no eran obra de Dios, sino de algún aprendiz desmañado, una abominable imitación de la humanidad.

ACTOR: Confío en que en nuestra compañía veáis todos esos defectos corregidos.

HAMLET: Por favor, que nada de eso esté presente, y procura que quienes interpreten a los bufones no reciten más de lo que se dice en el texto. A algunos les tentará añadir carcajadas para incitar a los espectadores más tontos a que les imiten, mientras se descuidan otras cuestiones perentorias de la obra que merecen más consideración. Es un recurso bochornoso que trasluce una lamentable pretensión en el bufón que lo emplea. Y ahora, vamos, id a prepararos.

*Salen los actores  
Entran Polonio, Guildenstern y Rosencrantz*

HAMLET: ¿Y entonces, mi señor? ¿Oirá el rey esta pieza?

POLONIO: Sí, y también la reina, y de inmediato.

HAMLET: Decidle a los comediantes que se apresuren.

*Sale Polonio*

HAMLET: ¿Podéis vosotros dos ayudar para que se den prisa?

ROSENCRANTZ: Por supuesto, mi señor.

*Salen Rosencrantz y Guildenstern  
Entra Horacio*

HAMLET: ¡Hola, Horacio!

HORACIO: Aquí estoy, mi querido señor, a vuestro servicio.

HAMLET: Horacio, eres el hombre más cabal que he conocido en mi vida.

HORACIO: Me abrumáis, mi señor.

HAMLET: No, no creas que te adulo. ¿Por qué habría de hacer tal cosa? ¿Qué podría yo esperar de ti, que, para alimentarte y vestirte, no cuentas con más ingresos que tu encomiable actitud? ¿Y por qué habría que adular al que es pobre? No, dejemos que las lenguas empalagosas laman la absurda pompa, y que los dueños de esas lenguas doblen sus rodillas allá donde el beneficio lubrique sus serviles articulaciones. ¿Entiendes lo que te digo? Desde que mi alma distingue entre los hombres y es capaz de hacer sus propias elecciones te tiene en un pedestal, porque siempre has sabido no sufrir en medio del sufrimiento, ser un hombre que recibe igual de agradecido los reveses y favores de la Fortuna. Bienaventurados aquellos cuyo temperamento y raciocinio se combinan de tal modo que no son una flauta que la Fortuna pueda hacer sonar a su antojo. Dame a un hombre que no sea esclavo de la pasión y yo lo llevaré en el centro de mi corazón, sí, en el corazón de mi corazón, como hago contigo.

Pero no hablemos más de eso. Hay que representar una obra esta noche ante el rey: una de las escenas se acerca a las circunstancias presentes en la muerte de mi padre, según te dije. Te ruego que, cuando la contemples, observes a mi tío con la máxima concentración posible. Si su culpa oculta no se revela durante esa escena, la aparición que vimos era un espíritu maligno, y mi imaginación tan estúpida como el yunque de Vulcano. Examínale detenidamente, que yo tampoco le quitaré ojo: después podremos poner en común nuestros juicios para calibrar su reacción.

HORACIO: Bien, mi señor. Estaré atento para cazar cualquier cosa que se le escape en el transcurso de la representación.

*Entran trompetas y timbales, el rey, la reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz, Guildenstern  
y otros nobles del séquito portando antorchas*

HAMLET: (*A Horacio*) Vienen para ver la obra. Yo debo hacerme el loco. Tú búscate un sitio en el que sentarte.

CLAUDIO: ¿Cómo está mi sobrino Hamlet?

HAMLET: ¡Estupendamente! Estoy como el camaleón, camuflado, y, como él, me alimento del aire, que está preñado de promesas. No podéis alimentar a los capones con eso.

CLAUDIO: No os sigo con esta respuesta, Hamlet. Ponéis en mi boca palabras que no son mías.

HAMLET: Ni mías, señor, ni mías. (*A Polonio*) Actuasteis cuando estabais en la universidad, ¿verdad?

POLONIO: Así fue, mi señor; se me consideraba un buen actor.

HAMLET: ¿Qué interpretasteis?

POLONIO: Interpreté a Julio Cesar. Me mataban en el Capitolio. Bruto era quien me asesinaba.

HAMLET: Muy bruto por su parte matar a un memo tan capital. ¿Están los actores preparados?

ROSENCRANTZ: Sí, mi señor, esperan indicaciones vuestras para empezar.

GERTRUDIS: Ven aquí, mi querido Hamlet, siéntate a mi lado.

HAMLET: (*Señalando a Ofelia*) No, querida madre, allí hay un imán que me atrae con más fuerza.

POLONIO: (*Al rey*) ¿Os habéis dado cuenta del detalle?

HAMLET: Señora, ¿me acogeréis en vuestro regazo?

OFELIA: No, mi señor.

HAMLET: ¿Pensabais que os proponía algo indecoroso?

OFELIA: No pensé en nada, mi señor.

HAMLET: He ahí un bello pensamiento: yacer entre las piernas de una doncella.

OFELIA: ¿Cómo decís?

HAMLET: Nada.

OFELIA: Se os ve de buen humor, mi señor.

HAMLET: ¿Quién? ¿Yo?

OFELIA: Sí, Alteza.

HAMLET: ¡Dios del cielo! ¡Aquí tenéis a vuestro mayor comediante! ¿Qué se nos puede pedir, sino que estemos alegres? Mirad qué contenta está mi madre. ¡Y eso que no hace ni dos horas que murió mi padre!

OFELIA: No, han pasado dos meses dos veces.

HAMLET: ¿Tanto? En tal caso, dejémosle el luto al diablo, que yo me pondré un abrigo de pieles. ¡Por Dios! ¿Dos meses han pasado y todavía no ha sido olvidado? Entonces hay esperanza de que la memoria de un gran hombre le sobreviva medio año. Pero, ¡por la

Virgen!, para eso tendrá que construir iglesias, pues de lo contrario no lo recordará nadie, como al caballito de juguete cuyo epitafio dice: «¡Ay no! ¡Ay no! ¡Del caballito de madera el niño se olvidó!».

*Suenan oboes y empieza la pantomima*

*Entran los actores caracterizados como un rey y una reina, fundidos en un tierno abrazo. La reina se arrodilla y da muestras de su amor. El rey alza a la reina y recuesta su cabeza en el hombro de ella; luego se tiende sobre un lecho de flores. La reina, viéndolo dormido, se marcha. Enseguida entra alguien que le quita al rey su corona, la besa, vierte veneno en los oídos del durmiente y se va. La reina retorna, encuentra al rey muerto y se agita conmovedoramente. El envenenador, junto a otros hombres, vuelve a la escena, y hace como que la consuela. El cadáver es retirado. El envenenador corteja a la reina y le trae regalos. Ella se muestra reacia durante algún tiempo, pero al final acepta su amor.*

*Salen*

OFELIA: ¿Qué significa esto, mi señor?

HAMLET: ¡Maldad, pura maldad! Significa que se ha cometido un delito.

OFELIA: Parece que la pantomima recoge el argumento de la obra.

*Entra un actor para recitar el Prólogo*

HAMLET: Quizá nos lo aclare este tipo. Los actores no saben guardar secretos; este nos lo contará todo.

OFELIA: ¿Nos contará qué significa lo que se nos ha mostrado?

HAMLET: Sí, y cualquier otra cosa que vos queráis mostrarle. Si a vos no os avergüenza mostrar, a él no le dará vergüenza deciros lo que significa.

OFELIA: Sois un grosero, sí, un grosero. Dejadme atender a la obra.

PRÓLOGO:

*Por nuestro bien,  
y por el de la tragedia,  
os rogamos que seáis clementes  
y nos escuchéis con paciencia.*

HAMLET: ¿Esto es un prólogo o la inscripción de un anillo?

OFELIA: Solo es breve, señor.

HAMLET: Como el amor de una mujer.

*Entran los actores que interpretan al rey y la reina*

ACTOR (REY):

*Hasta treinta vueltas completas ha dado en su carro Febo  
alrededor de Terra, bañada en la sal de Neptuno,*

*y treinta docenas de lunas, con un brillo prestado,  
doce veces treinta vueltas al mundo han dado.  
Desde que el amor unió nuestros corazones,  
e Himeneo nuestras manos,  
estamos recíprocamente enlazados,  
y por vínculos sagrados.*

ACTOR (REINA):

*Muchas otras jornadas, la luna y el sol  
harán que contemos antes de morir nuestro amor.  
Pero ay de mí: ahora os encuentro enfermo,  
tan lejos de como erais, de vuestro anterior contento,  
que por vos temo, sí, pero, aunque temo,  
no os aflijáis, mi señor, os lo ruego,  
que las mujeres, incluso amando, mucho tememos,  
y en nosotras amor y temor siempre igualamos:  
o no está ninguno o están los dos y los exageramos,  
y que mi amor es mucho lo sabéis desde hace tiempo.  
Si mi amor es enorme, así lo es mi pavor,  
pues donde el amor vence, las dudas el miedo acrece,  
y si los miedos pequeños se agrandan, así lo hace el amor.*

ACTOR (REY):

*Sí, os dejaré, mi amor, y no tardaré mucho,  
las fuerzas me abandonan mientras os escucho,  
y vos en este bello mundo tenéis que seguir viviendo,  
honrada y amada, y tal vez siendo  
desposada por otro...*

ACTOR (REINA):

*¡Ah no, que mueran todos! ¡No, nunca!  
Aceptar otro amor sería traición, y anula  
mi ser pensar en un segundo marido:  
eso es para la esposa que el primero ha destruido.*

HAMLET: (Aparte) ¡Veneno! ¡Dadme veneno!

ACTOR (REINA):

*Lo que mueve a segundos casamientos,  
nunca es el amor, sino los dineros.  
Sería matar otra vez a mi esposo muerto  
si un segundo esposo me besara en el lecho.*

ACTOR (REY):

*Convencido estoy de que crees lo que dices,  
pero a menudo uno promete y luego se contradice.*

*Nuestro propósito es esclavo de la memoria:  
nace robusto, pero es de constitución débil,  
parece fuerte como fruto en el árbol, cuando está verde  
y se cae con mirarlo, cuando maduro se torna.  
Es necesario entonces que nos olvidemos,  
de pagarnos a nosotros mismos lo que nos debemos.  
Lo que, apasionados, nos prometemos,  
muerta la pasión, ya no cumplimos,  
y el fuego de nuestro pesar y nuestros cariños,  
se extingue por sí solo, y luego seguimos.  
Donde gozó la alegría y se lamentó la pena,  
enseguida la pena se alegra y el gozo se apena.  
Este mundo no es para lamentos, y tampoco extrañe  
que hasta nuestro amor con la fortuna cambie,  
porque aún por demostrar queda,  
si el amor lleva a la fortuna, o viceversa.  
Cuando cae un gran hombre, sus aduladores huyen,  
y al advenedizo muchos amigos se le unen.  
Y es así que el amor va detrás de la fortuna,  
y a quien no los necesita los amigos le abundan,  
mientras el necesitado que pide una ayuda,  
ve cómo sus amigos en enemigos mudan.  
Termino, rigurosamente, por donde había empezado.  
Nuestros deseos y nuestro destino van por caminos  
tan opuestos, que todos nuestros planes fracasan;  
nos pertenecen nuestros pensamientos, no así lo que pasa:  
aunque aseguréis que no os casaréis con otro,  
tal propósito morirá a la vez que vuestro primer esposo.*

ACTOR (REINA):

*¡Que la tierra me niegue el sustento y el cielo la luz!  
¡Que ni la noche ni el día me den reposo!  
¡Que mi fe y mi esperanzas se hundan en negro pozo!  
¡Y que en lúgubre prisión encuentre mi cruz!  
Que cada cosa que pueda oponérseme, borre  
de mi faz la alegría, que todo lo destroce,  
aquí y ahora acepto un castigo eterno,  
si llegando a ser viuda, nuevo marido acepto.*

HAMLET: Dicho esto, ¿se atreverá a romper su promesa?

ACTOR (REY):

*Un juramento honesto.  
Y ahora, querida, dejadme,*

*no me tengo en pie, y pretendo  
vencer el cansancio con algo de sueño.*

ACTOR (REINA):

*Que el sueño arrulle tu mente,  
y que ninguna desgracia nos separe.*

*Sale la reina, el rey se duerme*

HAMLET: Dime, madre, ¿te gusta la obra?

GERTRUDIS: Me parece que la reina promete demasiado.

HAMLET: Tal vez, pero mantendrá su palabra.

CLAUDIO: ¿Conoces el argumento? ¿No hay nada ofensivo en él?

HAMLET: No, no, es todo de broma. El veneno es de broma. No hay ofensa alguna.

CLAUDIO: Y ¿cómo decís que se llama la obra?

HAMLET: *La ratonera*. El sentido es figurado. Se representa un asesinato cometido en Viena: Gonzago es el nombre del duque, su esposa se llama Baptista. Enseguida veréis, una auténtica canallada... pero, ¿qué más da? El alma de Vuestra Majestad y la mía están impolutas, todo esto nada tiene que ver con nosotros. Que dé coces el caballo que tenga destrozado el lomo; los nuestros están intactos.

*Entra Luciano*

HAMLET: Este es un tal Luciano, sobrino del rey.

OFELIA: Sois tan bueno como un coro, mi señor.

HAMLET: Podría haceros los coros a vos y vuestro amante, si me dejaseis ver la función de cerca.

OFELIA: Muy agudo, mi señor, muy agudo.

HAMLET: Algún gemido os costaría mellarme el filo.

OFELIA: Muy bueno, es decir, sois muy malo.

HAMLET: Así confundís a los maridos, diciéndoles que estaréis con ellos en lo malo y en lo bueno. Vamos: comienza, asesino, deja de gesticular y comienza, que «el cuervo grazna y clama venganza».

LUCIANO:

*Oscuro propósito, hábil mano, la droga adecuada  
y el mejor momento, pues nadie observa:  
tú, poción maligna, hecha de plantas nocturnas,  
por Hécate tres veces maldita, tres veces infecta,  
que tu vil magia lo contamine, y, enseguida,  
usurpe para siempre el hálito de su vida.  
(Vierte el veneno en los oídos del rey)*

HAMLET: (*Mirando al rey*) Le envenena en el jardín y se queda con la corona. Se llama Gonzago. La historia es verídica y está escrita en un elegante italiano. Inmediatamente

veréis cómo el asesino consigue el amor de la mujer de Gonzago.

OFELIA: ¡El rey se levanta!

GERTRUDIS: ¿Se encuentra bien mi señor?

POLONIO: ¡Detened la obra!

CLAUDIO: ¡Luz, necesito una luz! Salgamos.

POLONIO: ¡Luz! ¡Qué alguien traiga una luz!

*Salen todos menos Hamlet y Horacio*

HAMLET: (*Canta*)

*Dejad que el ciervo herido se retire a llorar  
y que juegue el cervatillo ileso;  
a algunos les toca vigilar, a otros dormir,  
el mundo siempre consistió en eso.*

Después de esto, si me hago con un gorro emplumado y pongo rosas de Damasco en mis deslustrados zapatos —y aunque en adelante la fortuna me traicione—, ¿no te parece, amigo, que estoy para que me acepten en una compañía de cómicos?

HORACIO: A medias.

HAMLET: Del todo, me parece.

*Pues bien sabes, Damón querido,  
que el reino que desmantelamos era  
el del mismo Júpiter, y ahora el que reina  
es un verdadero pavo real.*

HORACIO: Podríais haberlo rimado...

HAMLET: ¡Ay, mi querido Horacio! Parece que la palabra del espectro vale su peso en oro. ¿Te diste cuenta?

HORACIO: Perfectamente, mi señor.

HAMLET: En cuanto se habló de veneno...

HORACIO: Me percaté muy bien.

HAMLET: ¡Estupendo, estupendo! ¡Vamos, que traigan música! ¡Qué avisen a las flautas!

*Porque si al rey la comedia no le gusta,  
¡pardiez!, quizás es que le disgusta.  
¡Vamos, música!*

*Entran Rosencrantz y Guildenstern*

GUILDENSTERN: Mi buen señor, permitidme solamente una palabra.

HAMLET: O una historia completa, señor.

GUILDENSTERN: El rey, señor...

HAMLET: Señor, ¿qué le pasa?

GUILDENSTERN: ... se ha retirado descompuesto.

HAMLET: ¿Ha sido la bebida, señor?

GUILDENSTERN: No, mi señor: descompuesto por la ira.

HAMLET: Si fueseis prudente le contaríais todo esto a un médico, pues si he de ser yo el que le aplique un remedio tal vez no consiga sino que su ira aumente.

GUILDENSTERN: Mi buen señor, ordenad un poco vuestras palabras, y no os desentendáis tan rudamente del asunto.

HAMLET: Estoy tranquilo, señor: hablad.

GUILDENSTERN: La reina, vuestra madre, consternada, es la que me envió a buscaros.

HAMLET: Sed bienvenido.

GUILDENSTERN: No, mi buen señor, esa cortesía no es la que corresponde. Si os place darme una respuesta apropiada, cumpliré las órdenes de vuestra madre. Si no, perdonadme, pero me marcharé y daremos el tema por zanjado.

HAMLET: Pues, señor, no puedo.

ROSENCRANTZ: ¿Qué no podéis, mi señor?

HAMLET: Daros una respuesta apropiada. Mi mente está en un estado del todo inapropiado. Pero sí podéis pedirme la respuesta que puedo daros, o más bien, como decís, la que puedo darle a mi madre. Pero al grano: mi madre, decíais...

ROSENCRANTZ: Esto dice vuestra madre: que vuestra conducta la ha dejado pasmada, sobrecogida.

HAMLET: ¡Qué prodigioso este hijo, capaz de sorprender a su madre! Y decidme: ¿hay alguna consecuencia prevista para esta admiración materna? Contadme, soy todo oídos.

ROSENCRANTZ: Desea hablar con vos en su cuarto antes de que os vayáis a dormir.

HAMLET: La obedeceré, así fuera diez veces mi madre. ¿Queréis tratar alguna otra cosa?

ROSENCRANTZ: Mi señor, hubo un tiempo en el que contaba con vuestro afecto.

HAMLET: Y así sigue siendo; lo juro por estas manos de ladronzuelo.

ROSENCRANTZ: Pero señor, ¿cuál es la causa de vuestro desasosiego? Negando a los amigos el conocimiento de vuestros pesares solo conseguís poner obstáculos a vuestra libertad.

HAMLET: Señor, me falta ambición.

ROSENCRANTZ: ¿Cómo puede ser eso, cuando el propio rey de Dinamarca os ha nombrado su sucesor?

HAMLET: Me consta, pero ya sabéis: «Mientras crezca la hierba...». Dejémoslo ahí, es un refrán muy manido.

*Entran los actores con flautas*

HAMLET: ¡Ah, las flautas! Dejadme ver una... (*A Guildenstern*) Hablemos en confianza: ¿por qué me ponéis contra el viento, como si quisierais encaminarme a una trampa?

GUILDENSTERN: Mi señor, mi exceso de celo en el cumplimiento de mis deberes, que me lleva a ser desconsiderado, es fruto del mucho afecto que os tengo.

HAMLET: Eso no lo entiendo bien. ¿Me haríais el favor de tocar esta flauta?

GUILDENSTERN: Mi señor, no sé.

HAMLET: Os lo ruego.

GUILDENSTERN: Creedme, no sé.

HAMLET: Insisto: os lo suplico.

GUILDENSTERN: Ni siquiera sabría cómo sujetarla, mi señor.

HAMLET: ¡Pero si es fácil! Tan fácil como mentir. Ocluid estos orificios con vuestros dedos, y usad también el pulgar... así... y soplad. Ya veréis cómo producís una música muy elocuente. Mirad, estos son los agujeros...

GUILDENSTERN: Pero señor, sería incapaz de producir armonía alguna. Carezco de la destreza necesaria.

HAMLET: Entonces, yo os debo de parecer un instrumento de lo más vulgar y manejable, puesto que os creéis capaz de hacerme sonar. Al parecer, conocéis todas mis notas, y os sentís capaz de arrancarme mis más recónditos secretos. ¿Pensáis, de verdad, poder obtener todos mis registros, del más bajo al más alto? Pues debéis saber que hay mucha música y una excelente voz en este organillo, y, a la vez, que vos no podéis hacer que suene. ¡Por la sangre de Cristo! ¿Creéis que soy más fácil de tocar que esta flauta? Tomadme por el instrumento que os plazca: podréis toquetearme, pero no me haréis sonar jamás.

### *Entra Polonio*

HAMLET: Dios os bendiga, señor.

POLONIO: Mi señor, a la reina le gustaría hablar con vos, y de inmediato.

HAMLET: ¿Veis aquella nube de allá, con una forma como la de un camello?

POLONIO: ¡Es verdad, sí que lo parece!

HAMLET: A mi juicio se parece más a una comadreja.

POLONIO: El lomo es desde luego el de una comadreja.

HAMLET: ¿No es más como una ballena?

POLONIO: Sí que se parece mucho a una ballena.

HAMLET: Entonces iré enseguida a ver a mi madre. (*Aparte*) Se burlan de mí y me quieren llevar al límite... Sí, enseguida iré. Y ahora dejadme, amigos... Iré. Decídselo. «Enseguida»: qué sencillo es decirlo...

### *Salen todos menos Hamlet*

HAMLET: A esta hora de la noche, propicia a los encantamientos, en la que los cementerios bostezan y hasta las puertas del infierno se abren para vomitar sobre el mundo sus pestilencias, podría yo beber sangre caliente y emprender acciones que

estremecería contemplar a la luz del día. Pero ya basta: es momento de ir a ver a mi madre. Corazón mío, no renuncies a tu esencia. No permitas que el espíritu de Nerón se infiltre en tu robusto pecho... Deja que sea cruel, pero impide que actúe contra la naturaleza; que mis palabras sean puñales, pero que no use ninguno; que mi lengua y mi alma sean hipócritas en cuanto a esto. ¡Por más que mi boca la reprenda, no ha de consentir mi alma que mis actos materialicen lo que le diga!

*Sale*

### ESCENA III

#### Una sala en el castillo

*Entran el rey, Rosencrantz y Guildenstern*

CLAUDIO: Ni me gusta ni es prudente dejar que su locura se desate. De modo que preparaos: os otorgaré de inmediato poderes para partir hacia Inglaterra, y él habrá de acompañaros. Las circunstancias de nuestro país no permiten que consintamos esta clase de peligros tan cercanos a la corona, fruto de sus crecientes desvaríos.

GUILDENSTERN: Estaremos dispuestos. Vuestra preocupación es sacrosanta, pues se refiere a la seguridad de la mucha gente que Vuestra Majestad tiene a su cargo.

ROSENCRANTZ: La vida de todo individuo está abocada a defenderse de cualquier daño con toda la fuerza y las armas que le proporciona la mente; mucho más en el caso de aquel de cuyo bienestar dependen tantas vidas. Cuando un monarca fallece nunca lo hace solo: como una vorágine engulle cuanto lo rodea. Es una especie de formidable rueda instalada en la cima de la montaña más alta, a cuyo enorme eje se encadenan diez mil piezas menores, de modo que, cuando aquel eje sucumbe, cada una de esas piezas insignificantes se quiebra con el mismo estrépito. Nunca se ha visto que un rey suspire sin que el resto gima.

CLAUDIO: Preparaos, os lo ruego, para la inminente travesía, pues hemos de embridar este peligro que ahora galopa desbocado.

ROSENCRANTZ: Lo haremos tan deprisa como podamos.

*Salen Rosencrantz y Guildenstern. Entra Polonio*

POLONIO: Mi señor, se dirige al cuarto de su madre. Os aseguro que ella sabrá reconvenirle. Me situaré tras el tapiz para escuchar cuanto se diga; como dijisteis (y lo habéis dicho muy sabiamente), conviene que haya también otros oídos presentes, aparte de los de una madre (parciales siempre, por naturaleza). Adiós, mi soberano, iré a veros antes de que os acostéis para contaros lo que averigüe.

CLAUDIO: Os lo agradezco, querido señor.

*Sale Polonio*

CLAUDIO: ¡Qué crimen tan repugnante he cometido! ¡Su hedor llega hasta el cielo! Contiene la maldición del primer delito cometido sobre la tierra: el asesinato de un hermano. No puedo rezar, aunque mi inclinación sea tan fuerte como mi deseo, pues la culpa descomunal que acarreo puede con cualquier intento. Como un hombre enfrentado a dos cursos de acción diversos me quedo bloqueado, incapaz de comenzar ninguno, desatendiendo ambos. Esta mano maldita, que ha quedado paralizada al mancharse con la sangre de mi hermano, ¿no habrá lluvia suficiente en los divinos cielos para lavarla y que quede más blanca que la nieve? ¿Para qué sirve la misericordia, si no es para sostenerle la mirada al crimen? ¿Y qué valor tiene la oración sino producir estos dos portentos, prevenirnos de caer o perdonarnos, una vez caídos? Así pues, miro a lo alto. Cometí una falta. Pero, ¡ay!, ¿qué clase de súplica podría yo entonar? ¿Qué diré: «perdóname, Dios, mi infame delito»? ¿Cómo podría, si aún conservo lo que obtuve matando, mi corona, mi propia ambición y mi reina? ¿Puede uno ser perdonado mientras preserva lo que el crimen le procuró? Del modo corrupto en que se hace todo en nuestro tiempo, la mano culpable, si abunda en oro, puede evitar la justicia; demasiadas veces se ha visto que el vil botín del infractor puede comprar a los jueces. Pero arriba en el cielo es otra cosa: no hay artimaña que valga, la acción nunca pierde su verdadera naturaleza, y somos obligados a enfrentarnos cara a cara con nuestros pecados. ¿Y entonces? ¿Qué opción me queda? ¿Comprobar qué consigue el arrepentimiento? ¿Constatar lo que no? ¿Y qué puede hacerse cuando uno no puede arrepentirse? ¡Ah, qué situación tan miserable! ¡Ah, pecho oscuro como la muerte! ¡Alma atrapada que más se aprisiona cuanto más trata de liberarse! ¡Ayuda, ángeles, haced un esfuerzo! ¡Doblaos, tercas rodillas! Y tú, corazón urdido con fibras de acero, ablándate como los tendones de un recién nacido. Puede que aún haya un remedio (*Se arrodiva*).

*Entra Hamlet*

HAMLET: Ahora hay ocasión de hacerlo. Pero está rezando... y, aun así, lo haré (*Desenvaina su espada*). ¡Lo enviaré al cielo y seré así vengado! Pero un momento, razonemos: un infame mata a mi padre, y en consecuencia yo, su único hijo, envío a mi vez a este canalla al cielo... es estúpido, es un premio, no es verdadera justicia. Él

se abalanzó sobre mi padre a traición, cuando, saciado, yacía en su lecho, y lo hizo cuando estaba en pecado, y en la flor de la vida. ¿En qué estado se hallaba su alma? Solo el cielo lo sabe, aunque, por lo que sabemos de su caso, no lo tendrá fácil. ¿Y debo yo vengarme de este precisamente ahora que purga sus pecados y deja dispuesta su alma para el último trayecto? No. (*Envaina el arma*) Aguarda, espada, que haya una ocasión más terrible, cuando esté borracho, o dormido, o furioso, o esté cometiendo incesto en su cama, o blasfemando, o haciendo cualquier otra cosa tras la cual no pueda salvarse. Entonces será el momento de herirle y enviarlo a las profundidades, cuando su alma esté tan condenada y negra que no le quepa otro destino que el infierno. Mi madre me espera; rey: tu plegaria no es sino medicina que prolonga tus días de enfermo.

*Sale Hamlet*

CLAUDIO: (*Levantándose*) Mis palabras viajan hacia lo alto, pero mis pensamientos se quedan aquí abajo... y las palabras sin pensamientos nunca alcanzan el cielo.

#### ESCENA IV El cuarto de la reina

*Entran la reina y Polonio*

POLONIO: Enseguida lo tendréis aquí. Aseguraos de amonestarlo, sin paños calientes. Decidle que sus bromas han llegado demasiado lejos, y que Vuestra Gracia ha debido interponerse entre él y la agitación que ha provocado. Yo estaré justo aquí atrás, en silencio. Os lo ruego: habladle con toda claridad.

GERTRUDIS: Podéis estar seguro de que lo haré. Ocultaos, le oigo llegar.

*Polonio se esconde detrás del tapiz  
Entra Hamlet*

HAMLET: Y bien, madre, ¿de qué se trata?

GERTRUDIS: Hamlet, has ofendido gravemente a tu padre.

HAMLET: Madre, has ofendido gravemente a mi padre.

GERTRUDIS: Vamos, vamos, ya estás replicando con lengua frívola.

HAMLET: Venga, venga, ya estás preguntando con malicia.

GERTRUDIS: ¿Cómo te atreves?

HAMLET: ¿Y ahora qué ocurre?

GERTRUDIS: ¿Te olvidas de que soy tu madre?

HAMLET: No, por la Cruz que no lo olvido. Eres la reina, la esposa del hermano de tu marido. Y, ojalá no lo fueras, también eres mi madre.

GERTRUDIS: (*Levantándose*) No seguiré escuchando. Ya enviaré a quien sepa hablarte.

HAMLET: (*La retiene por la fuerza*) ¡Vamos, vamos! Siéntate. No te moverás de aquí; no antes de que haya puesto frente a ti un espejo en el que puedas ver lo más recóndito de tu ser.

GERTRUDIS: ¿Qué vas a hacer? ¿Es que pretendes matarme? ¡Ayuda, socorro!

POLONIO: (*Tras el tapiz*) ¡Ayuda, socorro!

HAMLET: (*Desenvainando*) ¿Y esto? ¡Una rata! ¡Apuesto un ducado a que la mato! (*Atraviesa el tapiz con su espada*)

POLONIO: ¡Ah, me han matado!

GERTRUDIS: ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

HAMLET: Pues no lo sé... ¿Es el rey?

GERTRUDIS: ¡Ah, qué acto tan insensato y sangriento!

HAMLET: ¿Sangriento? Sí, casi tan malo, buena madre, como matar a un rey y casarse con su hermano.

GERTRUDIS: ¿Matar a un rey? ¿De qué estás hablando?

HAMLET: Sí, señora, eso es lo que he dicho. (*Retira el tapiz y descubre el cadáver de Polonio*) ¡Adiós, desgraciado, insensato, entrometido necio! Te tomé por alguien de mayor rango... Acepta tu suerte. Ya ves que es peligroso meterse en demasiados charcos... (*Deja caer el tapiz*) No sigas retorciéndote las manos, madre. Cálmate, toma asiento, y deja que sea yo quien te retuerza el corazón. Eso haré, si es que por su constitución es accesible, y si tus detestables hábitos no lo han endurecido hasta el punto de hacerlo incommovible al sentimiento.

GERTRUDIS: ¿Qué he hecho yo para que te atrevas a censurarme así, de un modo tan violento?

HAMLET: Has perpetrado un acto capaz de desfigurar el rostro de la decencia, destruyendo su gracia y su sonrojo, un acto que muda la virtud en hipocresía, retirando la rosa de la hermosa frente de un amor sin mácula para poner en su lugar una pústula. Has hecho esto: convertir los votos matrimoniales en algo tan falso como los juramentos de los jugadores; hacer trizas la esencia sagrada de una unión para transformarla en insustancial palabrería. La faz del cielo brilla encolerizada sobre esta esfera sólida y compacta, como si fuera el día del Juicio, de lo que se avergüenza ante lo que has hecho.

GERTRUDIS: ¡Ay! ¿Qué clase de acto chilla y truenas de este modo en mi contra?

HAMLET: Mira aquí, mira este retrato... y ahora este otro... la imagen pintada de dos hermanos. Observa qué gracia hay en este rostro: los rizos de Hiperión, la frente de Júpiter mismo, los ojos de Marte, un semblante destinado a intimidar o mandar, un porte como el de Mercurio, el heraldo, como recién descendido de una colina tan alta que con sus labios rozase el cielo, una forma y combinación de dones en la que todos los dioses parecen haber dejado su impronta, como para demostrar al mundo cómo tiene que ser un hombre; ese era tu esposo. Y ahora mira al otro: este es tu marido, espiga infecta que contamina a su saludable hermano. ¿Tienes ojos? ¿Es posible que abandones los pastos de esta hermosa cumbre para ir a pacer en semejante páramo? ¿Sí? ¿Tienes ojos? No puedes llamarlo amor, porque a tu edad el borboteo de la sangre ya se ha sosegado, es humilde, y se rige más bien por el juicio, y, dime, ¿qué clase de juicio lo hace a uno pasar de esto a esto otro? Tienes sentidos, eso está claro, o de lo contrario no te moverías. Pero es seguro que los tienes atrofiados, pues ni la locura cometería ese error, ni hay sentido que la excitación haya esclavizado hasta este punto en el que parece no quedar un gramo de discernimiento. ¿Qué diablo te ha embaucado, dejándote ciega? Ojos sin sentimiento, sentimiento sin vista, oídos sin manos ni ojos, olfato y nada más, o simplemente un pedazo enfermo de un solo sentido veraz, con eso hubiera bastado. ¡Ah, vergüenza!, ¿dónde está tu rubor? Infierno rebelde, si consigues amotinar así los huesos de una matrona, que la virtud sea como cera para la juventud en llamas, y se derrita en su propio fuego. No proclames vergüenza alguna cuando el ardor compulsivo pida paso, porque si el hielo mismo puede prenderse de este modo, es que la razón siempre se pliega a lo que dicte la carne que desea.

GERTRUDIS: ¡Basta, ni una palabra más, Hamlet! Haces que mis ojos se vuelvan hacia mi alma, y allí lo que veo son sombras tan tenebrosas y tristes que no parece que haya luz que pueda disiparlas.

HAMLET: Y sin embargo vives entre el sudor putrefacto de un lecho hediondo, te ahogas en la corrupción mientras, melosa, haces el amor en una inmunda pocilga.

GERTRUDIS: ¡No sigas hablándome, te digo! Tus palabras son puñales que me desgarran los oídos. ¡Basta, mi dulce Hamlet!

HAMLET: Con un asesino, un sinvergüenza, un esclavo que no es ni una veinteava parte de tu primer marido, el vicio hecho rey, un saqueador del Estado y sus leyes, el ratero que robó la corona de su vitrina para metérsela en el bolsillo...

GERTRUDIS: ¡Basta!

HAMLET: ...un rey de harapos y remiendos...

*Entra el Espectro*

HAMLET: ¡Salvadme, cubridme con vuestras alas, guardianes del cielo! (*Al Espectro*)  
¿Qué deseas, venerable sombra?

GERTRUDIS: ¡Ay, está loco!

HAMLET: ¿Vienes a reprender a tu hijo por su demora, por desaprovechar el momento apasionado y no acometer tu apremiante mandato? ¡Háblame!

ESPECTRO: ¡No lo olvides! Esta visita solo tiene por objeto afilar tu propósito, que al parecer se ha despuntado. Pero mira en qué estado de absoluto desconcierto ha quedado tu madre... Debes mediar entre ella y su alma que se debate. La imaginación percute con más fuerza en los cuerpos más débiles. Habla con ella, Hamlet.

HAMLET: ¿Cómo te encuentras, madre?

GERTRUDIS: ¡Ay! ¿Cómo estás tú, que miras al vacío y conversas con el aire incorpóreo? El alma, desbocada, quiere salirse por los ojos, y tus cabellos, antes lisos, se te erizan ahora como si tuvieran vida propia, como soldados que diesen la alarma. ¡Ay, hijo mío! Tienes que serenarte y aplacar con paciencia esas llamas que te alteran y te consumen. ¿Qué es lo que miras?

HAMLET: ¡A él, a él! Mira cómo resplandece su palidez, cómo su forma y lo que la produjo se conjugan de tal modo que podría predicar a las piedras y conmoverlas. (*Al Espectro*) ¡No me mires así, no sea que tu gesto lastimoso trastoque mi trascendental propósito! Lo que tengo que hacer requiere un ánimo inquebrantable, sangre, no lágrimas...

GERTRUDIS: ¿A quién le dices eso?

HAMLET: ¿No ves nada allí?

GERTRUDIS: Nada en absoluto; y veo todo lo que hay aquí alrededor.

HAMLET: ¿Tampoco oíste nada?

GERTRUDIS: Nada, salvo a ti y a mí.

HAMLET: ¡Pero mira, mira allí! Mira cómo se esfuma... Era mi padre, vestido tal y como iba en vida. ¡Mira adónde se dirige, allí, saliendo por la puerta!

*Sale el Espectro*

GERTRUDIS: No es más que una impresión generada por tu mente. El delirio es muy hábil creando estas alucinaciones sin cuerpo.

HAMLET: Te aseguro que mi pulso late tan regular como el tuyo, y que su musical compás es igual de saludable. No hay delirio alguno en lo que he dicho. Ponme a prueba: verás como repito el asunto palabra por palabra, lo que la locura jamás podría. Madre, por el amor de Dios, no te apliques ungüentos en el alma, diciéndote que es mi locura y no tu transgresión la que clama. Sería como cubrir con una tenue gasa una zona gangrenada, dejando que oculta se descomponga y todo lo pudra. Confiésate con el cielo, arrepiéntete de tu pasado y evita así lo que está por venir, y no esparzas más

estiercol sobre las malas hierbas, haciendo que crezcan con virulencia. Perdóname mi virtud; en esta época adulterada se le exige a la virtud que pida perdón al vicio, sí, que se incline y solicite su venia para irse a hacer el bien.

GERTRUDIS: ¡Ay, Hamlet, me has partido el corazón en dos!

HAMLET: Pues entonces arroja la peor de ambas partes y vive pura con la otra mitad. Buenas noches... pero no vayas a la cama de mi tío; si careces de virtud, fíngela al menos. La costumbre es un monstruo que devora los sentimientos, y en esto, además de diabólica, puede ser angélica, porque también hace que proliferen las acciones buenas y justas, cubriéndolas con un abrigo o un uniforme. Abstente esta noche, y eso facilitará, de algún modo, la siguiente abstinencia, y esta a su vez la que siga. El hábito puede llegar a alterar la impronta de la naturaleza, ya sea para avergonzar al diablo o para expulsarlo con inopinada violencia. Una vez más: buenas noches. Cuando quieras ser bendecida yo también te pediré tu bendición. Y en cuanto a este señor (*señala a Polonio*), me arrepiento de lo que he hecho, pero el cielo ha querido castigarme con él, y a él conmigo, y por eso me he erigido en su juez y verdugo. Me haré cargo de él; sabré responder de su muerte. Otra vez, buenas noches. Si soy cruel es para ser bueno. Así empieza lo malo, aunque lo peor está por llegar. Y una cosa más, buena señora...

GERTRUDIS: ¿Qué tengo que hacer?

HAMLET: Nada de lo que te he dicho, desde luego... Deja que el rey gordinflón intente de nuevo llevarte a la cama, que te acaricie con lujuria las mejillas, que te diga que eres su ratoncita, déjale incluso que te dé un par de besos lascivos, o que manosee tu cuello con sus sucios dedos, y a raíz de eso revélale todo lo concerniente a nuestro asunto, esto es, dile que en esencia no estoy loco, sino que finjo por astucia. Estaría bien que se lo hicieses saber, pues, ¿podría acaso una reina, por añadidura bella, cabal y sabia, ocultar información tan relevante a un sapo, a un murciélago, a un gato? ¿Quién haría tal cosa? No: olvida el deber de la discreción, abre el cesto en el tejado de la casa y deja que los pájaros vuelen, sí, haz como aquel célebre simio que quiso imitarlos, metiéndose en el mismo cesto para romperse el cuello después.

GERTRUDIS: No temas: si las palabras están hechas de aliento y el aliento de vida, no tengo ni vida ni aliento para contarle lo que me has dicho.

HAMLET: Debo ir a Inglaterra, ¿lo sabías?

GERTRUDIS: Lo había olvidado. Sí, así se ha decidido.

HAMLET: Hay una carta sellada; y a mis dos compañeros de estudios, de los que me fío como de dos víboras de prominentes colmillos, se les ha encomendado que allanen mi camino para que acabe en algún atolladero. Dejemos que su plan se revele; será divertido ver cómo al artillero le estalla su propio proyectil en las manos. Muy mal se me tiene que dar para que, excavando un metro por debajo de su mina, no llegue a ver como esta explota y los manda a ellos hasta la luna. ¿No es maravilloso que dos astucias se encuentren en una encrucijada? (*Por Polonio*) Y ahora, he de ocuparme de este fardo: arrastraré el saco de tripas hasta la habitación contigua. Madre, de verdad: buenas noches. Se le ve callado al consejero, más discreto y solemne que nunca, y eso

que en vida fue un necio y un bribón de lo más impertinente... ¡Vamos, señor, acabemos de una vez con lo vuestro! Buenas noches, madre.

*Sale Hamlet arrastrando a Polonio*

## ACTO IV

ESCENA I  
Una sala en el castillo

*Entran el rey, la reina, Rosencrantz y Guildenstern*

CLAUDIO: Tanto suspiro y tanta agitación han de deberse a algo. Necesito que me digas qué significa; es preciso que yo lo entienda. ¿Dónde está tu hijo?

GERTRUDIS: Dejados a solas por un instante.

*Salen Rosencrantz y Guildenstern*

GERTRUDIS: ¡Ah, mi señor, lo que he tenido que ver esta noche!

CLAUDIO: ¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Cómo está Hamlet?

GERTRUDIS: Loco como el mar y el viento cuando se baten para medir sus fuerzas. Fuera de sí, escucha que algo se mueve tras el tapiz: saca su espada y, al grito de «¡una rata, una rata!», en su perturbado estado, mata al pobre anciano que estaba oculto.

CLAUDIO: ¡Qué acción tan grave! Lo mismo habría hecho conmigo de haberme encontrado allí. Las libertades que se toma son una amenaza para todos, para ti misma, para mi persona y para cualquiera. ¿Y ahora, qué respuesta daremos a esta acción sangrienta? La culpa recaerá sobre mí, que debí haber puesto freno a los actos de este joven alocado, confinándolo incluso. Pero tanto lo quería que no comprendí qué era lo más conveniente, haciendo lo que quien padece una enfermedad inconfesable, ocultarla, evitar que se divulgue, dejando así que encarroñe la esencia misma de su vida. ¿Adónde ha ido?

GERTRUDIS: A deshacerse del cuerpo del asesinado, sobre el que ahora llora... y, mientras lo hace, su locura brilla como el oro situado junto a metales bastos, se muestra tan pura...

CLAUDIO: Vamos, Gertrudis; tenemos que irnos. Tan pronto roce el sol las cimas de las montañas haré que se embarque; en cuanto a su aborrecible acto, habremos de hacer uso de toda nuestra majestad y nuestra diplomacia para justificarle y evitarle represalias. ¡Venid, Rosencrantz, Guildenstern!

*Entran Rosencrantz y Guildenstern*

CLAUDIO: Amigos míos, id a buscar algo de ayuda: Hamlet, enloquecido, ha asesinado a Polonio y se lo llevado a rastras del cuarto de su madre. Id en su busca, habladle delicadamente y traed el cadáver hasta la capilla. Daos prisa, os lo ruego.

*Salen Rosencrantz y Guildenstern*

CLAUDIO: Ven, Gertrudis; haremos llamar a nuestros amigos más sensatos y pondremos en su conocimiento este inoportuno suceso y lo que nos disponemos a hacer. Hay que evitar que el rumor sobre lo sucedido se extienda sobre el mundo, para que este disparo, en vez de ser certero y dar en el blanco de nuestra reputación, arruinándola, se pierda en el aire y no hiera a nadie. Vámonos: tengo el alma confusa y exhausta.

*Salen*

## ESCENA II

### Una sala en el castillo

*Entra Hamlet*

HAMLET: ¡Ya está el cadáver en sitio seguro!

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN: (*Dentro*) ¡Hamlet! ¡Príncipe Hamlet!

HAMLET: Pero ¡silencio! ¿Qué ruido es ese? ¿Quién me reclama? ¡Aquí vienen!

*Entra Rosencrantz, Guildenstern y otros*

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN: ¿Qué habéis hecho con el cuerpo, mi señor?

HAMLET: Juntarlo con el polvo, del que es pariente.

ROSENCRANTZ: Decidnos dónde se encuentra, para que podamos cargar con él y llevarlo hasta la capilla.

HAMLET: No, no lo creáis.

ROSENCRANTZ: ¿Creer qué, señor?

HAMLET: Que me atendré a vuestro consejo antes que al mío. Por lo demás, que te exija algo una esponja... ¿Qué replica debería de daros el hijo de un rey?

ROSENCRANTZ: ¿Me tomáis por una esponja, mi señor?

HAMLET: Sí, señor, pues como una esponja absorbéis los favores del rey, sus premios, sus cargos. Así son, en definitiva, los funcionarios que mejor sirven al soberano: aquellos que se comportan como la nuez que el mono guarda en la boca para masticarla poco a poco, nuez que terminará engullendo... Cuando obtenga lo que os mandó buscar os exprimirá, y vos, esponja, os quedaréis seco.

ROSENCRANTZ: No os entiendo, mi señor.

HAMLET: Pues me alegro. La palabra sagaz escapa siempre al oído del necio.

ROSENCRANTZ: Señor, tenéis que decirnos dónde está el cadáver, y acompañarnos adonde está el rey.

HAMLET: El cadáver está con el rey, pero el rey no está con el cadáver. Y el rey es una cosa.

ROSENCRANTZ: ¿Una cosa, mi señor?

HAMLET: Sí, una cosa de nada. Llevadme ante él.

*Salen*

ESCENA III  
Una sala en el castillo

*Entra el rey con cortesanos*

CLAUDIO: He dado orden de que lo traigan y que encuentren el cadáver. ¡Qué peligroso es que este hombre ande suelto! Pero no debemos hacer que caiga sobre él todo el peso de la ley: el populacho lo adora, porque no lo valoran empleando el juicio, sino los ojos, y en consecuencia considerará que el castigo que se le imponga excederá su delito. Para llevar este asunto con suavidad y mesura conviene que esta decisión de enviarlo lejos parezca el fruto de una pausada deliberación. Los grandes males se atajan con grandes remedios, o jamás se curan.

*Entran Rosencrantz, Guildenstern y otros*

CLAUDIO: ¿Qué ha sucedido?

ROSENCRANTZ: En cuanto a dónde esté el cuerpo, mi señor, no hemos conseguido que nos lo diga.

CLAUDIO: ¿Y él dónde está?

ROSENCRANTZ: Afuera, majestad, custodiado, a la espera de lo que decidáis.

CLAUDIO: Traedlo ante mí.

ROSENCRANTZ: ¡Traed al príncipe!

*Entran Hamlet precedido de guardias*

CLAUDIO: Y bien, Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAMLET: En una cena.

CLAUDIO: ¿Cenando? ¿Dónde?

HAMLET: ¡No, no! Él no es el que cena, sino el que es cenado. Hay cierta asamblea de gusanos que se lo está comiendo. El gusano es el verdadero emperador de la cadena alimenticia: nosotros cebamos animales para después cebarnos, y nos cebamos para cebar después a los gusanos. Un rey orondo y un mendigo escuálido no son más que opciones del menú, dos platos distintos que acaban en la misma mesa. Ahí acaba todo.

CLAUDIO: ¡Por Dios!

HAMLET: Puede darse el caso de que alguien pesque usando al gusano que se ha comido a un rey y que después cene el pescado que se ha comido ese gusano.

CLAUDIO: ¿Qué quieres decir con eso?

HAMLET: Nada, salvo mostraros que un rey puede acabar viajando por las tripas de un mendigo.

CLAUDIO: ¿Dónde está Polonio?

HAMLET: En el cielo. Enviad a alguien para que lo compruebe. Si vuestro mensajero no le encuentra allí, buscadlo vos mismo en otra parte. No obstante, si pasara un mes y no dieseis con él, notaréis cierto tufo si subís las escaleras en dirección a la galería.

CLAUDIO: (*A los guardias*) ¡Id a buscarle allí!

HAMLET: Seguro que os espera hasta que lleguéis.

*Salen los guardias*

CLAUDIO: Hamlet, lo que ha sucedido exige que te alejes de aquí; tememos por tu seguridad, que tanto nos importa, como mucho nos entristece lo que has hecho. Prepárate, pues, para partir: la nave está dispuesta y el viento es propicio, la tripulación está en sus puestos y todo está a punto para que marches a Inglaterra.

HAMLET: ¿A Inglaterra?

CLAUDIO: Sí, Hamlet.

HAMLET: Muy bien.

CLAUDIO: Te lo parecerá cuando conozcas mi propósito.

HAMLET: Veo a un querubín que lo conoce. Pero está bien, a Inglaterra. Adiós, querida madre.

CLAUDIO: Tu querido padre, Hamlet.

HAMLET: Mi madre. Padre y madre son marido y mujer; uno y otro componen una sola carne. Así pues: mi madre. ¡Vamos, a Inglaterra!

*Sale Hamlet*

CLAUDIO: Seguidle de cerca. Conducidle rápidamente a bordo, que no haya demoras; le quiero fuera esta misma noche. Adelante, puesto que todo ha sido oficialmente consignado y dispuesto en lo tocante a este asunto. Os ruego que os apresuréis.

*Salen todos menos el rey*

CLAUDIO: En cuanto a ti, rey de Inglaterra, si me estimas un poco —y mi enorme poder puede darte los motivos, pues no en vano las heridas causadas a tu nación por la espada danesa aún sangran, y el tributo que nos pagas es señal de tu pleitesía—, no deberías recibir con indiferencia mi decisión soberana, cuyo contenido completo está en las cartas, que dicen que Hamlet ha de morir inmediatamente. ¡Haz que se cumpla, rey de Inglaterra! Él hace que me hierva la sangre; es como una fiebre, como la tisis, de la que tú has de curarme. Hasta que sepa que está hecho, sea lo que sea que me acontezca, mis alegrías no podrán comenzar.

*Sale*

ESCENA IV  
Una llanura en Dinamarca

*Entra Fortimbrás con su ejército, atravesando la escena*

FORTIMBRÁS: Id, capitán, salud de mi parte al rey de Dinamarca: decidle que Fortimbrás solicita el salvoconducto para atravesar su reino en los términos prometidos. Ya sabéis dónde hemos quedado en vernos. Si Su Majestad tuviese algo que comunicarme, yo mismo iré a presentarle mis respetos y a escucharle. Hacédselo saber.

CAPITÁN: Lo haré, mi señor.

FORTIMBRÁS: Id con cuidado.

*Salen Fortimbrás y los soldados  
Entran Hamlet, Rosencrantz, Guildenstern y otros*

HAMLET: Mi buen señor, ¿qué tropas son estas?

CAPITÁN: Son noruegas, señor.

HAMLET: ¿Y podéis decirme cuál es su objetivo?

CAPITÁN: Marchar contra una parte de Polonia.

HAMLET: ¿Quién las manda, señor?

CAPITÁN: El sobrino de Fortimbrás, el antiguo monarca noruego.

HAMLET: ¿El objetivo es atacar el corazón mismo de Polonia, señor, o es una cuestión fronteriza?

CAPITÁN: A decir verdad, y no os exagero, nuestro fin es conquistar un pedazo de tierra tan diminuto que no tiene más valor que el de su nombre. Ni por cinco ducados — cinco— lo arrendaría yo, y ni el rey de Noruega ni el de Polonia obtendrían más si les diese por venderlo.

HAMLET: Es de entender, pues, que no lo defenderán los polacos.

CAPITÁN: Sí, señor, ya hay guarniciones sobre el terreno.

HAMLET: Dos mil almas y veinte mil ducados que ni siquiera bastarán para dilucidar quién se queda con ese insignificante terruño. Esto es lo que produce el exceso de paz y bienestar en una nación: un tumor interno que se hincha y revienta sin dejar entrever la causa por la que muere el hombre. Os doy las gracias humildemente, caballero.

CAPITÁN: Quedad con Dios, señor.

*Sale*

ROSENCRANTZ: ¿No os importa que nos vayamos, mi señor?

HAMLET: Enseguida estaré con vosotros. Adelantaos, por favor, será solo un momento.

*Salen todos menos Hamlet*

HAMLET: Cada cosa que ocurre declara en mi contra y me incita a cumplir mi demorada venganza. ¿Qué es un hombre, si el mayor bien que persigue y lo más que logra es dormir y alimentarse? Un animal, solo eso. Pero no: Quien nos hizo con estas facultades mentales, que nos permiten proyectarnos atrás y adelante, no nos dio este divino raciocinio nuestro para que se echase a perder por falta de uso. Sin embargo, sea por un bestial olvido o por algún pusilánime escrúpulo al que me lleva dar demasiadas vueltas al deplorable suceso (y en esto, si hay un cuarto de prudencia, tres cuartos son cobardía), el caso es que no sé cómo vivo todavía para decir «esto hay que hacerlo», cuando tengo el motivo, la voluntad, la fuerza y los medios para hacerlo. Hay espejos en los que mirarme, y son grandes como la tierra: enfrente tengo este cuantioso ejército, comandado por un príncipe susceptible cuyo espíritu, aventado por una ambición divina, se ríe del futuro desconocido, exponiendo su mortal e insegura existencia a lo que dicte la fortuna, a la muerte, a los peligros, y todo por una cáscara de huevo. Se es grande, ciertamente, cuando no se necesita un argumento desmedido para levantarse en armas: cuando se está dispuesto a presentar batalla en cuanto el propio honor esté en entredicho, aunque la sustancia de la agresión sea nada. Y en cambio yo, con un padre asesinado y una madre deshonrada, yo, que tengo motivos sobrados para que se me amotine la razón y la sangre...duermo, eso es todo, mientras contemplo, para mi vergüenza, la inminente muerte de veinte mil hombres que por un espejismo de gloria se dirigen a sus tumbas como quien se va a la cama, luchando por una porción de tierra tan pequeña que ni cabrán durante el combate, un terruño en el que ni se podrá enterrar a los que caigan. ¡No! De ahora en adelante, mis pensamientos acarrearán sangre, o no valdrán nada.

*Sale*

ESCENA V  
Una sala en el castillo

*Entran la reina, Horacio y un caballero*

GERTRUDIS: No voy a hablar con ella.

CABALLERO: Ella insiste, y se la ve en verdad trastornada... su estado es penoso.

GERTRUDIS: ¿Qué es lo que quiere?

CABALLERO: No para de hablar de su padre; afirma que el mundo es una pura estafa; farfulla, se golpea el pecho, reacciona airadamente ante cualquier menudencia, dice cosas inconexas que apenas tienen sentido. Su discurso es absurdo, aunque, pese a su incoherencia, quienes la escuchan creen encontrarle un significado. Deja a todos boquiabiertos, e induce a muchos a reordenar sus palabras para ajustarlas a lo que ellos mismos piensan. Y es que todos esos guiños y asentimientos con los que acompaña sus diatribas lo llevan a uno a pensar que hay cierta reflexión al fondo, por muy vaga e infeliz que sea.

HORACIO: Sería bueno que alguien hablase con ella; podría incitar a que ciertas mentes maliciosas elaborasen conjeturas dañinas.

GERTRUDIS: Que pase.

*Sale el caballero*

GERTRUDIS: (*Aparte*) Por tener el alma enferma, el estado propio de quien está en pecado, cualquier nadería me parece el preámbulo de un gran desastre. La culpa produce tal cantidad de aprensiones disparatadas que se denuncia a sí misma por miedo a ser denunciada.

*Entra Ofelia, con aspecto desaliñado y tañendo un laúd*

OFELIA: ¿Dónde está la hermosa reina de Dinamarca?

GERTRUDIS: ¿Cómo estás, Ofelia?

OFELIA: (*Canta*)

*¿Cómo distinguiré a mi amor verdadero  
de cualquier otro advenedizo?  
Porque llevará una vieira en el sombrero,  
báculo y sandalias, como un peregrino.*

GERTRUDIS: Dulce niña, ¿a qué viene esta canción?

OFELIA: ¿Decíais algo? No, fijaos en esto, os lo ruego. (*Canta*)

*Está muerto, se ha ido, señora,  
está muerto, se ha ido.  
Sobre su cabeza, de césped la alfombra,  
una piedra atada a su tobillo.*

¡Ay! ¡Ay!

GERTRUDIS: No, vamos, Ofelia...

OFELIA: (*Canta*)

*Blanco, su sudario, como nieve de montaña...*

*Entra el rey*

GERTRUDIS: Señor, mirad esto.

OFELIA: (*Canta*)

*... cubierta la tumba de un manto de flor,  
la enterraron sin que hubiera lágrimas  
que atestiguaran que conoció el amor.*

CLAUDIO: ¿Cómo estáis, hermosa dama?

OFELIA: Bien. Que Dios os pague por vuestra gentileza. Dicen que la lechuza fue en su día una de las hijas del panadero. Señor: sabemos lo que somos, pero no lo que podemos ser. ¡Dios bendiga vuestra mesa!

CLAUDIO: Delira a causa de su padre...

OFELIA: Os lo suplico, no hablemos de eso. Si os preguntan qué quiere decir, responded esto: (*Canta*)

*El día de San Valentín es mañana.  
Despierta temprano y hasta mi casa camina:  
me tendrás a mí en la ventana  
dispuesta a ser tu valentina.  
Y él se puso en pie, se vistió,  
y ufano aporreó su puerta:  
la doncella, feliz, le abrió,  
y no volvió a ser doncella.*

CLAUDIO: Gentil Ofelia...

OFELIA: Ya veréis cómo soy capaz de terminarla sin blasfemias: (*Canta*)

*¡Por Jesús y por la Caridad Santa!  
¡Ay de mí, vergüenza debía darles!  
Los jóvenes, en cuanto pueden, se abalanzan,  
mancillan, y encima, hacen alarde.*

Ella le dice:

*Antes de tumbarme,  
prometiste desposarme.*

Él responde:

*Y el sol es testigo de que así lo habría hecho  
si os hubieseis negado a compartir mi lecho.*

CLAUDIO: ¿Cuánto tiempo lleva así?

OFELIA: Confío en que todo irá bien; tenemos que ser pacientes. ¿Cómo no habría de llorar, sabiendo que lo dejarán bajo la fría tierra? Es preciso que mi hermano se entere. Os agradezco vuestros buenos consejos. ¿Dónde está mi carroza? Buenas noches, señoritas, buenas noches. Dulces damas, buenas noches, buenas noches.

*Sale Ofelia*

CLAUDIO: Seguidla de cerca. No perdáis ojo a lo que haga, os lo ruego.

*Sale Horacio*

CLAUDIO: ¡Este es el veneno que rezuma una pena profunda! Todo a causa de la muerte de su padre, y ahora mira en qué estado... ¡Ah, Gertrudis, Gertrudis, las amarguras nunca se presentan solas, como espías, sino en batallones! Primero asesinan a su padre, luego tu hijo se marcha, él, violento responsable de su propio y merecido destierro; y el pueblo, agitado, revuelto, enfermo merced a lo que se rumorea acerca de la muerte del buen Polonio. ¡Qué estúpidos fuimos enterrándole a hurtadillas! La pobre Ofelia ha perdido el juicio, sin el cual ninguno somos más que meros retratos o bestias... Y para terminar y superar todo esto, su hermano ha venido de incógnito desde Francia, alentado por el asombroso suceso, se mueve entre bambalinas y no le faltan chismosos que infecten sus oídos con repugnantes relatos sobre la muerte de su padre; y, a falta de hechos, la necesidad lo llevará a buen seguro a culparnos a nosotros de estos males. ¡Ay, querida Gertrudis, todo esto me hiere mortalmente una y mil veces!

*Se escucha ruido que viene de dentro. Entra un mensajero*

CLAUDIO: ¿Quién está ahí? ¿Dónde está mi guardia suiza? Que vigilen la puerta. ¿Qué sucede?

MENSAJERO: ¡Poneos a salvo, mi señor! Ni el océano cuando se desborda engulle llanuras con más ímpetu que el del joven Laertes, quien al mando de una turba está arrollando a vuestros oficiales. La muchedumbre lo llama señor, y, como si el mundo comenzara ahora, sin respeto alguno por el rango o la tradición (garantía y soporte de las palabras), la chusma grita que quiere que Laertes sea el rey. ¡Gorras, manos y lenguas aplauden con un estruendo que llega a las nubes, exclamando que Laertes ha de reinar!

GERTRUDIS: ¡Con cuánto alboroto sigue la jauría una pista equivocada! (*Más ruido procedente del interior*). ¡Es en la dirección contraria, perros daneses, traidores!

CLAUDIO: ¡Han echado abajo las puertas!

*Entran Laertes y sus partidarios*

LAERTES: ¿Dónde está ese rey? Vosotros, quedaos todos fuera.

PARTIDARIOS: No, dejadnos entrar.

LAERTES: Os ruego que me dejéis solo.

PARTIDARIOS: Está bien, está bien.

*Salen los partidarios y el mensajero*

LAERTES: En cuanto a vos, rey infame, os exijo que me entreguéis a mi padre.

GERTRUDIS: Calmaos, buen Laertes.

LAERTES: ¡Una sola gota de mi sangre que se calmase me proclamaría bastardo, gritaría a mi padre que es un cornudo y a mi madre le diría ramera, mi casta madre, que es en verdad intachable!

CLAUDIO: ¿Cuál es la causa, Laertes, de que tu reacción sea tan desaforada? Déjale, Gertrudis, no me defiendas, que no hay nada que temer. Existe un poder divino que protege al monarca, manteniendo a raya las traiciones, que rara vez alcanzan su objetivo. Decidme, Laertes, ¿por qué estáis tan furioso? Déjale, Gertrudis. Hablad.

LAERTES: ¿Dónde está mi padre?

CLAUDIO: Muerto.

GERTRUDIS: ¡Pero él no ha sido!

CLAUDIO: Deja que pregunte lo que quiera.

LAERTES: ¿Cómo es que está muerto? No me dejaré enredar: ¡al infierno con la lealtad a la corona! ¡Me encomendaré al más tenebroso de los diablos y enviaré mi conciencia y mi virtud al pozo más profundo si es preciso! ¡Me expondré a la condena eterna, pero hasta aquí hemos llegado! Reniego de este mundo y del otro: que ocurra lo que tenga que ocurrir, lo único que quiero es vengar completamente la muerte de mi padre.

CLAUDIO: ¿Y quién habría de impedirloslo?

LAERTES: Mi voluntad, y ninguna otra en todo el mundo. Y en cuanto a los medios, sabré administrarlos tan bien que conseguiré mucho con muy poco.

CLAUDIO: Buen Laertes, ya que deseáis saber con certeza lo que le ha ocurrido a vuestro querido padre, ¿por fuerza implicará esa venganza que al asestar vuestro golpe abatáis tanto al amigo como al enemigo, al que gana y al que pierde con su muerte?

LAERTES: En absoluto: solo a sus enemigos.

CLAUDIO: ¿Sabréis distinguirlos?

LAERTES: Así, con los brazos abiertos, recibiré a sus buenos amigos, y como hace el generoso pelícano los nutriré con mi propia sangre si es preciso.

CLAUDIO: Por fin habláis como un buen hijo y un verdadero caballero. Que no he tenido nada que ver con la muerte de vuestro padre, y lo mucho que me ha apenado su pérdida, es algo que se hará tan claro a vuestro entendimiento como clara os resulta la luz del día.

*Se escucha un tumulto procedente del interior*

LAERTES: ¡Dejad que entre! ¿Qué pasa, a qué viene tanto escándalo?

*Entra Ofelia de nuevo, estrambóticamente engalanada con hierbas y flores silvestres*

LAERTES: ¡Ay, fiebre, sécame el cerebro! ¡Que lágrimas siete veces más saladas me abrasen los ojos hasta dejármelos inservibles! ¡Juro por Dios que sabremos pagar tu locura hasta inclinar la balanza de nuestro lado! ¡Ay, rosa de mayo, querida niña, amada hermana, dulce Ofelia! Dios mío, ¿cómo es posible que el entendimiento de una joven doncella sea tan mortal y tan frágil como el de un anciano?

OFELIA: (*Canta*)

*Le traían en el féretro,  
el rostro a la vista,  
y sobre su tumba cayó  
un aguacero de lágrimas.*

¡Adiós, tortolito!

LAERTES: Si aún conservases el juicio y quisieras persuadirme de que me vengara, no me conmovieras más.

OFELIA: Tienes que cantar aquello de «abajo, abajo», si es que llamas a alguien para que venga «abajo». ¡Que al punto viene este estribillo! Fue el mayordomo impostor el que se llevó a la hija de su amo.

LAERTES: Has ido al meollo de la cuestión.

OFELIA: Está el romero: sirve para la memoria. ¡Recuerda, mi amor, te lo ruego! Y estos son pensamientos, que incitan a pensar.

LAERTES: La locura nos da lecciones: los pensamientos y los recuerdos se entretienen.

OFELIA: Aquí os traigo hinojos, y aguileñas. Y hay ruda, un poco para ti y otro para mí. Los domingos podríamos llamarla hierba de la gracia. Has de llevar tu ruda con distinción... ¡También tengo una margarita! Te daría algunas violetas, pero se marchitaron todas cuando mi padre murió. Dicen que tuvo un buen final. (*Canta*)

*Porque Robin, tan lindo y tan dulce,  
es toda mi alegría...*

LAERTES: Cavilaciones y penas, pasiones y hasta el mismísimo infierno: ella es capaz de convertirlo todo en algo encantador y hermoso.

OFELIA: (*Canta*)

*¿Y acaso no ha de volver?  
¿Y acaso no ha de volver?  
No, no, muerto está él.  
Métete tú en tu sepulcro  
que él no retornará al mundo.*

*Su barba era blanca como la nieve,  
y sus cabellos, dorados,  
se fue y nosotros lloramos,  
que Dios se apiade y se lo lleve.*

Que se lleve su alma y la de todos los cristianos. Quedad con Dios.

LAERTES: ¿Has visto eso, Dios mío?

CLAUDIO: Laertes, he de compartir con vos esta pena; no me neguéis ese derecho. Hagámoslo en privado (*Se apartan*). Elegid entre vuestros amigos a los más prudentes, a los que preferáis, y que nos escuchen a ambos y juzguen. Si determinan que directa o indirectamente estoy implicado, os entregaré mi reino, mi corona, mi vida, y cuanto puedo llamar mío para indemnizaros. Pero, si no es así, volved a confiar en mí y recuperad la paciencia, para que juntos podamos trabajar y darle a vuestra alma la satisfacción debida.

LAERTES: Sea. Las circunstancias de su muerte y su oscuro enterramiento, sin trofeos, ni espadas ni escudo de armas sobre sus huesos, sin un rito noble ni la ceremonia pública que merecía, claman al cielo y la tierra para que yo pida explicaciones.

CLAUDIO: Las tendrás. Y donde se haya producido una ofensa, el hacha caerá. Acompañadme, os lo ruego.

*Salen*

## ESCENA VI

### Una sala en el castillo

*Entran Horacio y un caballero*

HORACIO: ¿Dónde están esos que quieren hablar conmigo?

CABALLERO: Unos marineros, señor. Al parecer traen cartas para vos.

HORACIO: Que pasen.

*Sale el caballero*

HORACIO: No se me ocurre desde qué parte del mundo me habrían de escribir si no es de donde se encuentre el príncipe Hamlet.

*Entran marineros*

MARINERO: Dios os bendiga, señor.

HORACIO: Que Él te bendiga a ti también.

MARINERO: Si a Él le place, señor. Hay una carta para vos: proviene de la embajada que partió hacia Inglaterra. Si es que os llamáis Horacio, como me han hecho saber.

HORACIO: *(Lee)* Horacio, cuando hayas leído esto, haz que el rey reciba a estos hombres, que traen cartas para él. Apenas llevábamos dos días en el mar cuando unos piratas de aspecto bien belicoso nos dieron caza. Escasos como andábamos de viento en las velas, tuvimos que hacer acopio de coraje. En medio de la refriega abordé su nave, y al instante se despegaron de nuestro barco, de modo que me quedé solo y prisionero de ellos. Pese a ser saqueadores, me han tratado con misericordia —saben bien lo que se hacen—, y de algún modo habré de corresponderles. Consigue que el rey reciba sus cartas, y tú reúnete conmigo a la mayor brevedad posible, como si huyeras de la muerte. Tengo cosas que contarte que te dejarán atónito, aunque no hay palabras que alcancen a recoger la gravedad del asunto. Estos buenos amigos te llevarán hasta donde estoy. Rosencrantz y Guildenstern siguen su viaje hacia Inglaterra. Tengo mucho más que contarte sobre ellos. Adiós.

*Siempre tuyo,*

*Hamlet*

Acércate. Voy a facilitar que estas cartas tuyas lleguen a su destino. Entrégalas a toda velocidad, porque después tendrás que llevarme hasta quien te las dio a ti.

*Salen*

## ESCENA VII

### Una sala en el castillo

*Entran el rey y Laertes*

CLAUDIO: Ahora es preciso que vuestra conciencia selle un pacto con mi inocencia, y que me aceptéis en vuestro corazón como amigo, puesto que ya habéis oído y sabéis fehacientemente que quien asesinó a vuestro noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES: Es lo que parece. Pero decidme: ¿cómo es que no actuasteis contra hechos tan criminales, de una naturaleza tan capital, siendo así que vuestra propia seguridad, grandeza y prudencia y, en fin, todo os empujaba en esa vía?

CLAUDIO: Por dos especiales razones, que tal vez os parezcan faltas de fuerza, pero que para mí la tienen, y mucha. La reina, su madre, vive casi de sus miradas; y en cuanto a mí, para bien o para mal, ella se ha vuelto tan consustancial a mi vida y mi alma que igual que las estrellas solo se mueven ceñidas a su órbita yo no puedo escapar a la suya. El otro motivo para no hacer público todo esto radica en el intenso aprecio que el pueblo llano le manifiesta. Tanto le quieren que cualquier culpa que se destapase la diluirían en su afecto: como esas fuentes que convierten la madera en piedra, así convertirían ellos sus grilletes en reliquias santas, de modo que mis flechas, de un astil demasiado liviano para tan fuertes vientos, habrían emprendido el camino de vuelta hasta impactar en mi arco y no allá donde las habría dirigido.

LAERTES: Y mientras tanto yo he perdido un noble padre, y tengo a mi hermana en un estado desesperado, una hermana cuyo valor, si se pudiera alabar en retrospectiva, ha sido cimero en nuestra época a causa de sus muchas perfecciones... Pero llegará la hora de mi venganza.

CLAUDIO: No perdáis el sueño por eso: no creáis que estoy hecho de una materia tan insulsa e inerte como para dejar que me tiren peligrosamente de la barba y tomármelo como un pasatiempo. En breve oiréis más. Quería a vuestro padre y me quiero a mí mismo, y eso, espero, os tiene que dar a entender que...

*Entra un mensajero con unas cartas*

MENSAJERO: Esto es para Vuestra Majestad, y esto para la reina.

CLAUDIO: ¿De Hamlet? ¿Quién las trajo?

MENSAJERO: Unos marineros, mi señor, o eso dicen, yo no los he visto. A mí me las entregó Horacio. Él las recibió de quien las trajo a Elsinor.

CLAUDIO: Laertes, es preciso que escuchéis lo que dicen. Dejadnos.

*Sale el mensajero*

CLAUDIO: *(Lee)* *Excelsa Majestad: debéis saber que me han dejado desnudo en vuestro reino. Mañana he de rogaros licencia para comparecer ante vuestros reales ojos; si me concedéis esa venia, tendré ocasión de referiros las circunstancias de mi repentino retorno.*

¿Qué significa todo esto? ¿Y el resto de la embajada? ¿Han vuelto, o se trata de una trampa, y nada es cierto?

LAERTES: ¿Es su letra?

CLAUDIO: Es la letra de Hamlet, sin duda. «Desnudo», dice; y en la posdata dice que viene «solo». ¿Sabríais vos explicarme esto?

LAERTES: Estoy tan perdido como vos, mi señor. En cualquier caso, dejad que venga. El mal que aflige mi corazón se aplaca con solo saber que viviré para tenerlo enfrente y decirle a la cara: «Esto es lo que habéis hecho».

CLAUDIO: Si así fuera, Laertes —¿y de qué otro modo podría proceder? —, si le dejo venir, ¿haréis lo que os diga?

LAERTES: Sí, mi señor, siempre que no me pidáis que haga las paces con él.

CLAUDIO: No, no, con vos mismo. Si ahora, al retornar, habiendo abandonado su viaje pretende no retomarlo, me las compondré para actuar sobre él, ahora que he madurado la empresa, de modo que esta vez no tenga más remedio que caer. Y en esta ocasión su muerte no levantará polvareda alguna: ni su madre se percatará de la trama, y la tomará por un accidente.

LAERTES: Mi señor, dejaré que me guíeis. Podéis urdir lo que queráis, con tal de permitir que sea vuestro instrumento.

CLAUDIO: Eso encaja perfectamente con mis propósitos. Después de vuestro viaje se estuvo hablando largamente —y Hamlet pudo escucharlo— de una habilidad en la que dicen que brilláis. El resto de vuestras virtudes no despertaron en él tanta envidia como aquella destreza, que, a mi juicio, es de inferior categoría.

LAERTES: ¿Qué destreza es esa, mi señor?

CLAUDIO: Una cinta que adorna el sombrero de la juventud; sin dejar de tener su valor, pues a la juventud le queda tan bien ese uniforme ligero y algo descuidado que se lleva como a la edad reposada sus pieles y esas ropas que asociamos con el cuidado de sí y la gravedad. Hace un par de meses pasó por aquí un caballero de Normandía. He visto con mis propios ojos —y he luchado contra ellos— a caballeros franceses muy hábiles sobre la montura, pero este jinete era un verdadero brujo. A la grupa de su caballo ejecutó tantas maravillas que parecía un centauro. Fue tal su dominio que sobrepasó con creces cualquier pirueta o figura que yo pudiera imaginarme.

LAERTES: ¿Y era normando, decís?

CLAUDIO: Así es, normando.

LAERTES: ¡Apuesto a que era Lamord!

CLAUDIO: El mismo.

LAERTES: Lo conozco bien. Sin duda es el broche, la gema que adorna su patria.

CLAUDIO: Pues él habló excelentemente de vos, informándonos de vuestra maestría en el arte de la defensa, especialmente cuando empuñáis el florete. Fue muy rotundo cuando afirmó que sería un verdadero acontecimiento dar con quien se os igualase en este terreno, y también juró que los esgrimidores de su patria carecían de vuestros movimientos, vuestra defensa y vuestro tino cuando se enfrentaban a vos. Y, señor: su relato a este respecto produjo tal envidia en Hamlet que no pudo sino desear y rogar por vuestra pronta venida para poder batirse con vos. De aquí cabe deducir...

LAERTES: ¿Qué se deduce de esto, mi señor?

CLAUDIO: Laertes, ¿de verdad queríais a vuestro padre? ¿O no sois más que un retrato del dolor, un rostro sin corazón?

LAERTES: ¿Por qué me preguntáis eso?

CLAUDIO: No es que piense que no amabais a vuestro padre; lo que digo es que el amor está ligado al tiempo, y que, según yo mismo he comprobado, el propio tiempo afecta a su chispa y a la propagación de su fuego. Es como si la llama del amor prendiese sobre una mecha que tendiese a su extinción, de modo que ningún amor puede conservar su plenitud, porque toda plenitud termina en un fogonazo y muere por su propia demasía. Lo que queríamos hacer habríamos de hacerlo en el mismo momento en que lo quisiéramos, porque este «querer» cambia, vive tantos decaimientos y retrasos como labios y manos y accidentes se atraviesan, y entonces aparece lo que se «debe» hacer, que es como el suspiro final del derrochador, algo que alivia y al tiempo hace daño... Pero vayamos al meollo de la zona ulcerada: Hamlet regresa. ¿Qué haréis para demostrar con hechos, y no con palabras, que sois el hijo de vuestro padre?

LAERTES: Cortarle el cuello en la iglesia.

CLAUDIO: Ciertamente, ningún lugar debería ser santuario que protegiese a asesinos; la venganza no debería tener límites. Pero, buen Laertes, hacedme caso: mejor encerraos en vuestra habitación. En cuanto Hamlet regrese sabrá que os encontráis aquí; haremos que algunos alaben vuestras excelencias, aplicando doble lustre a la fama que el francés os otorgó. Finalmente, os juntaremos y apostaremos a ver quién de los dos gana. Él, confiado y generoso como es, por naturaleza ajeno a las maquinaciones, no inspeccionará los floretes. Y así vos, directamente o jugando con las armas, podréis escoger una que no tenga la punta cubierta, y con un simple movimiento podréis devolverle lo que le hizo a vuestro padre.

LAERTES: Así lo haré. Y a tal fin embadurnaré la punta de mi espada con un ungüento que compré a un vendedor ambulante, una pomada tan mortal que, aplicada ligeramente a cualquier cuchillo, donde este saque sangre mediante el más leve rasguño no habrá cataplasma que sane la herida, aunque se mezclen todos los elementos bajo la luna que pueden curar. Untaré la punta con este veneno: bastará que le acaricie con ella para que el resultado sea su muerte.

CLAUDIO: Pensemos un poco más sobre ello, calibrando la conveniencia de nuestra empresa, tanto en tiempo como en medios. Si esto llegase a fallar, y nuestras intenciones se destapasen por una mala ejecución, mejor habría sido no haberlo intentado. Por lo tanto, es menester pensar en un plan alternativo, por si el primero no resultase. Dejadme pensar... tenemos que apostar seriamente por vuestras habilidades... ¡Lo tengo! Cuando, en la agitación de la lucha, os sintáis acalorados y sedientos —y para ello tendréis que hacer que vuestros ataques sean más violentos—, y él pida algo para beber, le tendré preparado un cáliz, de forma que, solo con un sorbo y si es que pudo escapar a vuestra ponzoñosa estocada, nuestro propósito quede asegurado. Pero, aguardad, ¿qué es ese ruido?

*Entra la reina*

GERTRUDIS: Los sufrimientos se pisan los talones, así de rápido se siguen unos a otros. Tu hermana se ha ahogado, Laertes.

LAERTES: ¿Se ha ahogado? ¿Dónde?

GERTRUDIS: Hay un sauce que crece inclinado sobre un arroyo; sus hojas grisáceas se reflejan sobre la corriente cristalina. Con ellas componía Ofelia fantásticas guirnaldas, a las que añadía ranúnculos, ortigas, margaritas y esas flores alargadas y púrpuras a las que los pastores impúdicos dan un nombre grosero y las doncellas honestas denominan «dedos de difunto». Estaba trepando, con el fin de colgar su corona silvestre, cuando una de las ramas cedió, para su desgracia, y ella y sus florales trofeos fueron a parar al lacrimoso arroyo. Con sus ropas extendidas sobre la superficie, flotaba como una sirena, y ella mientras cantaba fragmentos de viejas tonadas, incapaz de angustiarse, como si fuera una criatura nativa o habituada al líquido elemento. Pero no pasó mucho tiempo antes de que su vestido, pesado a causa del agua absorbida, arrastrase al fondo a la pobre desdichada, apagando su voz melodiosa para llevarla a una muerte embarrada.

LAERTES: ¡Ay! Entonces, ¿ha muerto?

GERTRUDIS: ¡Sí, ahogada, ahogada!

LAERTES: ¡Pobre Ofelia! Demasiada agua has tenido tú, y por eso reprimiré mis lágrimas... Pero es un impulso reflejo en el ser humano; la naturaleza se abre paso, diga lo que diga el pudor. (*Llora*) Cuando el llanto se extinga, la mujer que hay en mí partirá. Adiós, mi señor: tengo palabras ardientes con las que con gusto incendiaría el mundo, pero este absurdo torrente las apaga.

*Sale Laertes*

CLAUDIO: Sigámosle, Gertrudis. ¡Cuánto he tenido que hacer para calmar su ira! Ahora me temo que esto lo volverá a exasperar. Vayamos, pues, tras él.

*Salen*

## ACTO V

## ESCENA I

### Un cementerio

*Entran un sepulturero acompañado de un aldeano*

SEPULTURERO: ¿Vamos a darle cristiana sepultura, sabiendo que ella buscó su propia vía de salvación?

ALDEANO: Te digo que sí, así es que vamos, cava. El coronel que ha juzgado el caso ha dictaminado que se la puede enterrar cristianamente.

SEPULTURERO: ¿Y eso? ¿Es que acaso se ahogó en defensa propia?

ALDEANO: Pues es lo que ha decidido.

SEPULTURERO: Hubo de ser más bien *en ofensa propia*. No hay otra. Este es el quid del asunto: si uno se ahoga aposta, es que concurre un acto, y un acto tiene tres ramas: lo que se hace, lo que se actúa y lo que se ejecuta. *Argo*, ella se ahogó aposta.

ALDEANO: No, no, escúchame, amigo cavador...

SEPULTURERO: Con tu permiso. Aquí está el agua: bien; y aquí la persona: bien. Si la persona se dirige hacia el agua y se ahoga, lo que ha pasado, se quiera o no, es que hacia el agua ha ido. Atención a esto. Pero si es el agua la que va hacia la persona, entonces no se habrá ahogado a sí mismo. *Argo*, de quien no es culpable de su propia muerte no puede decirse que haya acertado su propia vida.

ALDEANO: ¿Y eso es lo que dice la ley?

SEPULTURERO: ¡Vaya si lo dice! La ley de instrucción del juez.

ALDEANO: ¿Quieres oír la verdad sobre este asunto? Si la dama no hubiese sido noble, su enterramiento no habría sido cristiano.

SEPULTURERO: Dices bien; y es de lo más lamentable que los grandes de este mundo tengan licencia para ahogarse o colgarse, lo cual no está al alcance del resto de cristianos. Venga, pásame la pala. No hay en este mundo caballeros de más solera que los jardineros, los cavadores y los sepultureros, que conservan el oficio de Adán.

ALDEANO: ¿Adán fue caballero?

SEPULTURERO: El primero de todos que enarboló un arma. Atiende, que te lanzo un acertijo: si no sabes la respuesta, tendrás que confesarte y prepararte para morir.

ALDEANO: Adelante.

SEPULTURERO: ¿Quién construye más robustamente que el mampostero, el armador o el carpintero?

ALDEANO: El que construye patíbulos, porque estas estructuras sobreviven a un millar de inquilinos.

SEPULTURERO: ¡Qué agudo eres, por mi vida! Los patíbulos son buenos, claro que sí. Pero, ¿en qué sentido son buenos? Pues en este: hacen bien a quienes hacen mal. Y tú haces mal diciendo que un patíbulo es más robusto que una iglesia. *Argo*, a lo mejor es a ti a quien hay que colgar. Inténtalo de nuevo, venga.

ALDEANO: ¿Quién construye más robustamente que el mampostero, el armador o el carpintero?

SEPULTURERO: Eso; dímelo y te retiro el yugo.

ALDEANO: ¡Por la Virgen, enseguida te lo diré!

SEPULTURERO: A ver.

ALDEANO: ¡Jesús! No lo sé.

SEPULTURERO: Deja de exprimirme la sesera, que eres como esos burros perezosos que no aligeran el paso aunque los azotes. La próxima vez que te pregunten esto, responde «el sepulturero», porque las casas que este hace duran hasta el día del Juicio Final. Anda, acércate hasta la taberna y tráeme una jarra de vino.

*Sale el aldeano*

SEPULTURERO I: (*Canta*)

*Cuando joven amé, amaba,  
y qué a gusto me sentía,  
el tiempo a mi aire pasaba,  
y ninguna preocupación tenía.*

*Entran Hamlet y Horacio*

HAMLET: ¿Es que este hombre no tiene sensibilidad alguna? ¿Desconoce su oficio? Cantar mientras cava una tumba...

HORACIO: La costumbre lo ha llevado a tomarse tales licencias.

HAMLET: Debe de ser por eso: las manos que menos trabajan suelen tener la piel más fina.

SEPULTURERO: (*Canta*)

*Pero la edad, con sus achaques,  
me tiene atrapado en su cepo,  
me ata a la tierra, y por eso,  
no hay quien de ahí me saque.*

*(Saca una calavera)*

HAMLET: Esa calavera tuvo una lengua dentro con la que en su día podía cantar. ¡Y este granuja la tira al suelo, como si fuese la quijada con la que Caín cometió el primer asesinato! Podría ser la cocorota de un político, sobre la que este asno ahora se impone... uno de esos políticos que creen ser más listos que Dios, ¿verdad?

HORACIO: Podría ser, mi señor.

HAMLET: O la de un cortesano de esos que dicen: «Muy buenos días, Excelentísimo Señor, ¿cómo os encontráis, Venerable Señor?». Podría ser el señor Fulano de Tal, que alababa el caballo del señor Mengano de Cual cuando quería que se lo prestase, ¿no es cierto?

HORACIO: Sí, mi señor.

HAMLET: Así es; y ahora su carne está en los carrillos de la Señora Gusana, y su cráneo vacío recibe los palazos de este sepulturero. Nos falta agudeza visual para ver que estamos ante una revolución, Horacio. ¿Mereció la pena criar estos huesos, que ahora no sirven más que para jugar a los bolos con ellos? Los míos me duelen solo de pensarlo.

SEPULTURERO: (*Canta*)

*Un pico y una pala, una pala,  
y además una mortaja,  
ah, y un pozo de arcilla,  
este huésped solicita.*

*(Saca otra calavera)*

HAMLET: ¡Otra más! ¿Y si fuera la calavera de un abogado? ¿Dónde quedan ahora sus tecnicismos, sus sutilezas, sus casos, sus títulos, sus argucias? ¿Cómo consiente que este loco bribón le golpee la mollera con una sucia pala sin demandarle por semejante ultraje? ¡Ja! Puede que el tipo fuese en su día un gran comprador de tierras, rodeado de escrituras, bonos, garantías dobles y fianzas. ¿Y no resultó ser basura, una nada, todo aquello con lo que ocupaba su cerebro? ¿Le garantizarán sus garantías que pueda gozar de un pedazo de tierra siquiera del tamaño de un par de pergaminos? Todas esas actas de propiedad, que apenas cabrían en esta caja, ¿acaso le servirán de algo más a quien le herede?

HORACIO: Absolutamente de nada, mi señor.

HAMLET: ¿No se hacen los pergaminos con piel de borrego?

HORACIO: Sí, mi señor, y con la de los becerros.

HAMLET: Pues borregos y becerros son quienes buscan seguridad en tales posesiones. Hablaré con este hombre. Aldeano, ¿de quién es esta tumba?

SEPULTURERO: Mía, señor.

*(Canta)*

*Ah, y un pozo de arcilla...*

HAMLET: Tuya ha de ser, puesto que estás dentro de ella.

SEPULTURERO: Vos estáis fuera, señor, de modo que vuestra no puede ser. En cuanto a mí, no estoy metido en ella, pero es mía.

HAMLET: Sí que estás metido, aunque desde luego no sea tuya, porque es para los muertos, y no para los que viven y colean. Por lo tanto, estás mintiendo.

SEPULTURERO: Pues es una mentira que colea, señor, pues ya no está conmigo, sino con vos.

HAMLET: ¿Para qué hombre la has cavado?

SEPULTURERO: Para ninguno, señor.

HAMLET: ¿Para qué mujer, entonces?

SEPULTURERO: Para ninguna.

HAMLET: ¿Entonces a quién vas a enterrar en ella?

SEPULTURERO: A una que fue mujer, señor, pero que ahora está muerta, descanse en paz su alma.

HAMLET: (*A Horacio*) ¡Pero qué puntilloso es el canalla! Tendremos que hilar fino al hablar o terminará enredándonos. Te lo juro por Dios, Horacio; vengo notando en los últimos años que nuestra época se ha vuelto muy exquisita: el campesino camina tan cerca del talón del cortesano que termina pisándoselo. ¿Desde cuándo eres sepulturero?

SEPULTURERO: Desde el día en el que el rey Hamlet venció a Fortimbrás.

HAMLET: ¿Cuánto hace de eso?

SEPULTURERO: ¿No podéis decirlo? ¡Hasta un lerdo lo sabe! Fue justo el día en el que el joven Hamlet nació; ya sabéis, ese príncipe que se volvió loco y lo mandaron a Inglaterra.

HAMLET: ¡Ah, sí! ¿Y por qué lo enviaron a Inglaterra?

SEPULTURERO: Pues porque estaba loco. Se espera que allí recobre el juicio. Y si no lo hace, poco va a importarle a los ingleses.

HAMLET: ¿Por qué?

SEPULTURERO: No se darían ni cuenta. Allí la gente está tan loca como él.

HAMLET: ¿Sabes cómo enloqueció?

SEPULTURERO: De un modo muy extraño, se dice.

HAMLET: ¿Tan extraño fue?

SEPULTURERO: Ya lo creo. ¿No es extraño perder la chaveta?

HAMLET: ¿Y cuál fue la raíz de su desvarío?

SEPULTURERO: La raíz estaba aquí, en Dinamarca, bajo su suelo. Por cierto, aquí he sido yo sepulturero, de chico y de hombre, durante treinta años.

HAMLET: ¿Cuánto tiempo permanece uno enterrado antes de pudrirse?

SEPULTURERO: Depende: si uno no está podrido antes de morir (y os aseguro que recibimos cadáveres que apenas aguantan enteros la ceremonia) se puede durar unos ocho años, nueve, incluso; si es un curtidor puede durar nueve.

HAMLET: ¿Y por qué dura más este que los otros?

SEPULTURERO: Porque tiene su propia piel tan curtida, a causa de su oficio, que logra mantenerla a salvo del agua por algo más de tiempo. El agua, señor, corroe y

descompone hasta el cadáver del mayor hijo de perra que podáis imaginar. Aquí mismo tenéis la calavera de uno que se ha tirado veintitrés años bajo tierra.

HAMLET: ¿A quién perteneció?

SEPULTURERO: A un verdadero hijo de perra que estaba loco de atar. ¿A quién diríais que perteneció?

HAMLET: No tengo ni idea.

SEPULTURERO: ¡Que caigan las siete plagas sobre ese chiflado! ¡Una vez derramó una jarra de vino del Rin sobre mi cabeza! Este cráneo, señor, fue, señor, el cráneo de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET: ¿Este?

SEPULTURERO: Justamente.

HAMLET: (*Coge la calavera*) ¡Ay, pobre Yorick! Yo le conocí, Horacio. Un tipo sumamente gracioso, de un ingenio excelente. Me llevó sobre sus espaldas un millar de veces, y ahora mira qué aspecto tan horrendo presenta. Contemplarlo me revuelve el estómago. De aquí colgaban los labios que besé innumerables veces. ¿Qué ha sido de tus pullas, de tus brincos, de tus canciones, de tus destellos de júbilo con los que enardecías a los comensales? ¿Ninguna ocurrencia con la que burlarte de tu propia mueca, ahora que estás sin mejillas? Hazme un favor: ve y dile a mi señora que, aunque se aplique potingues de un dedo de grosor, al final terminará así. Haz que se ría de eso. Dime una cosa, Horacio, te lo ruego.

HORACIO: ¿Qué, mi señor?

HAMLET: ¿Crees que Alejandro Magno tendría esta pinta bajo tierra?

HORACIO: Sin duda.

HAMLET: ¿Y que olería así de mal? ¡Puaj! (*Tira la calavera*)

HORACIO: Justo así, mi señor.

HAMLET: ¡En qué poco nos quedamos, Horacio! ¿No es incluso imaginable que siguiendo el rastro a las honorables cenizas de Alejandro las hallásemos en el tapón de un tonel?

HORACIO: Es una posibilidad demasiado rocambolesca para ser digna de consideración.

HAMLET: No, no, en absoluto; solo tendríamos que seguir dicho rastro minuciosamente para no perdernos. Alejandro murió, Alejandro fue enterrado, Alejandro se convirtió en polvo, el polvo es parte de la tierra, con tierra se hace la materia adherente, y ¿qué impide que parte de esa materia en la que se convirtió él esté ahora taponando un barril de cerveza?

*El emperador Julio César, muerto y convertido en arcilla,  
impedir que el aire entrase en el envase hoy mismo podría.  
¡Ay, que aquella tierra que del mundo fue timonel,  
sirva ahora para que un líquido no escape de un tonel!*

*Entran, siguiendo un féretro, el rey, la reina, Laertes y otros caballeros y un sacerdote*

HAMLET: Pero un momento, ¡silencio! Vienen el rey, la reina y los cortesanos. ¿Quién estará en ese ataúd al que acompañan? ¿Y por qué es tan parco el ritual? Esto indica que fue el propio difunto quien, desesperado, se quitó la vida. Aunque está claro que era de familia noble. Escondámonos para poder observar (*Hamlet y Horacio permanecen ocultos*).

LAERTES: ¿Qué clase de ceremonia es esta?

HAMLET: (*aparte, a Horacio*) Mira, es Laertes, un joven muy noble.

LAERTES: ¿Qué clase de ceremonia es esta?

SACERDOTE: Hemos ampliado sus exequias hasta donde nos está permitido. Tuvo una muerte dudosa; de no haber sido por el mandato superior que recibimos, se la habría sepultado en tierra profana. Allí habría permanecido hasta el final de los tiempos, y, en vez de oraciones piadosas, habríamos arrojado guijarros y pedruscos sobre su tumba. Aquí, sin embargo, está permitido que se le dediquen cánticos virginales, que se la cubra de flores y se la lleve a casa con tañido de campanas, siendo acompañada hasta su enterramiento.

LAERTES: ¿No se puede hacer algo más?

SACERDOTE: No se puede. Profanaríamos el servicio a los muertos si se le cantase un réquiem y se le diera descanso como un alma más de las que parten en paz.

LAERTES: Depositadla en la tierra, y que de su hermosa e impoluta carne broten violetas. Y en cuanto a ti, clérigo desconsiderado, has de saber que mi hermana será un ángel en el cielo, mientras que tú aullarás desde el infierno.

HAMLET: (*Aparte a Horacio*) ¿Cómo? ¿La bella Ofelia?

GERTRUDIS: Que un dulce aroma cubra a la que fue tan dulce. Adiós. Esperaba que te convirtieses en la esposa de mi Hamlet; pensaba que yo adornaría tu lecho de novia, dulce doncella, y no que esparciría flores sobre tu tumba.

LAERTES: ¡Maldita un millón de veces la cabeza cuya ominosa conducta te privó de tu privilegiado entendimiento! Esperad, no la cubráis aún de tierra, que quiero estrecharla una vez más entre mis brazos.

### *Salta al sepulcro*

LAERTES: ¡Ya podéis echar vuestra tierra sobre el vivo y la muerta, hasta hacer de este llano una montaña más alta que el viejo Pelión o la celeste cumbre del Olimpo!

HAMLET: (*Saliendo de su escondite*) ¿Quién es ese que se lamenta tan angustiado? ¿Quién expresa tanta pena que conjura a las estrellas errantes, obligándolas a escucharle presas del pasmo? Aquí estoy yo, Hamlet, príncipe de Dinamarca.

LAERTES: (*Sale del sepulcro y se enzarza con él*) ¡Que el diablo se lleve vuestra alma!

HAMLET: Esa no es forma de rezar. Os ruego que apartéis vuestros dedos de mi garganta; aunque no soy visceral, hay algo en mí verdaderamente peligroso, algo que si sois prudente sabréis temer. Quitadme las manos de encima.

CLAUDIO: ¡Separadles!

GERTRUDIS: ¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS: ¡Caballeros!

HORACIO: Calmaos, mi señor.

HAMLET: ¡Dejadme! Lucharé con él por esta causa hasta que mis párpados dejen de moverse.

GERTRUDIS: Hijo mío, ¿de qué causa hablas?

HAMLET: Yo quería a Ofelia; cuarenta mil hermanos que sumasen su afecto no podrían igualarme en esto. Decidme, ¿qué haréis por ella?

CLAUDIO: Está loco, Laertes.

GERTRUDIS: ¡Por el amor de Dios, dejadle!

HAMLET: Por las llagas de Cristo: ¡mostradme lo que haréis ahora que sabéis que está muerta! ¿Lloraréis, pelearéis, ayunaréis, os desgarraréis, beberéis vinagre, os comeréis un cocodrilo? Yo haré todo eso. ¿Habéis venido aquí a lloriquear y a desafiarme? ¿Qué pretendéis saltando a su tumba? ¿Queréis retarme? ¡Si os entierran vivo con ella, tendrán que enterrarme a mí también! Ya que fanfarroneáis hablando de montañas, sea: que nos sepulsen a ambos bajo millones de acres, que nos cubran con tanta tierra que la cúspide arañe el sol y se tueste, tal que el gigantesco monte Osa parezca solo una verruga. ¡Adelante, gritad, que yo gritaré tanto como vos!

GERTRUDIS: Esto es pura locura; solo con que pase un tiempo terminará calmándose. Pronto estará tranquilo y silencioso como la paloma que extiende sus doradas alas al salir del cascarón.

HAMLET: Escuchadme, señor: ¿por qué razón me tratáis así? Siempre os aprecié. Pero no importa: aunque Hércules cumpla con su deber, el gato maullará y el perro hará lo suyo.

*Sale*

CLAUDIO: Os lo ruego, buen Horacio, id con él.

*Sale Horacio*

CLAUDIO: (*Aparte, a Laertes*) Sed paciente: lo que hablamos anoche lo pondremos en práctica de inmediato. (*A la reina*) Gertrudis, querida, haz que vigilen a tu hijo. Sobre esta tumba erigiremos un monumento. (*Aparte, a Laertes*) Cuando nuestro plan se cumpla recuperaremos la calma. Hasta entonces, hemos de proceder con mesura.

*Salen*

ESCENA II  
Una sala en el castillo

*Entran Hamlet y Horacio*

HAMLET: Ya hemos dicho bastante sobre ese tema, amigo mío. Es hora de pasar al otro asunto. ¿Recuerdas las circunstancias del caso?

HORACIO: ¡Cómo olvidarlas, mi señor!

HAMLET: Me bullía por dentro una especie de lucha que me impedía conciliar el sueño; me sentía peor que un amotinado encadenado. Precipitadamente —y alabada sea en este caso la precipitación; tenemos que ser conscientes de que a veces la falta de cálculo nos presta un gran servicio, cuando nuestros más elaborados planes fracasan; lo cual demuestra que existe una divinidad que da forma a nuestros propósitos, por muy burdos que sean nuestros designios— ...

HORACIO: Eso es muy cierto.

HAMLET: ... salgo de mi camarote y subo a cubierta, arrebujaado en mi abrigo de marinero; amparado por la oscuridad llego hasta donde están ellos, busco a tientas y obtengo los deseados papeles; finalmente, retorno a mi habitación. Y allí, en un arrebatado de audacia, olvidando las formas a causa de mis temores, rasgo el lacre y leo el encargo del rey. Y encuentro, Horacio, que este majestuoso canalla ha ordenado —aliñando el asunto con toda suerte de razones relativas a la salud de Dinamarca, y también a la de Inglaterra, y añadiendo (¡maldito sea!) que mi existencia es un fastidio y una monstruosidad— que nada más se lea el documento, sin esperar siquiera a que se afile el hacha, se me corte la cabeza.

HORACIO: ¿Será posible?

HAMLET: Aquí está la orden. Léela después, cuando tengas más tiempo; pero ahora, ¿quieres que te cuente como procedí?

HORACIO: Os lo ruego.

HAMLET: Viéndome así, atrapado en las redes de estos infames, con la función en marcha antes de haber comprendido yo el prólogo, me senté y preparé una nueva orden, que escribí con sumo cuidado (yo, que en su día desprecié que nuestros estadistas se empeñaran tanto en escribir bien, yo, que tanto me empeñé en olvidar dichas lecciones, veía ahora cómo me prestaban un buen servicio). ¿Quieres saber lo que escribí?

HORACIO: Sí, mi señor.

HAMLET: Una petición solemne, de parte del rey de Dinamarca: puesto que Inglaterra era su leal tributaria, puesto que el afecto entre ambas patrias había de florecer como florecen las palmeras, puesto que la paz debía portar siempre su guirnalda de espigas, y ser la coma que separase esas mutuas amistades, y dados muchos otros «supuestos», señor, de mucho peso, se solicitaba que nada más tener conocimiento del contenido de aquella carta, sin dilación y sin más debates, se ejecutase a quienes la entregaran, sin darles tiempo ni para recibir el sacramento de la confesión.

HORACIO: ¿Y cómo conseguisteis sellarla?

HAMLET: Incluso de eso se ocupó el cielo: llevaba el sello de mi padre en mi bolsa, el que sirvió de modelo al del rey actual; doblando el escrito del modo adecuado y firmándolo en el lugar oportuno dio la impresión que buscaba, y nadie advirtió ningún cambio. Al día siguiente se produjo nuestro combate en el mar, y lo que siguió a partir de ahí ya lo sabes.

HORACIO: De modo que Guildenstern y Rosencrantz caminan derechos hacia la muerte.

HAMLET: Ya no están en mi conciencia. Su ruina es el fruto de sus propias malas artes. Resulta peligroso para las naturalezas corrientes inmiscuirse allá donde poderosos adversarios se batan.

HORACIO: ¡Dios mío! ¿Qué clase de rey es este?

HAMLET: ¿No te parece que hay una empresa que ahora recae sobre mis hombros? Aquel que mató a mi rey y prostituyó a mi madre, el que se interpuso entre la elección al trono y mis esperanzas, lanzando su anzuelo para arrebatarme la vida mediante el fraude, ¿acaso no es asunto de conciencia que este brazo acabe con él? ¿Y no habría que maldecir a quien, conociéndolo, permitiese que este tumor se extendiese causando ulteriores males?

HORACIO: Pronto ha de saberse desde Inglaterra cómo se ha desarrollado este asunto.

HAMLET: En breve, sin duda; pero el tiempo que transcurra entretanto me pertenece, y al fin y al cabo la vida de un hombre apenas dura un suspiro. No obstante, te aseguro, Horacio, que me apena mucho lo ocurrido con Laertes, puesto que al contemplar mis motivos para la venganza no dejo de ver los suyos. No soy ajeno a sus virtudes; pero está claro que su lamento fue tan excéntrico que terminé por perder la compostura.

*Entra Osric, un cortesano*

HAMLET: ¡Silencio! ¿Quién va?

OSRIC: Alteza, os doy la bienvenida en vuestro retorno a Dinamarca.

HAMLET: Os lo agradezco de corazón, señor (*Aparte, a Horacio*) ¿Conoces a esta libélula?

HORACIO: (*Aparte*) No, mi señor.

HAMLET: (*Aparte*) Tanto mejor para ti, porque en nada aprovecha conocerlo. Tiene muchas tierras, y fértiles. Basta que un animal sea el señor de otros animales para que le dejen traer su abrevadero y sentarse a la mesa del rey. No es más que una cotorra; pero, como te digo, su patrimonio de estiércol es inmenso.

OSRIC: Querido señor: si Su Alteza tuviese un momento para un mensaje que he de transmitir de parte del rey...

HAMLET: Lo recibiré, señor, con toda la diligencia de la que es capaz mi espíritu. Pero poned vuestro sombrero donde corresponde que esté: es para la cabeza.

OSRIC: Os lo agradezco, Alteza, es que hace tanto calor...

HAMLET: No, creedme, hace mucho frío; sopla viento del norte.

OSRIC: Sí que hace un poco de frío, mi señor.

HAMLET: A mí, sin embargo, me parece que hace bochorno, o será cosa de mi constitución.

OSRIC: Sí, sí, un calor terrible, en verdad asfixiante... Mi señor, el rey, me ha ordenado venir a deciros que ha apostado muy fuerte por vos. Señor, la cuestión es esta, ...

HAMLET: Vuestro sombrero, os lo ruego...

OSRIC: No, no, mi señor, estoy muy bien así, os lo aseguro. Majestad, ya sabéis que Laertes acaba de regresar a la corte. Y creedme: es un completo caballero, de excelentes cualidades, de lo más sociable y de porte más que agradable. Es más, para ser justo con él diré que es un ejemplo a seguir en cuanto a su nobleza, pues en él puede hallarse el compendio de lo que se espera encontrar en un caballero.

HAMLET: Queda claro, señor, que al describirlo no os dejáis ni un detalle, pero me parece que haciendo inventario exhaustivo de sus dones no lográis sino marear la mente por un exceso de datos, extraviando a un navío tan veloz como este que representa Laertes. No obstante, en cuanto a la veracidad de vuestro encomio, admito que alberga un alma grande, y que tiene un carácter tan especial y único que, para decir de él lo que se merece, habría que añadir que solo en su espejo puede encontrarse a quien se le asemeje, y que nadie puede seguirle de cerca, salvo su sombra.

OSRIC: Vuestra Majestad habla incontestablemente de él.

HAMLET: Sí; pero decidme, señor: ¿por qué cubrimos al caballero con la baba de nuestros torpes elogios?

OSRIC: ¿Señor?

HORACIO: ¿Sería posible utilizar un lenguaje que todos entiendiésemos? Al menos vos podríais, señor.

HAMLET: ¿Cuál es la razón de que nombremos a este señor con tanta insistencia?

OSRIC: ¿Os referís a Laertes?

HORACIO: Ya tiene la bolsa vacía; se gastó todo el oro de sus palabras.

HAMLET: A él me refiero, señor.

OSRIC: Me consta que no sois un ignorante...

HAMLET: Me alegra saberlo; aunque vuestro juicio, siendo ese, no me supone ningún halago. ¿Y bien?

OSRIC: ... que no sois un ignorante respecto a cuán excelente es Laertes...

HAMLET: No me atrevería a decir otra cosa, menos aún a compararme con él en cuanto a excelencia. Para conocer bien a alguien, primero hay que conocerse a uno mismo.

OSRIC: ... cuán excelente es en el uso de su arma, señor. A tenor de lo que dicen quienes lo conocen, nadie lo iguala en esto.

HAMLET: ¿Cuál es su arma?

OSRIC: Florete y daga.

HAMLET: Eso son dos armas. Pero está bien.

OSRIC: El rey, señor, ha apostado con él seis caballos berberiscos, contra los que él ha ofrecido, según he oído, seis floretes y puñales franceses, con todos sus accesorios, cinturones, correas y el resto. Tres de las fijaciones son verdaderamente primorosas, van a juego con las empuñaduras. Son muy delicadas y de un espléndido diseño.

HAMLET: ¿A qué te refieres con «fijaciones»?

HORACIO: Ya sabía yo que tendríais que preguntarle sobre algún aspecto marginal antes de dar el asunto por concluido.

OSRIC: Las fijaciones son las correas, señor.

HAMLET: La expresión sería más atinada si lo que llevásemos a cuentas fueran unos cañones. Llamémoslas, pues, «correas». Pero avancemos. Seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas, sus accesorios y su espléndido diseño: he ahí la apuesta francesa contra la danesa. ¿Y me dices que eso es todo?

OSRIC: El rey, señor, ha apostado, señor, a que en doce asaltos entre él y vos él no os superará en más de tres estocadas de diferencia. Laertes apuesta que a doce asaltos os estocará en nueve. Esto se comprobaría inmediatamente, en cuanto su Alteza diese una respuesta afirmativa al desafío.

HAMLET: ¿Y qué ocurre si respondo que no?

OSRIC: Deduzco, mi señor, que os oponéis a participar en la prueba.

HAMLET: Señor, estaré paseando por este salón. Con la venia de Su Majestad: es el momento del día que dedico a tomar el aire. Que traigan los floretes, si es lo que desea el caballero, y si el rey mantiene su apuesta. Haré lo que pueda para que la gane; si no lo consigo, me ganaré mi deshonor y unas pocas estocadas.

OSRIC: ¿Es lo que queréis que transmita?

HAMLET: En efecto, señor, y podéis adornarlo con cuanto os dicte vuestra naturaleza.

OSRIC: A vuestro servicio, Alteza.

HAMLET: Y yo al vuestro, y yo al vuestro.

*Sale Osric*

HAMLET: Y no encontraréis a ningún otro que os sirva.

HORACIO: Allá va ese chorlito, corriendo con el cascarón sobre la cabeza.

HAMLET: Se comporta así, señor, porque es de los que hacen reverencias a la madre antes de ponerse a mamar. Es muy propio de los de su camada, por los que siente predilección este aciago tiempo nuestro, tan afecto a lo que está de moda y resulta adecuado solo en apariencia, a ese repertorio de frivolidades mediante el que estos cachorros no dejan de prosperar. Pero todas sus opiniones vanas, a poco que uno las sople poniéndolas a prueba, se desvanecen como pompas de jabón.

*Entra un caballero*

CABALLERO: Mi señor, Su Majestad se dirigió a vos por medio del joven Osric, que le comunicó a su vuelta que le esperáis en el salón. Me manda para saber si os complace batiros ahora con Laertes o si preferís dejarlo para más tarde.

HAMLET: Soy constante en mis resoluciones, que se atienen a lo que le plazca al rey. Cuando a él le convenga, yo estoy dispuesto. Ahora o cuando sea, con tal de que esté disponible, como ahora.

CABALLERO: El rey y la reina y el resto están bajando en estos instantes.

HAMLET: Es el momento idóneo.

CABALLERO: La reina desea que seáis amable con Laertes antes de batiros con él.

HAMLET: Sabio consejo por su parte.

*Sale el caballero*

HORACIO: Vais a perder, mi señor.

HAMLET: No lo creo. Desde que se fue a Francia no he dejado de practicar. Debería ganar, dados los términos de la apuesta. Pero no te imaginas cuánto me angustia todo esto... aunque no importa.

HORACIO: Pero, mi señor...

HAMLET: No es más que una tontería, el tipo de desasosiego que perturbaría a una mujer, si acaso...

HORACIO: Si hay una voz interna que protesta, inquieta, debéis oírla. Yo les saldré al paso para decirles que estáis indispueto.

HAMLET: De ningún modo. No hay que hacer caso de tales presagios. A fin de cuentas, hasta en la caída de un gorrión interviene la providencia. Si tiene que ser, no hay nada

que esperar, y si no hay que esperar, es que ocurrirá ahora. Si ahora no sucede, entonces pasará más tarde. Lo único que puede hacer uno es permanecer dispuesto. Ya que nadie sabe lo que pierde cuando se marcha, ¿qué importa que todo suceda enseguida? Sea.

*Una mesa preparada. Trompetas y timbales. Llegan Laertes y el rey y la reina con su séquito; entre ellos, oficiales que portan almohadones, floretes y puñales.*

CLAUDIO: Ven, Hamlet, y toma esta mano que te ofrezco (*Junta las manos de Laertes y Hamlet*).

HAMLET: Perdonadme, señor. Os he causado un mal, pero apelo a vuestra caballerosidad para que sepáis perdonarme. Los aquí presentes saben, y vos necesariamente lo habréis oído, que mi entendimiento se ha visto seriamente perturbado. Cuanto hice lastimando vuestro honor y excepcional naturaleza, proclamo aquí solemnemente que fue producto de la locura. ¿Fue Hamlet quien ofendió a Laertes? De ningún modo. Si Hamlet es separado de sí mismo y no siendo ya él daña a Laertes, entonces no es Hamlet el causante; Hamlet lo niega. ¿Y entonces, a quién atribuir el mal causado? A su locura. Siendo así, Hamlet está en el bando de los ofendidos. Su locura es la enemiga del pobre Hamlet. Confío en que mi declaración demuestre que mi propósito no fue malvado; apelo a vuestra enorme generosidad para resultar absuelto. Pensad que una de las flechas que disparé acabó en mi propia casa e hirió a mi hermano.

LAERTES: Mi talante, que en un caso así exigiría la mayor de las venganzas, queda satisfecho. Pero en cuanto a mi honor, pongo el asunto en suspenso; no habrá reconciliación hasta que obtenga el veredicto de algunos notables ancianos de reconocido prestigio, a los que preguntaré si existen precedentes para hacer las paces con vos sin mancillar mi nombre. No obstante, y hasta entonces, recibo vuestro afecto como verdadero afecto, y no os ofenderé de ningún modo.

HAMLET: Os aseguro que soy sincero. Y esta apuesta que me juego con mi hermano la pelearé honestamente. Entregadnos los floretes. Empecemos.

LAERTES: Venga, uno para mí.

HAMLET: Yo seré la flor que mejor adorne vuestras virtudes, Laertes. Soy tan ignorante en estas lides que vuestra destreza resplandecerá como una estrella en la noche más oscura.

LAERTES: Os burláis de mí, señor.

HAMLET: No, os lo juro.

CLAUDIO: Dadles los floretes, joven Osric. Hamlet, sobrino, ya conoces la apuesta.

HAMLET: La conozco muy bien, mi señor. Vuestra Majestad ha apostado por el más débil.

CLAUDIO: No temo por ello. No obstante, y puesto que os he visto combatir a ambos y él es mejor, se ha establecido cierta ventaja a tu favor.

LAERTES: Este pesa demasiado; enseñadme otro.

HAMLET: El mío me gusta. ¿Los floretes son todos igual de largos?

OSRIC: Sí, mi señor.

CLAUDIO: Poned jarras de vino sobre la mesa. Si es Hamlet quien asesta la primera estocada o la segunda, o si se desquita a la tercera, que se disparen salvas desde todas las almenas. El rey beberá a la salud de Hamlet, y en su copa deslizaré una perla, la más preciosa que hayan portado los cuatro últimos reyes de Dinamarca. Traedme las copas. Y que los timbales les digan a las trompetas, y las trompetas a los cañones, y los cañones a los cielos, y el cielo a la tierra: «El rey está bebiendo a la salud de Hamlet». Adelante, comenzad. Y vosotros, jueces, estad muy atentos.

*Suenan trompetas*

CLAUDIO: Vamos allá, señor.

HAMLET: Adelante, mi señor.

*Se baten*

HAMLET: ¡Una!

LAERTES: ¡No!

HAMLET: ¿Jueces?

OSRIC: Una estocada muy clara.

*Timbales, trompetas y un cañonazo*

LAERTES: Muy bien, continuemos.

CLAUDIO: Esperad; traedme una copa. Hamlet, esta perla es tuya. Aquí la deposito, a tu salud. Acercadle la copa.

HAMLET: Pelearé otro asalto primero. Reservadla un instante.

*Se baten*

HAMLET: ¡Vamos, otra estocada! ¿Qué decís?

LAERTES: Me habéis tocado, lo confieso.

CLAUDIO: Nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS: No está en forma y le falta el aliento. Ven, Hamlet, toma mi pañuelo y sécate la frente. La reina brinda por tu fortuna, Hamlet (*Toma la copa*).

HAMLET: Gracias, madre.

CLAUDIO: Gertrudis, no bebas.

GERTRUDIS: Sí, beberé, esposo mío. Con tu permiso...

CLAUDIO: (*Aparte*) ¡Es la copa envenenada! Demasiado tarde.

HAMLET: Yo aún no me atrevo a beber, señora. En un momento lo haré.

GERTRUDIS: Ven, deja que te seque el rostro.

LAERTES: (*Aparte, al rey*) Majestad, le alcanzaré ahora.

CLAUDIO: (*Aparte, a Laertes*) No lo creo.

LAERTES: (*Aparte*) Y, no obstante, casi me hace sentir mal...

HAMLET: Vamos a por el tercero, Laertes: a ver si en este os batís en serio. Haced el favor de conduciros con más furor: estoy seguro de que hasta ahora solo habéis jugueteado conmigo.

LAERTES: ¿Eso creéis? ¡Pues vamos!

*Se baten*

OSRIC: Ninguno ha estocado.

LAERTES: ¡Ahora te he alcanzado!

*Laertes hiere a Hamlet. En la vorágine de la lucha se intercambian los floretes, y Hamlet hiere a Laertes*

CLAUDIO: Separadles; están fuera de sí.

HAMLET: ¡No, luchemos de nuevo!

*La reina cae, agonizando*

OSRIC: ¡Mirad, la reina!

HORACIO: ¡Los dos sangran! ¿Cómo estáis, mi señor?

OSRIC: ¿Cómo estáis, Laertes?

*Laertes cae*

LAERTES: Como una perdiz que ha quedado apresada en su propia trampa, Osric. Moriré justamente a causa de mi propia artimaña.

HAMLET: ¿Qué le ocurre a la reina?

CLAUDIO: Se desmayó al ver que sangrabais.

GERTRUDIS: ¡No, no, la bebida, ha sido la bebida! ¡Ah, mi querido Hamlet! ¡La bebida, me han envenenado!

*Muere*

HAMLET: ¡Infamia! ¡Infamia! ¡Que cierren las puertas! ¡Traición! ¿Dónde está el responsable?

*Sale Osric*

LAERTES: ¡Aquí lo tenéis! Hamlet, estáis muerto. Ninguna medicina en el mundo puede salvaros: no os queda ni media hora de vida. Vuestra propia mano sujeta el instrumento de la traición: un florete sin despuntar que ha sido envenenado. La estratagema se ha vuelto en mi contra... mirad como yazco aquí para no levantarme

jamás. A vuestra madre la envenenó —Dios, no puedo más— el rey... El rey es el culpable.

HAMLET: ¿También envenenasteis la punta? ¡Entonces, veneno, cumple con tu cometido!

*Hiere al rey*

CABALLEROS: ¡Traición, traición!

CLAUDIO: ¡Ah, defendedme, amigos, me han herido!

HAMLET: ¡Maldito, incestuoso soberano! ¿Es aquí donde vertisteis la perla? Bebed también de la poción e id detrás de mi madre.

*El rey muere*

LAERTES: Recibió lo que merecía; el veneno lo preparó él mismo. Intercambemos perdones, noble Hamlet. Que no caiga sobre ti mi muerte ni la de mi padre, y que la tuya tampoco recaiga sobre mi persona.

*Muere*

HAMLET: Que el cielo te libre de ese peso. Ya te sigo... Me muero, Horacio. Desdichada reina, adiós. Y en cuanto a vosotros, que contempláis temblando y pálidos lo aquí ocurrido, vosotros que lo visteis todo y permanecisteis mudos, ojalá pudiera deciros... Pero no puedo, la muerte es un estricto sargento de cuyo arresto nadie se libera... Ya basta. Horacio, estoy muerto. Pero tú vives: informa sobre mí y sobre mi caso a quienes nada sepan.

HORACIO: No contéis con ello. Más que danés me siento como un antiguo romano. En esta copa queda algo de vino...

HAMLET: ¡Si eres un hombre de verdad dame esa copa! ¡Vamos! ¡Por Dios que me la darás! Ay, mi buen Horacio: ¿qué sería de mi nombre si lo acaecido no se conociese? ¿Qué rastro dejaría tras de mí? Si alguna vez me tuviste en tu corazón, renuncia por el momento a esa paz que ansías, y sigue respirando con dolor en este enconado mundo para contarles a todos mi historia.

*Suena una fanfarria y disparos lejanos*

HAMLET: ¿Qué sones de guerra son esos?

*Entra Osric*

OSRIC: El joven Fortimbrás, tras vencer en Polonia, saluda a los embajadores de Inglaterra con esta salva bélica.

HAMLET: ¡Ah, me muero, Horacio, me muero! El potente veneno se está imponiendo a mi espíritu, y no viviré para escuchar las noticias de Inglaterra. Pero puedo profetizar que Fortimbrás será el próximo rey: vaya para él mi agonizante voto. Cuéntale también a él lo sucedido, para que entienda lo que me llevó a... El resto es silencio.

*Muere*

HORACIO: ¡Así se quiebra un corazón noble! Buenas noches, dulce príncipe: que un coro de ángeles os cante y os lleve en volandas hasta vuestro reposo.

¿Por qué se presentan aquí los tambores?

*Entran Fortimbrás con los embajadores ingleses, tambores, banderas*

FORTIMBRÁS: ¿Dónde está el espectáculo?

HORACIO: ¿Qué es lo que pretendéis ver? Si se trata de dolor o estupor, podéis dejar de buscar.

FORTIMBRÁS: Esta pila de cadáveres certifica que aquí ocurrió la masacre. ¡Ah, Muerte orgullosa! ¿Qué banquete se organiza en tu eterna morada como para que acabes así, de un solo golpe sangriento, con tantos príncipes?

EMBAJADOR: La escena es desoladora... las noticias que traemos de Inglaterra llegan demasiado tarde. Los oídos de quienes tendrían que escucharnos yacen insensibles; ya nunca sabrán que sus órdenes se cumplieron puntualmente y Rosencrantz y Guildenstern fueron ejecutados. ¿Quién nos agradecerá lo que hicimos?

HORACIO: No sus labios, aunque conservasen la vida para agradeceréloslo: él nunca ordenó que se les diese muerte. Pero ya que habéis llegado justo para encontraros con este sangriento panorama, unos desde Polonia y otros desde Inglaterra, ordenad que estos cuerpos sean alzados a un túmulo para que estén a la vista de todos, y dejad que cuente a todo el que lo ignore cómo llegaron a suceder tales cosas. Tendréis que saber de actos incestuosos, sangrientos y contra natura, de castigos aplicados por accidente, de matanzas azarosas, de muchas muertes, algunas tramadas y otras fortuitas, y de cómo en el clímax de este desvarío todo se volvió en contra de quienes urdieron planes. De todo esto puedo dar cuenta haciendo honor a la verdad.

FORTIMBRÁS: Iremos inmediatamente a escucharos; reunid a tal efecto a los nobles para que formen parte de la audiencia. En cuanto a mí, con pesar abrazo mi suerte. Tengo derechos adquiridos sobre este reino, derechos que mi situación ventajosa me invita a reclamar.

HORACIO: De eso también tendré ocasión de hablaros, por boca de uno cuya voz no volverá a escucharse. Lo haré enseguida; aunque los ánimos de todos estén en la hora presente conturbados, hay que evitar que sucedan nuevas desgracias, intrigas y equívocos.

FORTIMBRÁS: Que cuatro capitanes suban a Hamlet hasta el túmulo con honores de soldado. Habría sido un gran rey, si hubiese tenido la oportunidad. Y que al paso del cortejo la música militar y los ritos guerreros den testimonio de su valía. Llevaos los cadáveres. Semejante visión es admisible en un campo de batalla, no en un lugar como este. Partamos: decid a los soldados que abran fuego.

*Salen en comitiva fúnebre. Se oyen salvas de cañón*

*Fin*

**William Shakespeare** (1564, 1616) es el escritor más importante de todos los tiempos en lengua inglesa, y uno de los más célebres de la literatura universal. Poeta y dramaturgo, valorado ya en su tiempo, alcanza su máxima reputación a partir del siglo XIX.

PRÓLOGO DE JOSEPH PEARCE



ANTHONY MUNDAY • HENRY CHETTLIE  
WILLIAM SHAKESPEARE  
THOMAS DEKKER • THOMAS HEYWOOD

# TOMÁS MORO

RIALP

# Tomás Moro

Shakespeare, William

9788432142307

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este drama histórico, escrito alrededor de 1600, chocó con la censura estatal. En su interior se representa una comedia donde los aspectos históricos, críticos y filológicos son intrigantemente novelescos. La candente cuestión sobre la autoría de William Shakespeare la responde perspicazmente Joseph Pearce en el prólogo. No obstante, basta comenzar a leer la obra para que todos esos misterios pasen a un segundo plano, debido a la potencia literaria y el interés que despiertan la vida y la muerte de Tomás Moro, magistralmente recreadas en estas páginas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Camões  
Los Lusíadas  
(selección)



selección doce uvas

RIALP

# Los Lusíadas

de Camoens, Luis

9788432147753

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El autor ensalza las proezas de un pueblo pequeño, el portugués, capaz de grandes gestas. Narra sobre todo la de Vasco de Gama, en su viaje desde Lisboa hasta Calcuta. Pero Camões es renacentista, y le interesa todo: la mitología griega, la historia de Roma, y así lo manifiesta en su largo poema, usando un lenguaje épico y sencillo. Se ofrece aquí una selección de los pasajes más valiosos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER  
OBRAS COMPLETAS

— \* —

# EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica  
preparada por  
LUIS CANO y FRANCESC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO  
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

**RIALP**

# En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

# ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana  
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



# Escondidos

González Gullón, José Luis

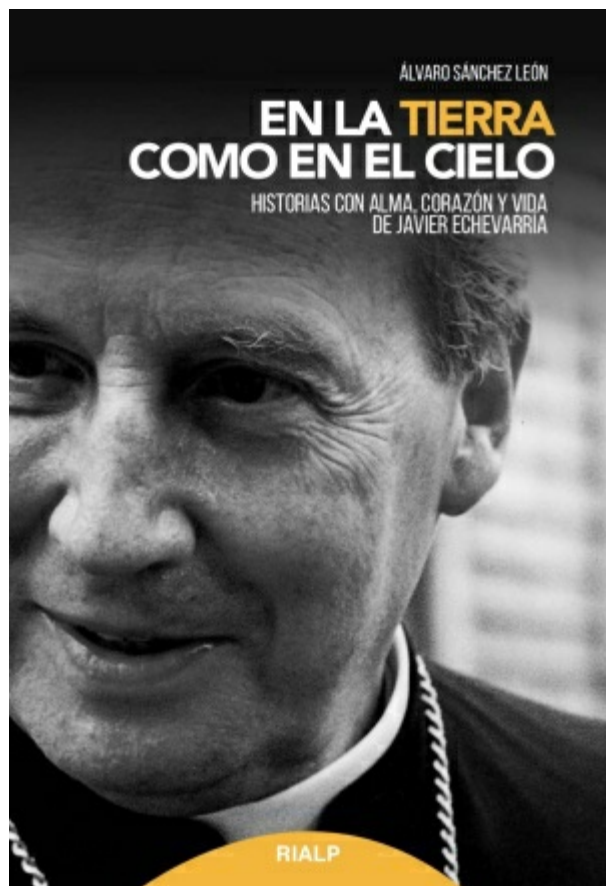
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

|                                              |     |
|----------------------------------------------|-----|
| PORTADA INTERIOR                             | 2   |
| CRÉDITOS                                     | 3   |
| SUMARIO                                      | 4   |
| INTRODUCCIÓN. EL IMPACTO UNIVERSAL DE HAMLET | 6   |
| LA TRAGEDIA DE HAMLET, PRÍNCIPE DE DINAMARCA | 13  |
| ACTO I                                       | 14  |
| ESCENA I                                     | 15  |
| ESCENA II                                    | 19  |
| ESCENA III                                   | 24  |
| ESCENA IV                                    | 27  |
| ESCENA V                                     | 30  |
| ACTO II                                      | 35  |
| ESCENA I                                     | 36  |
| ESCENA II                                    | 38  |
| ACTO III                                     | 51  |
| ESCENA I                                     | 52  |
| ESCENA II                                    | 56  |
| ESCENA III                                   | 66  |
| ESCENA IV                                    | 68  |
| ACTO IV                                      | 74  |
| ESCENA I                                     | 75  |
| ESCENA II Una sala en el castillo            | 76  |
| ESCENA III                                   | 78  |
| ESCENA IV                                    | 80  |
| ESCENA V                                     | 82  |
| ESCENA VI                                    | 87  |
| ESCENA VII                                   | 88  |
| ACTO V                                       | 93  |
| ESCENA I                                     | 94  |
| ESCENA II                                    | 101 |
| WILLIAM SHAKESPEARE                          | 111 |